

# La Máquina del Tiempo



Ministerio de Educación,  
Cultura, Ciencia y Tecnología  
Presidencia de la Nación

**Ministro de Educación,  
Cultura, Ciencia y Tecnología de la Nación**  
Alejandro Finocchiaro

**Secretario de Gobierno de Cultura**  
Pablo Avelluto

**Secretario de Gobierno de Ciencia,  
Tecnología e Innovación Productiva**  
Lino Barañaño

**Titular de la Unidad de Coordinación General del  
Ministerio de Educación, Cultura, Ciencia y Tecnología**  
Manuel Vidal

**Secretario de Gestión Educativa**  
Oscar Ghillione

**Secretaria de Innovación y Calidad Educativa**  
Mercedes Miguel

**Secretaria de Políticas Universitarias**  
Pablo Domenichini

**Secretaria de Evaluación Educativa**  
Elena Duro

**Secretaria de Coordinación de Gestión Cultural**  
Julieta García Lenzi

**Secretario de Patrimonio Cultural**  
Marcelo Panazzo

**Secretario de Cultura y Creatividad**  
Andrés Gribnicow

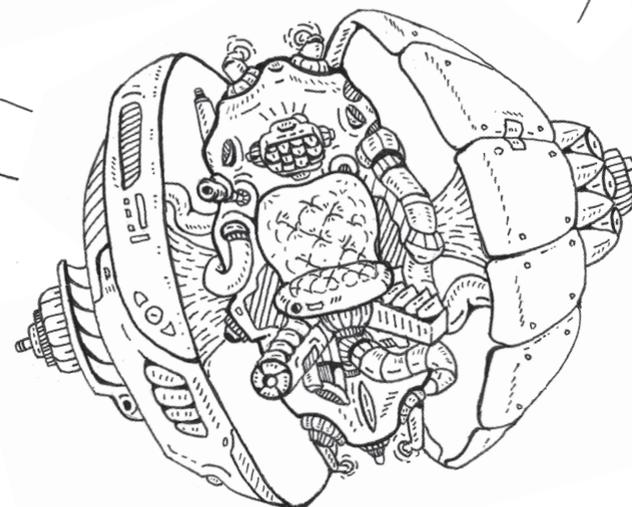
**Secretario de Planeamiento y Políticas en Ciencia  
Tecnología e Innovación Productiva**  
Jorge Aguado

**Secretario de Articulación Científico Tecnológica**  
Agustín Campero

**Instituto Nacional de Formación Docente**  
Directora Ejecutiva  
Cecilia Veleda

**Directora Nacional de Formación Continua**  
Florencia Mezzadra

# La Máquina del Tiempo



Wells, Herbert George

La máquina del tiempo / Herbert George Wells.  
- 1a edición especial - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Ministerio de Educación, Cultura, Ciencia y Tecnología., 2019.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

Traducción de: Hugo Salas.

ISBN 978-987-47076-1-1

1. Ciencia Ficción. I. Salas, Hugo, trad. II. Título.  
CDD 823

**Área Lengua.**

Formación Situada. INFoD

Edición de texto al cuidado de  
Fernanda Cano, Mara Ajzenmesser  
y Noelia Lynch.

**Equipo de producción  
gráfico/editorial de la DNPS**

**Edición gráfica general**  
**Edición de ilustraciones**  
Laura Gonzalez

**Diseño, diagramación y  
retoque digital de imágenes**  
Nicolás Del Colle

**Ilustraciones**  
Bruno Ursomarzo

**Producción**  
Verónica Gonzalez

**Asistencia**  
Natalia Suárez Fontana

## Índice

Capítulo I.....	5
Capítulo II.....	19
Capítulo III.....	27
Capítulo IV.....	35
Capítulo V.....	52
Capítulo VI.....	76
Capítulo VII.....	84
Capítulo VIII.....	92
Capítulo IX.....	101
Capítulo X.....	112
Capítulo XI.....	116
Capítulo XII.....	124
Epílogo.....	132

# I

El Viajero del Tiempo (pues así convendrá que lo llamemos de aquí en más) nos explicaba un asunto intrincado. Tenía un brillo encendido en los ojos grises, y su rostro, usualmente pálido, resplandecía de vida. El fuego ardía con fuerzas y el tenue resplandor de las luces incandescentes sobre los lirios de plata hacía brillar las burbujas que destellaban y atravesaban el cristal de nuestras copas. Nuestros sillones, diseñados por él, en vez de prestarse a que nos sentáramos, parecían envolvernos, acariciarnos, y se respiraba en el lugar esa atmósfera distendida de sobremesa en que los pensamientos fluyen a voluntad, libres de las ataduras de la precisión. Y nos lo explicó de esta manera —puntuando sus dichos con el huesudo dedo índice—, mientras nosotros, hundidos en aquellos sillones, admirábamos la seriedad con que exponía esta nueva paradoja (de eso creíamos que se trataba) y sus posibilidades.

—Deben prestarme toda su atención. Me veré obligado a contradecir una o dos ideas casi universalmente aceptadas. La geometría que les enseñaron en la escuela, por ejemplo, parte de un error.

—¿No le parece mucho comenzar pidiéndonos semejante cosa?  
—dijo Filby, un pelirrojo muy discutidor.

—No voy a exigirles que acepten nada sin dar fundamentos razonables para ello. Pronto habrán de admitir todo cuanto necesito. Desde ya, como bien saben, la línea matemática, es decir una línea recta de ancho nulo, carece de existencia real. ¿Les han enseñado eso? Lo mismo ocurre con el plano matemático. Esas cosas son meras abstracciones.

—Es muy cierto —dijo el psicólogo.

—Tampoco el cubo, entendido como algo que solo tiene alto, largo y ancho, posee existencia real.

—En eso no estoy de acuerdo —dijo Filby—. Los cuerpos sólidos tienen existencia. Todas las cosas reales...

—Sí, eso es lo que cree la mayoría de la gente. Pero aguarde. ¿Tiene existencia real un cubo *instantáneo*?

—No entiendo —dijo Filby.

—¿Posee existencia real un cubo sin ningún tipo de duración en el tiempo?

Filby se quedó pensativo.

—Es claro —siguió el Viajero del Tiempo— que cualquier cuerpo real debe extenderse en *cuatro* direcciones: debe tener Alto, Largo, Ancho y... Duración. Pero debido a una debilidad natural de la carne, que les explicaré en breve, tendemos a pasar por alto este detalle. En verdad existen cuatro dimensiones: las tres a las que llamamos los tres planos del Espacio y una cuarta: el Tiempo. Hay, sin embargo, cierta tendencia a establecer una distinción irreal entre las tres primeras y la cuarta, debido a que nuestra consciencia se mueve intermitentemente en un solo sentido a lo largo de esta última desde el principio hasta el final de nuestras vidas.

—Sí... —dijo un hombre muy joven, haciendo vanos intentos de volver a encender su cigarro con el fuego de la lámpara— sí... es muy claro.

—Ahora bien, es muy llamativo que casi siempre se lo pase por alto —continuó el Viajero del Tiempo, con un ligero ascenso de alegría—. Esto es lo que significa, en realidad, la Cuarta Dimensión, aunque algunas personas que hablan de ella no lo sepan. No es más que otra forma de concebir el tiempo. *No hay ninguna diferencia en-*

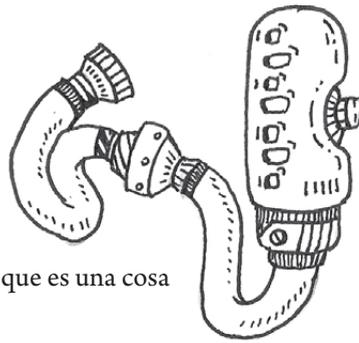
*tre el Tiempo y cualquiera de las tres dimensiones del Espacio, salvo que nuestra consciencia discurre con él.* Pero algunas personas que carecen de sutileza entienden esto en un sentido totalmente errado. ¿Han oído lo que dicen estas personas acerca de la Cuarta Dimensión?

—Yo no —dijo el Gobernador.

—Es muy simple. Según nuestros matemáticos, el Espacio posee tres dimensiones, a las que podemos llamar Alto, Largo y Ancho, cada una de las cuales se define en referencia a tres planos distintos, situados en ángulo recto unos respecto de los otros. Pero algunas mentes filosóficas se preguntan por qué *tres* dimensiones en particular, por qué no una cuarta en ángulo recto respecto de las tres comúnmente establecidas, y hasta han intentado elaborar una geometría tetradi-mensional. Hace tan solo un mes, el profesor Simon Newcomb habló de esto ante la Sociedad Matemática de Nueva York. Como todos saben, sobre cualquier superficie plana, que tiene solo dos dimensiones, es posible representar la figura de un sólido tridimensional; pues bien, siguiendo el mismo razonamiento, estos filósofos creen que si consiguieran dominar la perspectiva necesaria podrían representar cuerpos de cuatro dimensiones a partir de modelos tridimensionales, ¿entienden?

—Creo que sí —murmuró el Gobernador, y frunciendo el ceño se sumió en un estado introspectivo, en el que sus labios se movían como si repitiesen palabras místicas—. Sí, creo que entiendo —aseguró pasado un rato, animándose de un modo bastante pasajero.

—Bueno, debo decirles que llevo bastante tiempo trabajando en esta geometría de Cuatro Dimensiones. Algunos de mis resultados son bastante curiosos. Aquí pueden ver, por ejemplo, el retrato de un hombre a los ocho años de edad, otro a los quince, otro a los diecisiete, otro a los treinta y tres, y así sucesivamente. Se trata evidentemente de lo que podríamos llamar cortes seccionales, representaciones



Tridimensionales de un ser de Cuatro Dimensiones, que es una cosa fija e inalterable.

—Las personas de ciencia —continuó el Viajero del Tiempo, luego de la pausa necesaria para que podamos asimilar lo anterior— saben que el Tiempo es tan solo una especie de Espacio. He aquí un diagrama corriente, un registro del clima. Esta línea que sigo con el dedo nos muestra los movimientos del barómetro. Ayer estaba elevado, anoche descendió, luego esta mañana volvió a subir, hasta llegar suavemente a este nivel. Todos entendemos que el mercurio no trazó esta línea en ninguna de las dimensiones del Espacio generalmente reconocidas. Pero sin lugar a dudas la trazó, por lo que debemos concluir que dicha línea ha sido trazada en la Dimensión-Tiempo.

—Pero —dijo el Médico, con la vista fija en una brasa de la chimenea—, si el Tiempo en realidad no es más que una cuarta dimensión del Espacio, ¿a qué se debe que hoy y siempre se lo haya considerado algo distinto? ¿Y por qué no podemos movernos en el Tiempo como nos movemos en las demás dimensiones del Espacio?

El Viajero del Tiempo sonrió.

—¿Está usted tan seguro de que podemos movernos libremente por el Espacio? Podemos ir a derecha e izquierda, hacia adelante y hacia atrás con bastante libertad, los hombres siempre lo han hecho. Admito que nos movemos libremente en estas dos dimensiones. ¿Pero qué pasa en el caso del arriba y el abajo? Aquí, nos encontramos con el límite de la fuerza de gravedad.

—Eso no es del todo cierto —dijo el Médico—. Están los globos aerostáticos.

—Pero antes de que existieran los globos, salvo por los saltos espasmódicos y las irregularidades de la superficie de la tierra, el hombre no tenía ninguna libertad de movimiento vertical.

—Aun así, los hombres siempre pudieron moverse un poco hacia arriba y hacia abajo —dijo el Doctor.

—Más fácil, mucho más fácil, hacia abajo que hacia arriba.

—Pero no tenemos ninguna posibilidad de movernos en el Tiempo, no podemos huir del presente.

—Mi querido amigo, es precisamente allí donde se equivoca. Es precisamente allí donde todos se equivocan. Siempre estamos huyendo del presente. Nuestra existencia mental, que es inmaterial y carece de dimensiones, recorre la Dimensión-Tiempo a una velocidad uniforme, de la cuna a la tumba, del mismo modo que nos desplazaríamos *hacia abajo* si nuestra existencia comenzara a ochenta kilómetros por encima de la superficie terrestre.

—Pero la gran dificultad es esta —lo interrumpió el Psicólogo—. *Podríamos* movernos en todas las direcciones del Espacio, pero no podemos movernos por el Tiempo.

—He allí el germen de mi gran descubrimiento. Pero le anticipo que se equivoca usted al decir que no podemos movernos por el Tiempo. Por ejemplo, si tengo un recuerdo muy vívido de una situación del pasado, retrocedo al instante en que ocurrió: me abstraigo, como suele decirse. Por un momento, vuelvo atrás. Desde luego, no dispongo de los medios para permanecer allí en el tiempo, del mismo modo que los salvajes o los animales no consiguen sostenerse a dos metros del suelo. Pero el hombre civilizado se encuentra, en tal sentido, en mejores condiciones que el salvaje. Puede elevarse contra la fuerza de la gravedad en un globo, ¿por qué no esperar, entonces, que algún día pueda detener o acelerar su paso por la Dimensión-Tiempo, o incluso dar la vuelta y viajar en la dirección contraria?

—Pero eso... —comenzó Filby— es totalmente...

—¿Por qué no? —dijo el Viajero del Tiempo.

—Es contrario a la razón —dijo Filby.

—¿Qué razón? —dijo el Viajero del Tiempo.

—Puede usted demostrar que lo negro es blanco por medio de la argumentación —dijo Filby—, pero nunca logrará convencerme de ello.

—Es posible que no —dijo el Viajero del Tiempo—. Pero ahora comienza usted a entender el propósito de mis investigaciones acerca de la geometría tetradimensional. Hace mucho tiempo tuve el vago pálpito de una máquina...

—¡Para viajar en el Tiempo! —exclamó el Hombre Muy Joven.

—Que podría desplazarse indistintamente en cualquier dirección del Espacio y el Tiempo, a voluntad del conductor.

Filby se permitió lanzar una carcajada.

—He obtenido confirmación experimental —dijo el Viajero del Tiempo.

—Bueno, algo así sería muy conveniente para los historiadores —señaló el Psicólogo—. Les permitiría viajar en el Tiempo y verificar el relato comúnmente aceptado de la Batalla de Hastings, por ejemplo.

—¿No cree usted que eso llamaría la atención? —dijo el Médico—. Nuestros antepasados no tenían una gran tolerancia por los anacronismos.

—Podríamos aprender el griego de la propia boca de Platón y Homero —señaló el Hombre Muy Joven.

—En cuyo caso lo sacarían a usted inmediatamente de la clase. ¡Los académicos alemanes han mejorado muchísimo el griego!

—Entonces nos queda el futuro —dijo el Hombre Muy Joven—. ¡Piensen! Uno podría invertir todo su dinero, dejar que acumule intereses y apresurarse hacia el porvenir.

—Donde descubriría una sociedad —dijo yo— constituida sobre una base estrictamente comunista.

—De todas las teorías disparatadas y extravagantes... —comenzó el Psicólogo.

—Sí, eso pensé, por eso nunca hablé de ello hasta que...

—¡Comprobación experimental! —exclamé—. ¿Tiene usted pensado comprobar eso?

—¡El experimento! —chilló Filby, que ya se sentía mentalmente agotado.

—Cuéntenos acerca de su experimento, ya que estamos —dijo el Psicólogo—, aunque sean puras habladurías.

El Viajero del Tiempo nos sonrió a todos. Luego, todavía con un rastro de sonrisa, y las manos hundidas en los bolsillos del pantalón, caminó lento fuera de la habitación y oímos el ruido de su calzado arrastrándose por el largo pasillo que llevaba a su laboratorio.

El Psicólogo nos miró:

—Me pregunto con qué irá a aparecer.

—Algún truco de prestidigitación o algo por el estilo —dijo el Médico, y Filby se dispuso a contarnos acerca de un ilusionista que había visto en el pueblo de Burslem, pero antes de que terminara el prólogo a su presentación, el Viajero del Tiempo volvió a la sala y la anécdota de Filby se desmoronó.

La cosa que el Viajero del Tiempo traía en su mano era un brillante armazón metálico, apenas más grande que un pequeño reloj, de muy delicada confección. Tenía una pieza de marfil, y otra sustancia transparente y cristalina. Y ahora me veo obligado a ser explícito, porque lo que sigue a continuación —a menos que se acepte la explicación que él nos había ofrecido— es absolutamente inadmisibles. Tomó

una de las pequeñas mesas octogonales que había en aquella habitación y la puso delante de la chimenea, con dos de sus patas apoyadas sobre la alfombra del hogar. Sobre ella, depositó el mecanismo. Luego acercó una silla y se sentó. Además del mecanismo, el único objeto sobre la mesa era una pequeña lámpara de pantalla que lo iluminaba de lleno. Había también alrededor de una docena de velas, dos de ellas en candelabros de bronce sobre la repisa de la chimenea, y las demás en apliques de pared, por lo que la habitación estaba muy bien iluminada. Me senté en el sillón bajo que estaba más cercano al fuego, y lo acerqué aun más hasta quedar situado casi entre el Viajero del Tiempo y la chimenea. Filby se sentó detrás de él y miraba por encima de su hombro. El Médico y el Gobernador lo miraban de perfil, desde la derecha, y el Psicólogo desde la izquierda. El Hombre Muy Joven estaba de pie, detrás del Psicólogo. Estábamos todos muy atentos. Me parece poco creíble que en estas condiciones nos haya podido jugar alguna especie de truco, por más sutil y hábil que fuera. El Viajero del Tiempo nos miró y luego llevó la vista al mecanismo.

—¿Y bien? —dijo el Psicólogo.

—Este pequeño objeto —dijo el Viajero del Tiempo, apoyando los codos sobre la mesa y juntando las manos sobre el aparato— es apenas un modelo. Es mi plano para construir una máquina capaz de viajar a través del tiempo. Notarán que parece bastante extraña, y que esta varilla tiene un aspecto vacilante, raro, como si fuese un poco irreal. Y apuntó hacia esa parte con el dedo.

—También tiene una pequeña palanca blanca aquí, y otra aquí.

El Médico se levantó de su asiento y contempló con atención la cosa.

—Es muy bonita —dijo.

—Me llevó dos años hacerla —respondió el Viajero del Tiempo. Luego, después de que todos imitáramos al Médico, nos dijo: —Ahora

quiero que entiendan que esta palanca, cuando se la presiona, hace que la máquina se desplace hacia el futuro, y esta otra revierte el movimiento. Esta silla representa el asiento del viajero del tiempo. En un instante voy a presionar esta palanca y la máquina partirá. Se va a desvanecer, va a adentrarse en el futuro y va a desaparecer. Mírenla con atención. Miren también la mesa, y convéncense de que no hay ningún truco. No quiero desperdiciar este modelo, y que luego me digan que soy un charlatán.

Hubo una pausa de un minuto, acaso. Pareció que el Psicólogo estaba a punto de decirme algo, pero cambió de opinión. Entonces, el Viajero del Tiempo apoyó el dedo en la palanca.

—¡No! —dijo de pronto—. Deme su mano.

Y volviéndose al Psicólogo, tomó de la mano a aquel individuo y le pidió que extendiera el dedo índice, de modo tal que fue el propio Psicólogo el que envió el modelo de la Máquina del Tiempo a su viaje interminable. Todos lo vimos presionar la palanca. Estoy absolutamente seguro de que no hubo ningún tipo de truco. Corrió una ráfaga de aire que hizo temblar la llama de la lámpara. Una de las velas que estaba en la repisa de la chimenea se apagó y la pequeña máquina de pronto dio un giro completo, se volvió borrosa, durante un segundo pareció un fantasma, un torbellino de cobre y marfil de débiles destellos, y se fue... ¡desapareció! Salvo por la lámpara, la mesa estaba completamente vacía.

Nos quedamos en silencio por un minuto. Luego Filby profirió una maldición.

El Psicólogo se recuperó de su estupor, y se apresuró a mirar debajo de la mesa, a lo que el Viajero del Tiempo reaccionó con una alegre carcajada.

—¿Y bien? —dijo, imitando al Psicólogo.



Luego se puso de pie, caminó hacia el frasco de tabaco que tenía en la repisa de la chimenea y, dándonos la espalda, se dispuso a cargar su pipa.

Nos mirábamos los unos a los otros.

—A ver —dijo el Médico—, ¿habla usted en serio? ¿De verdad cree que esa máquina ha viajado en el tiempo?

—Estoy seguro —dijo el Viajero del Tiempo, agachándose a encender un fósforo en el fuego de la chimenea. Luego se volvió hacia nosotros, mientras encendía la pipa, y dirigió su mirada al Psicólogo. (El Psicólogo, para mostrar que no estaba trastornado, se llevó un cigarro a la boca e intentó encenderlo sin cortarle la punta).

—Es más, allí dentro tengo una máquina grande casi terminada —dijo señalando hacia su laboratorio—, y cuando esté lista pienso emprender el viaje.

—¿Usted quiere decir que la maquina viajó hacia el futuro? —preguntó Filby.

—Hacia el futuro o hacia el pasado... no estoy seguro.

Luego de una pausa, el Psicólogo tuvo un raptó de inspiración.

—De haber ido a algún lado, debe haber sido al pasado —dijo.

—¿Por qué? —preguntó el Viajero del Tiempo.

—Porque supongo que no se ha movido en el espacio, y si hubiese viajado al futuro todavía estaría allí en este momento, puesto que debería haber atravesado nuestro tiempo.

—Pero —dije yo— si hubiese viajado hacia el pasado tendríamos que haberla visto al entrar a esta habitación, y el jueves pasado que estuvimos aquí, y el jueves anterior a ese, y así sucesivamente.

—Son objeciones atendibles —señaló el Gobernador, con cierto aire de imparcialidad, volviéndose hacia el Viajero del Tiempo.

—En absoluto —dijo el Viajero del Tiempo y luego, dirigiéndose al Psicólogo: —Usted es una persona pensante. *Usted* puede explicarlo. Hay una presencia por debajo del umbral de la presencia, ya sabe, una presencia diluida.

—En efecto —dijo el Psicólogo, y luego nos explicó—. Se trata de un sencillo postulado de la psicología. Debería haber pensado en ello. Es bastante sencillo, y se ajusta a la perfección a esta paradoja. No podemos ver ni apreciar esta máquina, de la misma forma que no podemos ver el rayo de una rueda mientras gira o una bala durante su trayectoria en el aire. Si viaja a través del tiempo unas cincuenta o cien veces más rápido que nosotros, si recorre un minuto en lo que para nosotros es un segundo, la impresión que produce será, desde luego, tan solo una cincuentésima o una centésima parte de lo que sería si no viajase a través del tiempo. Es bastante claro.

Y pasó la mano por el sitio en el que había estado la máquina.

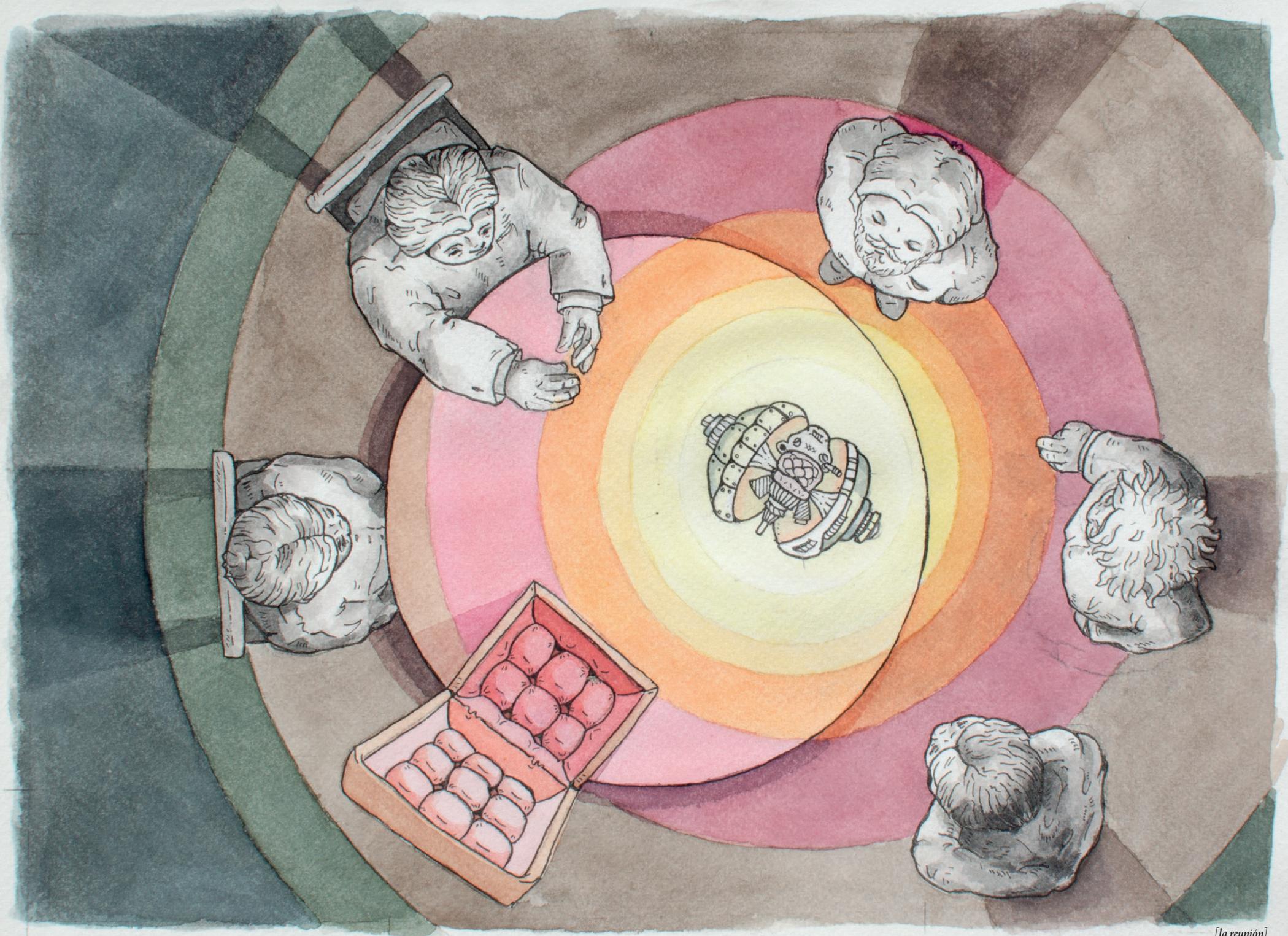
—¿Lo ven? —dijo, riéndose.

Nos quedamos sentados, contemplando la mesa vacía durante un minuto o más. Entonces, el Viajero del Tiempo nos preguntó qué pensábamos de todo aquello.

—Parece bastante plausible ahora —dijo el Médico—, pero espere-  
remos a la mañana. Esperemos a que regrese a nosotros el sentido común del día.

—¿Les gustaría ver la verdadera Máquina del Tiempo? —nos preguntó.

Y sin decir más, tomó una lámpara y nos condujo por el frío pasillo que llevaba a su laboratorio. Recuerdo con todo detalle la luz vacilante, la silueta de su cabeza ancha y extraña, la danza de las sombras,



recuerdo que lo seguimos, perplejos pero incrédulos, y recuerdo que allí, en el laboratorio, contemplamos una versión más grande del pequeño mecanismo que poco antes se había desvanecido ante nuestros ojos. Tenía partes de níquel, otras de marfil, algunas habían sido limadas o aserradas con cristal de roca. La máquina estaba casi terminada pero faltaba concluir el trabajo de las varillas de cristal, que todavía estaban sobre la mesa de trabajo, junto a unas hojas con dibujos. Tomé una para verla mejor. Parecía ser de cuarzo.

—A ver —dijo el Médico—, ¿está hablando en serio? ¿O se trata de una broma... como ese fantasma que nos mostró en Navidad?

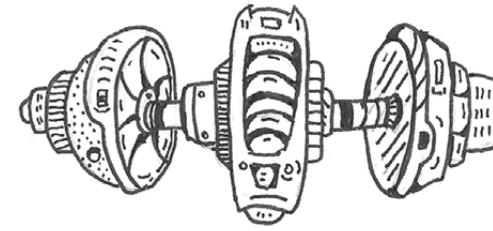
—Subido a esa máquina —dijo el Viajero del Tiempo, sosteniendo la lámpara en alto— tengo la intención de explorar el tiempo. ¿Está claro? Nunca he hablado más en serio en toda mi vida.

Ninguno de nosotros sabía exactamente cómo tomarse aquello.

Me encontré con la mirada de Filby sobre el hombro del Médico, y vi que me guiñaba solemnemente un ojo.

## II

Creo que en ese momento ninguno de nosotros creyó demasiado en la Máquina del Tiempo. Ocurre que el Viajero del Tiempo era uno de esos hombres que resultan demasiado inteligentes como para podamos creer en ellos: nos parece que nunca logramos verlos en su totalidad, que su lúcida sinceridad esconde siempre cierta reserva, cierto ingenio agazapado. Si Filby nos hubiera mostrado el modelo y nos hubiese explicado la cuestión con las mismas palabras que el Viajero del Tiempo, nos habríamos mostrado mucho menos escépticos. Porque hubiésemos entendido sus motivos: hasta un carnicero podría entender a Filby. En cambio, había varios rasgos de la personalidad del Viajero del Tiempo que resultaban caprichosos, y por consiguiente no confiábamos en él. Cosas que le hubiesen dado gran fama a un hombre menos inteligente, parecían una broma cuando venían de su boca. Es un error hacer las cosas con demasiada facilidad. Las personas serias que se lo tomaban en serio nunca se sentían seguras de su proceder; de alguna manera, sabían que dejar su reputación en manos de él era como usar porcelana fina para adornar el cuarto de un niño. Por ello, no creo que ninguno de nosotros haya hablado con nadie acerca del viaje por el tiempo entre aquel jueves y el siguiente, aunque sin duda sus inusuales posibilidades ocuparon un lugar en nuestra mente durante toda esa semana: su plausibilidad, es decir, su carácter increíble en términos prácticos, como así también las curiosas oportunidades de anacronismo y total confusión que anunciaba. A mí lo que más me preocupaba era cómo había hecho el truco del modelo. Recuerdo que lo discutí con el Médico, a quien me encontré el viernes en Linnaen. Me dijo que había visto algo similar en Tubinga, e hizo mucho hincapié en el hecho de que se hubiese apagado la vela. De todos modos, no sabía explicar cómo se hacía el truco.



El siguiente jueves volví a Richmond —supongo que era uno de los invitados más constantes del Viajero del Tiempo—, y como se me hizo tarde, al llegar me encontré con cuatro o cinco hombres ya sentados a la mesa. El Médico estaba de pie ante el fuego, tenía una hoja de papel en una mano y el reloj en la otra. Miré a mi alrededor buscando al Viajero del Tiempo, y...

—Ya son más de las siete —dijo el Médico—. Supongo que mejor comemos.

—¿Dónde está...? —dije, diciendo el nombre de nuestro anfitrión.

—¿Recién llega usted? Bueno, es algo bastante extraño. Está un poco demorado. En esta nota me pide que, si aún no ha regresado, comencemos a comer a las siete. Dice que nos lo explicará todo cuando llegue.

—Es una lástima dejar que se arruine la comida —dijo el Editor de un conocido periódico, y de inmediato el Doctor tocó la campana.

El Psicólogo, el Doctor y yo éramos las únicas personas que habíamos asistido a la velada anterior. Los demás hombres eran Blank, el Editor que ya he mencionado, un periodista y otro caballero —un hombre callado y tímido, de barba— a quien yo no conocía, y que al menos hasta donde recuerdo, no abrió la boca en toda la noche. En la mesa se especuló acerca de los motivos de la ausencia del dueño de casa, y yo, con tono de broma, sugerí que acaso se debiera a un viaje en el tiempo. El Editor quiso que se lo explicáramos, y el Psicólogo ofreció una acartonada descripción de “la ingeniosa paradoja y el truco” que habíamos visto la semana pasada. Estaba en mitad de la exposición cuando la puerta que venía del pasillo se abrió lentamente y sin ruido. Yo estaba frente a ella y lo vi primero.

—Hola —dije—. ¡Ya era hora!

Y la puerta se abrió por completo, y allí estaba el Viajero del Tiempo. Lancé un grito de sorpresa.

—¡Cielo santo! ¿Qué pasa, hombre? —exclamó el Médico, que lo vio después. Y toda la mesa se volvió hacia la puerta.

Se hallaba en una situación penosa. Tenía el saco sucio, cubierto de polvo y con las mangas manchadas de verde. Estaba despeinado y su pelo me pareció más gris, ya sea por el polvo, la suciedad o porque en efecto había perdido algo de su color. Traía el rostro pálido, como un fantasma, y en el mentón se le veía un corte curado a medias. Su expresión era demacrada y ojerosa, como la de alguien que ha atravesado un intenso sufrimiento. Durante un momento, vaciló en el umbral, como si la luz lo hubiera dejado ciego. Luego entró al comedor. Caminó con una renguera vacilante que solo he visto en vagabundos de pies lastimados. Nos quedamos todos mirándolo fijo, en silencio, esperando a que él hablara.

No dijo una sola palabra, pero se acercó penosamente a la mesa y extendió la mano hacia el vino. El Editor llenó una copa de champagne y se la acercó. Él la vació de un trago, y pareció caerle bien, porque miró alrededor de la mesa y en su rostro pareció insinuarse el fantasma de su antigua sonrisa.

—¿Pero qué diablos ha estado haciendo, hombre? —dijo el Doctor.

El Viajero del Tiempo no pareció oírle.

—Por favor, que no los perturbe mi aspecto —dijo, con una pronunciación vacilante—. Estoy muy bien.

Se quedó callado, sostuvo en alto la copa para que le sirvieran más y volvió a vaciarla de un trago.

—Está muy bien —repitió. En sus ojos se reavivó algo de brillo, y sus mejillas recuperaron un débil color. Paseó su mirada por nuestros rostros, con una apagada aprobación, y luego por aquel cuarto cálido y lleno de comodidades. Luego volvió a hablar, como si aún estuviera encontrando la forma de decir lo que quería—. Voy a bañarme, a

vestirme, y después prometo volver y explicarles todo... Guárdenme un poco de cordero. Me muero por comer algo de carne.

Cruzó miradas con el Editor, que rara vez se encontraba entre las visitas, y manifestó su deseo de que se sintiera a gusto. El Editor comenzó a formular una pregunta.

—Le contestaré en un segundo —dijo el Viajero del tiempo—. Me siento... raro. Estaré perfectamente en un minuto.

Vació su copa y se dirigió hacia la puerta de la escalera. Una vez más, advirtió su dificultad al caminar y el pesado ruido de sus pisadas, y al ponerme de pie, alcancé a verle los pies cuando salía. No llevaba en ellos más que un par de medias rotas, manchadas de sangre. Después, la puerta se cerró detrás de él. Estuve tentado de seguirlo, pero recordé cuánto le molestaba que la gente se preocupara. Durante un minuto, quizá, me perdí en mis pensamientos. Hasta que el Editor dijo “Llamativo comportamiento de una eminencia científica”, pensando (como era su costumbre) en titulares de periódico. Y esto me devolvió a la deslumbrante mesa.

—¿Cuál es el chiste? —preguntó el periodista—. ¿Ha estado trabajando de mendigo amateur? No entiendo.

Crucé miradas con el Psicólogo y leí mi propia interpretación en su rostro. Pensé en el Viajero del Tiempo, limpiándose dolorosamente en la planta alta. Me pareció que nadie más había advertido su dificultad al andar.

El primero que logró salir de su estupor fue el Médico, quien hizo sonar la campanilla —el Viajero del Tiempo detestaba hacer esperar a los criados durante la cena— para que sirviesen un plato caliente. Tras esto, el Editor volvió a tomar su cuchillo y su tenedor con un gruñido, y el Hombre Silencioso le siguió. Se retomó la comida. La conversación por un momento mantuvo un tono de exclamación, con lapsos de asombro; y luego el Editor mostró una vehemente curiosidad.

—¿Acaso nuestro amigo aumenta sus modestos ingresos cruzando personas por el vado de un río, o tiene fases de Nabucodonosor? —preguntó.

—Estoy seguro de que esto tiene que ver con ese asunto de la Máquina del Tiempo —dije, y reanudé el relato que el Psicólogo había interrumpido acerca de nuestra reunión anterior.

Los nuevos invitados se mostraron abiertamente incrédulos. El Editor planteó distintas objeciones, “¿qué *era* eso del viaje en el tiempo? Nadie se cubre de polvo revolcándose en una paradoja, ¿no?”. Y entonces, como la idea se volvió en su contra, recurrió a la caricatura. ¿No tenían cepillos de ropa en el futuro? El periodista tampoco creía para nada en el asunto, y junto con el Editor se sumó a la fácil tarea de ridiculizarlo. Los dos respondían al tipo del nuevo periodismo: eran hombres alegres, irreverentes, jóvenes.

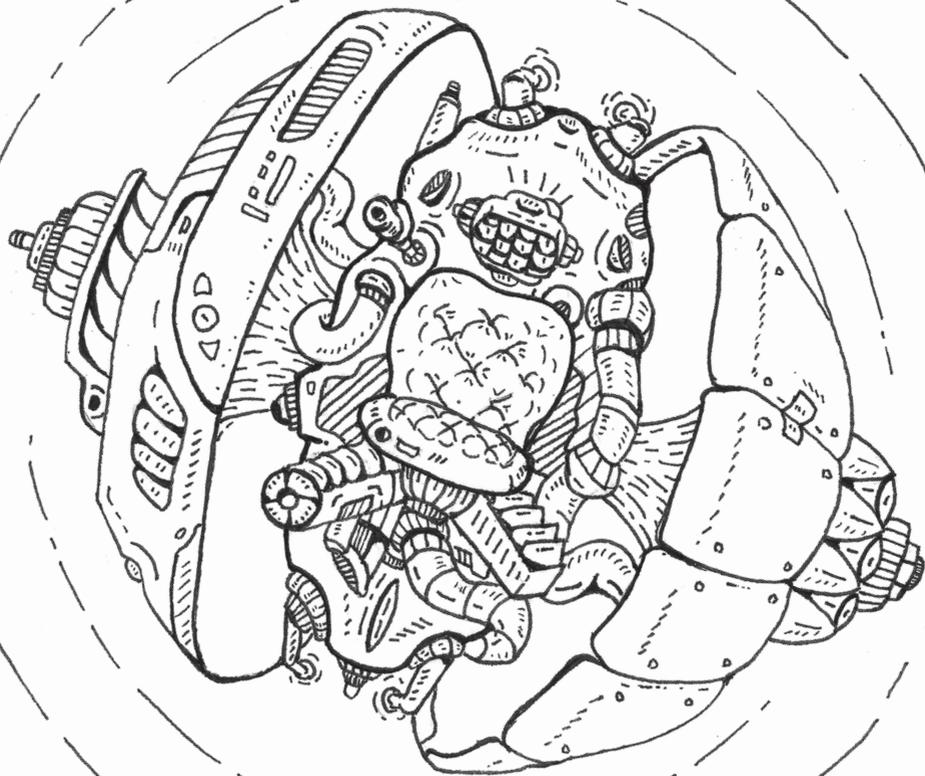
—“Informa Nuestro Corresponsal Especial en el Día de Pasadomñana” —decía el periodista, o más bien gritaba, cuando el Viajero del Tiempo regresó. Estaba vestido en su habitual traje de etiqueta y nada, salvo la mirada demacrada, permanecía del cambio que tanto me había sorprendido.

—Mire —dijo el Editor con tono hilarante—, estos muchachos nos cuentan que usted ha viajado hacia mediados de la semana que viene. Díganos todo lo que ha pasado en materia de política, ¿quiere? ¿Cuánto nos cobraría por contarnos todo?

El Viajero del Tiempo caminó hasta el sitio reservado para él sin decir palabra. Sonrió en silencio, como era su costumbre.

—¿Dónde está el cordero? —dijo—. ¡Qué delicia volver a hundir un tenedor en carne!

—¡Las noticias! —gritó el Editor.



[La máquina]

—¡Malditas sean las noticias! —dijo el Viajero del Tiempo—. Quiero comer algo. No diré una palabra hasta tener algo de peptona en mis arterias. Gracias. Y la sal, por favor.

—Solo una cosa —dije yo—. ¿Ha estado viajando por el tiempo?

—Sí —dijo el Viajero del Tiempo, con la boca llena, asintiendo con la cabeza.

—Pago un chelín la línea por una nota escrita en primera persona —dijo el Editor. El Viajero del Tiempo empujó su copa hacia el Hombre Silencioso, que todo el tiempo había estado mirándolo fijamente a la cara, un temblor le corrió por el cuerpo y se sirvió vino. El resto de la cena fue bastante incómodo. En cuanto a mí, una y otra vez me subían preguntas repentinas a los labios, y me atrevo decir que a todos los demás les pasaba lo mismo. El Periodista intentó aliviar la tensión contando anécdotas de Hettie Potter. El Viajero del Tiempo estaba concentrado en la comida, y mostraba el apetito de un vagabundo. El Médico fumaba un cigarrillo y miraba al Viajero del Tiempo a través de sus pestañas. El Hombre Silencioso parecía incluso más torpe de lo habitual, y bebía champagne con una regularidad y una determinación que tenían su origen en sus nervios. Al final, el Viajero del Tiempo empujó su plato y nos miró a todos.

—Supongo que les debo una disculpa —dijo—. Es que me moría de hambre, he pasado un tiempo por demás asombroso.

Alargó la mano para tomar un cigarro y le cortó la punta.

—Pasemos al salón fumador, es una historia demasiado larga para contarla sobre los platos sucios.

Y tocando la campanilla al pasar, nos condujo hacia el cuarto contiguo.

—¿Les ha contado a Blank, Dash y Chose acerca de la máquina?  
—me preguntó, recostándose en su sillón y nombrando a los tres nuevos invitados.

—Pero la cosa esa no es más que una paradoja —dijo el Editor.

—No puedo discutir esta noche. No me importa contarles lo que ha pasado, pero no puedo discutir. Voy —prosiguió— a contarles lo que me ha ocurrido, si quieren, pero les pido que se abstengan de interrumpirme. Necesito contarlo. Desesperadamente. Acaso les parezca todo una gran mentira. Piensen lo que quieran. Es verdad; hasta la última palabra, por más que no me crean. Hoy, a las cuatro de la tarde, estaba en mi laboratorio, y desde entonces... he vivido ocho días... ocho días como los que ningún otro ser humano ha vivido nunca antes. Estoy casi exhausto, pero no me iré a dormir sin haberles contado todo. Luego me iré a acostar. ¡Pero nada de interrupciones! ¿De acuerdo?

—De acuerdo —dijo el Editor, y los demás repetimos como un eco “de acuerdo”.

Y con ello el Viajero del Tiempo comenzó a contar su historia, tal como la transcribo a continuación. Al principio, se recostó en el sillón y habló como un hombre rendido. Pero poco a poco fue mostrándose más animado. Al plasmarlo por escrito, siento con demasiada agudeza la insuficiencia de la pluma y la tinta —y sobre todo mi propia insuficiencia— para expresarlo en su cabal dimensión. Supongo que ustedes lo leerán con la atención suficiente, pero no podrán ver el rostro blanco y sincero del narrador recortado por el círculo brillante de la pequeña lámpara, ni escuchar la entonación de su voz. ¡Nunca conocerán el modo en que su expresión acompañaba los giros de la historia! Aquella noche, muchos de quienes la oíamos estábamos entre sombras, porque no se habían encendido las velas del salón fumador; solo caía algo de luz sobre el rostro del Periodista y las piernas del Hombre Silencioso, de las rodillas para abajo. Al principio nos mirábamos de vez en cuando, unos a otros. Pero pasado un rato, ya no lo hicimos; no podíamos quitar la mirada del rostro del Viajero del Tiempo.

### III

El jueves pasado les expliqué a algunos de ustedes los principios de la Máquina del Tiempo, e incluso se la mostré, aún sin terminar, en mi taller. Allí está ahora, un poco desgastada por el viaje: una de las varillas de marfil se quebró y uno de los carriles de bronce está torcido, pero el resto se mantuvo bastante firme. Confiaba terminarla el viernes, pero ese día, cuando estaba a punto de hacerlo, descubrí que a una de las varillas de níquel le faltaban exactamente dos centímetros y medio, y tuve que mandarla a rehacer, así que no pude terminar la máquina hasta esta mañana. Fue a las diez de hoy que la primera de muchas Máquinas del Tiempo inició su carrera. Le di los últimos retoques, aseguré una vez más todos los tornillos, le puse una gota más de aceite a la varilla de cuarzo y me senté en el asiento. Supongo que el suicida que se lleva una pistola a la cabeza debe tener las mismas dudas acerca de lo que sucederá a continuación que las que sentí yo en ese momento. Tomé la palanca de arranque en una mano y la de freno en la otra, accioné la primera y casi de inmediato presioné la segunda. La máquina pareció tambalearse, tuve esa misma sensación que se tiene cuando, en un sueño, se experimenta una caída y, al mirar a mi alrededor, vi el laboratorio exactamente igual que antes. ¿Había sucedido algo? Por un momento, sospeché que mi intelecto me había engañado. Recién entonces presté atención al reloj. Un momento antes, o eso creí, estaba en más o menos un minuto pasadas las diez, y ahora marcaba casi las tres y media.

Respiré hondo, apreté los dientes, aferré la palanca de arranque con las dos manos y partí de golpe. El laboratorio se volvió borroso, al principio, y luego se oscureció. En un momento entró la señora Watchett y pasó, al parecer sin verme, de camino hacia la puerta que da

al jardín. Supongo que le habrá llevado más o menos un minuto atravesar el cuarto, pero a mí me pareció que pasaba por él a la velocidad de un cohete. Empujé aun más la palanca y la llevé a su posición extrema. Se hizo de noche como cuando se apaga una lámpara, y poco después vino el mañana. El laboratorio se volvía cada vez más borroso y confuso, luego más y más borroso. De pronto, llegó la noche de mañana, luego otra vez el día, noche de nuevo, día de nuevo, y así cada vez más y más rápido. Un ruido de remolino me llenaba las orejas, y se adueñó de mi mente una extraña y sorda confusión.

Mucho me temo que no sabría explicar las singulares sensaciones que produce el viaje en el tiempo. Son excesivamente desagradables. Es una sensación exactamente similar a la que se tiene al tomar una curva rápida, la de un movimiento precipitado e inevitable. Sentí también la misma anticipación que sentimos cuando está a punto de ocurrir un accidente. Mientras me acostumbraba a la velocidad, la noche seguía al día como el aleteo de un ala negra. La tenue imagen del laboratorio pareció desvanecerse por completo ante mis ojos, y vi que el sol saltaba rápidamente por el cielo, brincaba de un minuto a otro, y cada uno de esos minutos marcaba el paso de un nuevo día. Supuse que el laboratorio habría sido destruido y me encontraba ahora al aire libre. Tuve la tenue impresión de que alguien construía un andamio, pero ya iba demasiado rápido como para ser consciente de las cosas que existían a mi alrededor. El más lento de los caracoles que se haya arrastrado sobre la tierra pasaba ante mí a pasmosa velocidad. La intermitente sucesión de luz y oscuridad me resultaba muy dolorosa a la vista. Luego, en la oscuridad intermitente, vi a la luna pasar velozmente por sus distintas fases, de nueva a llena, y advertí el débil destello de las estrellas circundantes. Poco después, a medida que avanzaba, cada vez a mayor velocidad, la oscilación entre el día y la noche se fue fundiendo en un gris continuo, el cielo adquirió un maravilloso color azul profundo, espléndido y luminoso como el de

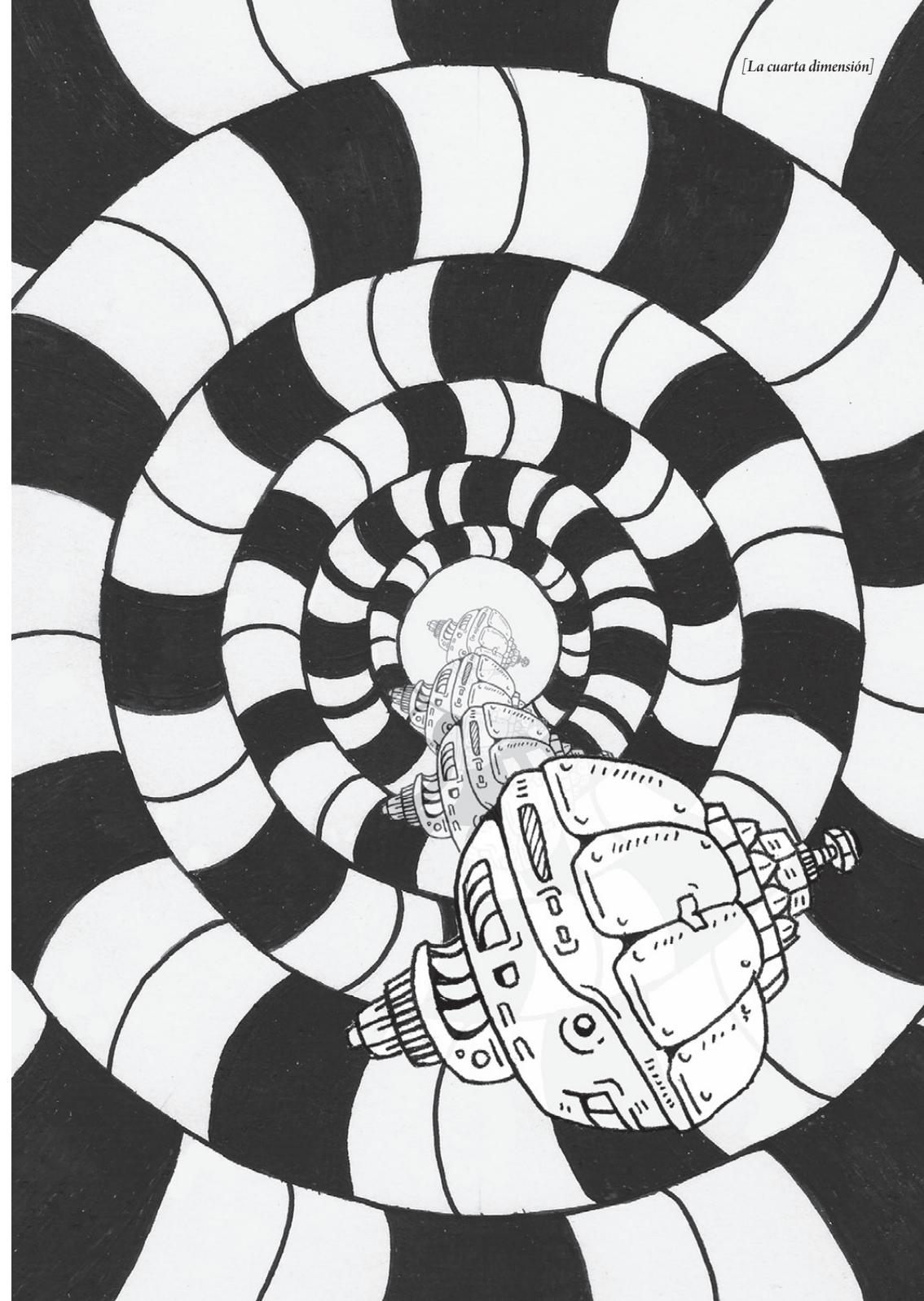
un temprano amanecer, el sol saltarín se convirtió en una mancha de fuego en el espacio, un arco brillante, la luna, en una borrosa banda fluctuante, y ya no pude ver ninguna estrella, salvo de vez en cuando un círculo brillante que titilaba en el azul.

El paisaje era confuso y brumoso. Sabía que aún estaba en la ladera de la colina en que se asienta esta casa, y la pendiente se elevaba por encima de mí, gris y difusa. Había árboles que crecían y cambiaban como bocanadas de vapor, ahora eran marrones, ahora eran verdes; crecían, se extendían, se encogían y desaparecían. Vi alzarse ante mí edificios bellos y muy diferentes, que pasaron como ensueños. La superficie toda de la tierra parecía distinta, como si se derritiera y corriese bajo mis ojos. Las pequeñas agujas de los cuadrantes que registraban la velocidad de mi marcha giraban sobre sí con una aceleración cada vez más vertiginosa. De pronto, advertí que el cinturón del sol se movía de arriba hacia abajo, de solsticio en solsticio, en cuestión de un minuto o menos, y de ello deduje que mi velocidad debería de ser ya superior a un año por minuto, y a cada minuto la blanca caía sobre el mundo, lo cubría, se desvanecía, y a ella seguía el verde encendido y breve de la primavera.

Las desagradables sensaciones del principio fueron volviéndose menos agudas. Terminaron confundiendo en una suerte de euforia histérica. Noté, sin embargo, que la máquina empezaba a padecer un torpe traqueteo, cuyo motivo no lograba explicarme. Pero mi mente estaba demasiado desconcertada como para ocuparme de ello, y así, como si fuera creciendo dentro de mí una especie de locura, me precipité hacia el futuro. Al principio, prácticamente no pensé en ningún momento en detenerme, no pensaba en ninguna otra cosa que no fueran esas nuevas sensaciones. Pero de pronto todo un nuevo tipo de ideas se abrieron paso en mi mente —cierta curiosidad y con ella cierto temor— hasta que al final tomaron completa posesión de mí. ¿Qué extraños desarrollos de la humanidad, qué maravillosos avances a partir de nuestra

rudimentaria civilización, habrían de aparecer —pensé— cuando me dispusiera a contemplar de cerca ese mundo tenue y escurridizo que corría y se transformaba ante mis ojos? Vi alzarse una arquitectura imponente y espléndida, más monumental que cualquier edificio de nuestro tiempo, y aun así parecía construida de luz y de niebla. Vi que la colina se pobló de un verde mucho más intenso que el anterior, y que permaneció así sin que lo interrumpiera el invierno. Incluso a través del velo de mi confusión, la tierra parecía muy bella. Y así, mi mente comenzó a hacerse a la idea de detenerme.

El gran riesgo consistía en la posibilidad de que me encontrara con alguna sustancia en el espacio que yo, o la máquina, ocupábamos. Esto no era un problema mientras viajase a alta velocidad a través del tiempo. Se veía, por así decirlo, atenuado; yo me deslizaba como un vapor a través de los intersticios de las sustancias intervinientes. Pero detenerme implicaba producir mi propio atascamiento, molécula por molécula, en cualquier cosa que se hallara en mi camino; significaba poner mis átomos en tan íntimo contacto con los de dicho obstáculo, que de ello solo podría resultar una profunda reacción química —posiblemente, una gran explosión— que nos hiciera salir a mí y a mi aparato despedidos de toda dimensión posible, con rumbo hacia lo Desconocido. Aunque había pensado alguna que otra vez en esta posibilidad mientras construía la máquina, la acepté alegremente como un riesgo inevitable, uno de los tantos que un hombre debe correr. Pero ahora, que era inevitable, ya no lo veía bajo una luz tan alegre. Lo cierto es que la absoluta rareza de todo aquello, el mareo provocado por los sacudones y saltos de la máquina y, sobre todo, aquella sensación de una prolongada y sostenida caída habían perturbado por completo mis nervios. Pensé que nunca sería capaz de detenerme, y en un arranque de ira, decidí hacerlo de inmediato. Con loca impaciencia, tiré de la palanca y, acto seguido, el aparato se tambaleó y fui despedido de cabeza por el aire.



En mis oídos sentí el estruendo de un trueno. Debo haber quedado un rato aturdido. A mi alrededor caía un granizo implacable, y yo estaba sentado sobre un colchón de pasto, frente a la máquina volcada. Todo seguía pareciéndome gris, pero de pronto advertí que podía oír con normalidad. Miré a mi alrededor. Estaba en lo que parecía ser el césped de un jardín, rodeado de macizos de azaleas, y advertí que sus flores púrpuras y lilas se precipitaban como una lluvia empujadas por las piedras del granizo. El hielo caía de una pequeña nube que se había formado sobre la máquina, rebotaba aquí y allá, bailaba y giraba sobre el suelo como una columna de humo. En pocos minutos, estuve totalmente empapado.

—Cuánta hospitalidad —dije— con un hombre que ha viajado innumerables años para conocerte.

No tardé en advertir que era bastante tonto permanecer allí y mojarme. Levantándome, contemplé a mi alrededor. Pasando las azaleas, justo detrás de la cortina de la tormenta, divisé una estatua enorme, confusa, al parecer esculpida en piedra blanca. Pero no lograba ver nada más.

Me cuesta describir mis sensaciones. A medida que las columnas de granizo perdían densidad, podía ver con mayor claridad la estatua blanca. Era muy grande, llegaba a tocar la copa de un abedul plateado. Estaba hecha de mármol blanco, su forma era parecida a la de una esfinge alada, pero no tenía las alas plegadas verticales a los costados sino abiertas, como en pleno vuelo. El pedestal parecía de bronce, y estaba cubierto por un espeso verdín. Yo estaba frente a la cara de la figura, sus ojos sin vista parecían mirarme y tenía en los labios la débil sombra de una sonrisa. Estaba muy deteriorada por el clima, y eso le daba un desagradable aspecto enfermizo. Me quedé viéndola un rato; medio minuto, acaso, o media hora. Parecía acercarse y retroceder según el granizo se volvía más o menos fino. Al final, aparté la

mirada de ella por un segundo y vi que la cortina de hielo era cada vez más débil y la promesa del sol comenzaba a iluminar el cielo.

Volví a mirar la figura blanca agazapada, y de pronto tomé plena consciencia de lo temerario que había sido mi viaje. ¿Qué podría llegar a aparecer allí una vez que la cortina de granizo se retirase por completo? ¿Qué podría haberles sucedido a los hombres? ¿Y si se hubiesen acostumbrado a la crueldad? ¿Qué podría hacer yo si en ese intervalo la raza hubiera perdido su humanidad, convirtiéndose en algo inhumano, carente de simpatía y abrumadoramente fuerte? Podría asemejarse a un animal salvaje de la prehistoria, pero más espantoso y desagradable debido a nuestro parecido con él: una criatura repugnante a la que convendría matar sin miramientos.

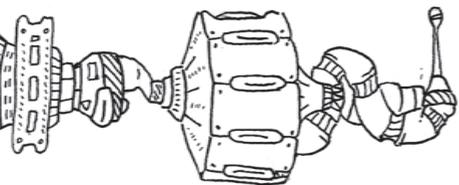
Ya comenzaba a percibir otras formas: grandes edificios de intrincados parapetos y altas columnas, y una colina poblada por una densa arboleda que poco a poco iba alzándose ante mí a medida que aminoraba la tormenta. Entré en pánico. Corrí desesperado hasta la Máquina del Tiempo e hice todo lo posible por colocarla en su debida posición. Mientras estaba en eso, los rayos del sol al fin lograron traspasar la tempestad. Escampó el aguacero gris y se deshizo en el aire como las hilachas de la ropa de un fantasma. Sobre mi cabeza, en el intenso azul de un cielo de verano, los últimos jirones de nubes, oscuros y ligeros, se desvanecían en la nada. A mi alrededor se destacaba la presencia de aquellos grandes edificios, nítidos y claros, perlados por la humedad de la tormenta, blanqueados por las piedritas de granizo que se habían acumulado en sus hiladas. Me sentí desnudo en un mundo extraño. Me sentí tal vez como se sienten los pájaros en el aire, cuando advierten encima suyo las alas del halcón dispuesto a precipitarse sobre ellos. Mi miedo se convirtió en frenesí. Respiré hondo, apreté los dientes y una vez más forcejeé con la máquina con todas mis fuerzas, con muñecas y rodillas. Al fin, cedió bajo mi desesperado intento y se dio vuelta. Me golpeé fuerte en el mentón. Y per-

manecí allí agitado, con una mano en el asiento y otra en la palanca, como si estuviera a punto de subirme a ella de nuevo.

Pero al recuperar la posibilidad de hacer una rápida retirada, pareció volver también mi valentía. Miré con más curiosidad y menos miedo aquel mundo del futuro lejano. En una abertura circular, en lo alto de la pared de una casa cercana, vi a un grupo de personas ataviadas con elegantes y suaves ropajes. Me habían visto, y dirigían sus miradas hacia mí.

Entonces oí voces que se acercaban. A través de los arbustos que crecían junto a la Esfinge Blanca, vi las cabezas y los hombros de unos hombres que corrían a mi encuentro. Uno de ellos surgió de un camino que conducía directamente a ese sector de césped en el que estaba mi máquina. Era una criatura ligera, de una estatura de un metro veinte, enfundada en una túnica púrpura, ceñida a la cintura por un cinturón de cuero. Tenía en los pies sandalias o zuecos, no pude distinguir con claridad; llevaba las piernas desnudas hasta las rodillas y traía la cabeza descubierta. Al advertir esto, noté por primera vez lo cálido que era el aire.

Aquella criatura me pareció muy bella y elegante, pero enormemente frágil. Su rostro sonrosado me recordaba al de los tísicos más bellos: esa belleza doliente de la que tanto hemos oído hablar. Al verlo, recuperé de pronto la confianza. Aparté mis manos de la máquina.



## IV

Poco después, aquel frágil ser del futuro y yo estuvimos cara a cara. Vino directamente hacia mí y se echó a reír en mis narices. De inmediato me llamó la atención en él la ausencia de cualquier signo de temor. Luego se volvió a los otros dos que lo seguían y habló con ellos en una extraña, muy dulce y armoniosa lengua.

Vinieron otros y de pronto, delante de mí, había un pequeño grupo de tal vez ocho o diez de estas exquisitas criaturas. Una de ellas me dirigió la palabra. Se me ocurrió, aunque resulte extraño, que mi voz podría resultar demasiado áspera y profunda para ellas. Así que sacudí mi cabeza a uno y otro lado y, señalando mis orejas, volví a sacudirla. Él avanzó un paso hacia mí, vaciló y me tocó la mano. Luego sentí que otros pequeños tentáculos suaves se posaban sobre mi espalda y mis hombros. Querían asegurarse de que yo fuera real. No me resultó para nada alarmante. De hecho, había en estas bellas personitas algo que inspiraba confianza: cierta elegante amabilidad, cierta calma de niño. Y, además, parecían tan frágiles que me imaginé derribando a media docena de ellos como si fueran bolos. Sin embargo, cuando vi sus pequeñas manitas rosadas tocando la Máquina del Tiempo me vi obligado a hacer un movimiento repentino para prevenirlos. Por suerte, en ese momento, cuando aún no era demasiado tarde, pensé en un peligro que hasta entonces había olvidado y, acercándome a las varillas de la máquina, desenrosqué las pequeñas palancas necesarias para ponerla en movimiento y me las guardé en los bolsillos. Luego retomé el intento de hallar una forma de comunicarnos.

Y entonces, viendo más de cerca sus rasgos, advertí otras peculiaridades de su singular belleza, tan propia de la más fina porcelana. Su

pelo, que era todo ondulado, terminaba en punta sobre el cuello y las mejillas; no se veía el más leve indicio de vello sobre el rostro, y sus orejas eran singularmente diminutas. Las bocas eran pequeñas, con labios muy rojos y finos, y los pequeños mentones terminaban en punta. Sus ojos eran grandes y dulces, y me sorprendió (esto acaso parezca egocéntrico de mi parte) no encontrar en ellos el tipo de interés que hubiera esperado despertar con mi llegada.

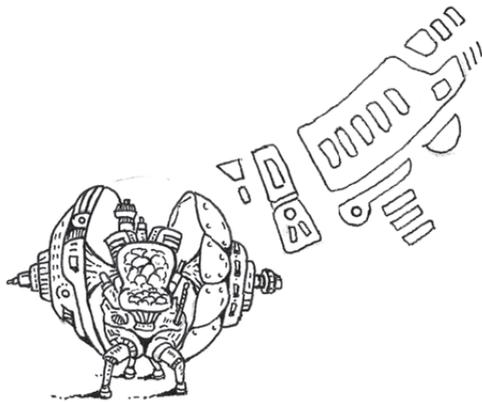
Como no hacían ningún esfuerzo por comunicarse, sino que sencillamente se quedaron allí, sonriendo y conversando entre ellos con su suave tono de arrullo, decidí ser yo quien comenzara la conversación. Señalé la Máquina del Tiempo y me señalé a mí. Luego, dudando un segundo acerca de cómo expresar el tiempo, señalé el sol. De inmediato, una figura pequeña, muy bella, vestida a cuadrillé púrpura y blanco reiteró mi gesto, y después me dejó atónito, al imitar el sonido del trueno.

Por un instante me quedé estupefacto, aunque el sentido de su gesto fuera lo suficientemente claro. Algo se me ocurrió de manera abrupta: ¿y si estaban locos? Les costará entender cómo llegué a esta idea. Verán, siempre pensé que las personas del año Ochocientos Dos Mil y pico serían muchísimo más adelantadas que nosotros en conocimientos, artes, en todo. Y de pronto, allí, uno de ellos acababa de hacerme una pregunta que demostraba que estaban al nivel intelectual de un niño de cinco años de los nuestros, ya que solo así podía entenderse que pensarán que había venido del cielo con la tormenta. Esto no hizo más que corroborar el juicio acerca de ellos que había decidido poco antes mantener en suspenso al ver sus ropas, sus cuerpos frágiles y ligeros y sus rasgos delicados. Una oleada de desencanto se ciñó sobre mi mente. Por un momento, sentí que había construido la Máquina del Tiempo en vano.

Sacudí la cabeza, apunté al sol y les hice una imitación tan vívida del trueno que los sobresaltó. Todos se retiraron un paso o más e hicieron una reverencia. Luego, uno de ellos vino riendo hacia mí, con una guirnalda de flores muy bellas que yo no conocía, y me la puso al cuello. La idea fue recibida con un melodioso aplauso, y de inmediato todos corrieron aquí y allá a cortar flores, y riendo me cubrieron de ellas, casi hasta asfixiarme de pétalos. Ustedes que nunca han visto nada parecido difícilmente puedan imaginar aquellas delicadas y bellas flores creadas por años de cultura. Después, alguno sugirió que debían exhibir su juguete nuevo en el edificio más cercano, y así me llevaron más allá de la esfinge de mármol blanco, que durante todo ese tiempo parecía haber estado mirando mi asombro con una sonrisa, hasta que llegamos a un amplio edificio gris de piedra desgastada. Mientras iba con ellos, volvió a mi mente el hilarante recuerdo de mis esperanzadas predicciones acerca de una posteridad hondamente seria e intelectual.

El edificio tenía una amplia entrada y era de enormes dimensiones. Naturalmente, yo prestaba más atención a la creciente multitud de personitas y a los enormes portales abiertos que bostezaban ante mí, sombríos y misteriosos. La impresión general que me hacía del mundo que veía sobre sus cabezas era la de un confuso derroche de bellos arbustos y flores, un jardín que había sido descuidado durante mucho tiempo y en el que sin embargo no habían crecido malezas. Divisé un gran número de raras flores blancas, de tallo alto, que medían unos treinta centímetros en la expansión de sus pétalos de cera. Crecían desperdigadas, como si fueran silvestres, entre los distintos arbustos, pero como ya he dicho, en ese momento no pude examinarlas de cerca. La Máquina del Tiempo quedó abandonada en el césped, entre las azaleas.

El arco de la puerta estaba ricamente labrado, pero no pude observar de muy cerca el trabajo, aunque al pasar me pareció vislumbrar



indicios de antiguos adornos fenicios, y me sorprendió verlos muy rotos y deteriorados por el clima. En la puerta me recibieron varias personitas de vestidos brillantes y así entré, ataviado con deslucidas ropas del siglo XIX, de aspecto bastante grotesco, adornado de flores y rodeado del torbellino que formaban aquellas personas, con sus vestidos brillantes de colores suaves y sus miembros tersos y blancos, en un melodioso tumulto de risas y palabras gentiles.

La gran puerta daba a un vestíbulo relativamente grande, de color marrón. El techo no estaba iluminado y las ventanas, que en algunas partes tenían vidrios de colores y en otras no, dejaban pasar una luz suave. El piso estaba hecho de grandes bloques de un metal blanco muy duro, no eran planchas ni losetas, eran bloques, y estaba muy desgastado, lo que supuse se debía al trajín de pasadas generaciones, así como se marca la huella en los caminos muy transitados. Cruza-

das a lo largo había muchas mesas de losa de piedra pulida, de unos treinta centímetros de altura más o menos, repletas de fruta. Algunas se parecían a una especie de frambuesas y otras a naranjas hipertrofiadas, pero en su mayoría eran tan raras que no pude reconocerlas.

Alrededor de las mesas había esparcida gran cantidad de almohadones. Sobre estos se sentaron mis conductores, indicándome que los imitara. Con total ausencia de ceremonia, comenzaron a comer fruta con las manos, arrojando las cáscaras y semillas en unas aberturas circulares ubicadas en los laterales de las mesas. No me sentí reacio a seguir su ejemplo, ya que tenía bastante sed y hambre. Mientras lo hacía, aproveché a investigar aquella habitación a mis anchas.

Lo que más me chocó tal vez fuera su aspecto deteriorado. Los vitrales de las ventanas, de sencillos diseños geométricos, estaban rotos en muchos lugares, y el cortinado que colgaba al final de la habitación parecía lleno de polvo. Me llamó la atención que una esquina de la mesa de mármol cercana a mí estuviera rota. Sin embargo, el efecto general era extremadamente rico y pintoresco. Había, tal vez, unas doscientas personas comiendo allí, y la mayoría de ellas, sentadas tan cerca de mí como les resultaba posible, me miraban con gran interés, sus pequeños ojos brillaban sobre la fruta que comían. Todas ellas estaban ataviadas con el mismo género suave y sin embargo resistente, similar a la seda.

Fruta, dicho sea de paso, era lo único que comían. Estas personas del futuro remoto eran estrictamente vegetarianas, y mientras estuve con ellas, a pesar de mis deseos carnales, fui también frugívoro. Más tarde me desayuné de que los caballos, las vacas, las ovejas y los perros habían seguido al ictiosaurio en su extinción. Pero las frutas eran muy deliciosas; una, en particular, que al parecer estuvo de estación durante todo el tiempo que estuve allí, una fruta harinosa de envoltura triangular, era especialmente sabrosa, y me alimenté principal-



mente de ella. Al principio, me desconcertaban las extrañas frutas y flores que veía, pero luego comencé a entender su relevancia.

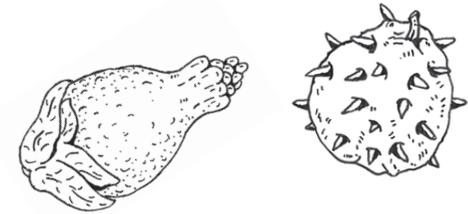
Pero no nos adelantemos, estaba hablándoles de mi dieta frugívora en el futuro distante. Una vez que calmé mi apetito, decidí hacer un claro intento por aprender el habla de estos nuevos hombrecillos míos. Claramente, era lo que correspondía hacer. Me pareció conveniente comenzar por las frutas y, sosteniendo una de estas en la mano, comencé a hacer una serie de sonidos y gestos de interrogación. Encontré grandes dificultades para darme a entender. Al principio, mis esfuerzos fueron recibidos con miradas perplejas de sorpresa o con carcajadas interminables, pero en un determinado momento una criatura rubia pareció captar mi intención y pronunció una palabra. Necesitaron conversar mucho entre sí y explicarse varias veces qué estaba pasando unos a otros, y mis primeros intentos por articular los exquisitos sonidos de su lenguaje les proporcionaron una gran diversión. Sin embargo, me sentí como un maestro entre niños e insistí, y pronto llegué a dominar al menos unos veinte sustantivos, más tarde los pronombres demostrativos e incluso el verbo “comer”. Pero era un trabajo lento, y aquellas personitas pronto se agotaban y querían librarse de mis preguntas, por lo que decidí, obligado por la necesidad, que me dieran sus lecciones en pequeñas dosis, cuando les viniera en gana. Y poco tardé en descubrir que aquellas eran dosis muy pequeñas, porque nunca he conocido personas más indolentes o que se cansen con tanta facilidad.

Una rareza que pronto advertí en mis pequeños anfitriones era su absoluta falta de interés. Venían hacia mí con entusiastas gritos de asombro, como niños, pero igual que niños pronto dejaban de prestarme atención y se iban detrás de otro juguete. Terminada la cena y mis intentos conversacionales, noté por primera vez que casi todos aquellos que me habían rodeado al principio ya se habían ido. Es raro, también, con cuánta rapidez dejé de prestarle

yo atención a esa gente pequeña. Tan pronto como saqué mi hambre, crucé el portal y volví al mundo iluminado por el sol. Todo el tiempo me encontraba con estas personitas del futuro, que me seguían a corta distancia, charlando y riéndose de mí, y que luego de sonreír y gesticular de manera amistosa, volvían a dejarme librado a mis propios medios.

Cuando salí del vestíbulo, la calma de la noche se imponía sobre el ancho mundo, iluminado por el cálido brillo de la puesta de sol. Al principio, las cosas me resultaron muy confusas. Todo era completamente distinto del mundo que conocía, hasta las flores. El gran edificio que acababa de dejar estaba situado sobre la ladera de un valle por el que corría un ancho río, pero el Támesis se había desviado aproximadamente un kilómetro y medio de su actual posición. Decidí subir a la cumbre de una colina, a unos tres kilómetros de distancia, para tener una buena vista de este, nuestro planeta, en el año Ochocientos Dos Mil Setecientos Uno A.D. ya que esta, debo explicar, era la fecha que habían registrado los pequeños cuadrantes de mi máquina.

Mientras caminaba, iba atento a toda impresión que pudiera ayudarme a explicar aquel estado de esplendor entre ruinas en el que había encontrado el mundo, porque sin duda estaba en ruinas. Al subir un poco la colina, por ejemplo, encontré una gran pila de granito, ligada por masas de aluminio, que conformaba un vasto laberinto de murallas escarpadas y piedras desmoronadas, entre las que crecían espesos macizos de plantas muy bellas en forma de pagoda —probablemente fueran ortigas— pero de hojas maravillosamente coloreadas de marrón y que no pinchaban. Se trataba a las claras de los restos de una gran estructura, aunque no pude determinar con qué fin habría sido construida. Y era en ese lugar donde estaba destinado a tener, mucho más tarde, una experiencia muy extraña —la primera intuición de un descubrimiento bastante extraño—, pero de eso hablaré a su debido tiempo.



Al mirar a mi alrededor, guiado por un súbito pensamiento, desde una terraza en la cual me detuve un segundo, advertí que no había pequeñas casas a la vista. Al parecer la casa individual, y probablemente incluso el hogar, eran cosa del pasado. Aquí y allá, entre el verde, había grandes edificios palaciegos, pero la casa y la cabaña, que constituyen rasgos tan característicos de nuestro paisaje inglés, habían desaparecido.

“Comunismo”, me dije.

Y pisándole los talones a este pensamiento, vino otro. Miré a la media docena de personitas que me seguían y de pronto advertí que todas llevaban el mismo traje, todas tenían el mismo rostro suave y sin vello, todas tenían los mismos miembros infantiles y regordetes. Acaso parezca extraño que no me haya dado cuenta antes de esto. Pero es que era todo tan extraño. Ahora la cuestión me resulta bastante clara. En lo que hacía a su vestimenta, y a todas las diferencias de textura y porte que marcan hoy las diferencias entre los sexos, estas personas del futuro eran todas iguales. Y los niños me parecían una versión de sus padres en miniatura. Pensé, en ese momento, que debían ser extremadamente precoces, al menos en lo físico, y luego tuve oportunidad de corroborar de sobra mi opinión.

Viendo la calma y la seguridad en la que vivían, sentí que aquel estrecho parecido entre los sexos era lo que cabía esperar, después de todo, en la medida en que la fortaleza del hombre y la delicadeza de la mujer, la institución de la familia y la diferenciación de ocupaciones, no son más que necesidades propias de una época de fuerza física. Cuando la población es equilibrada y abundante, que haya muchos nacimientos se convierte en un mal antes que en una bendición para el Estado; en aquellos lugares donde rara vez aparece la violencia y los hijos están seguros, hay menos necesidad —de hecho, no hay ninguna necesidad— de contar con una familia eficiente, y la especiali-

zación de los sexos en función de las necesidades de los niños desaparece. Vemos algunos indicios de esto incluso en nuestro propio tiempo, y en esta era del futuro era un hecho consumado. Esta, debo recordárselos, era la especulación que yo hacía en ese momento. Más tarde habría de apreciar cuán lejos estaba de la realidad.

Mientras reflexionaba sobre estas cosas, me llamó la atención una estructura bastante pequeña, como si se tratara de un pozo bajo una cúpula. Pensé al pasar que era muy extraño que aún existiesen pozos, y luego retomé el hilo de mis especulaciones. No había grandes edificios en la cima de la colina, y como mi capacidad de caminar era evidentemente milagrosa, por primera vez me quedé solo. Con una extraña sensación de libertad y aventura, avancé hasta la cumbre.

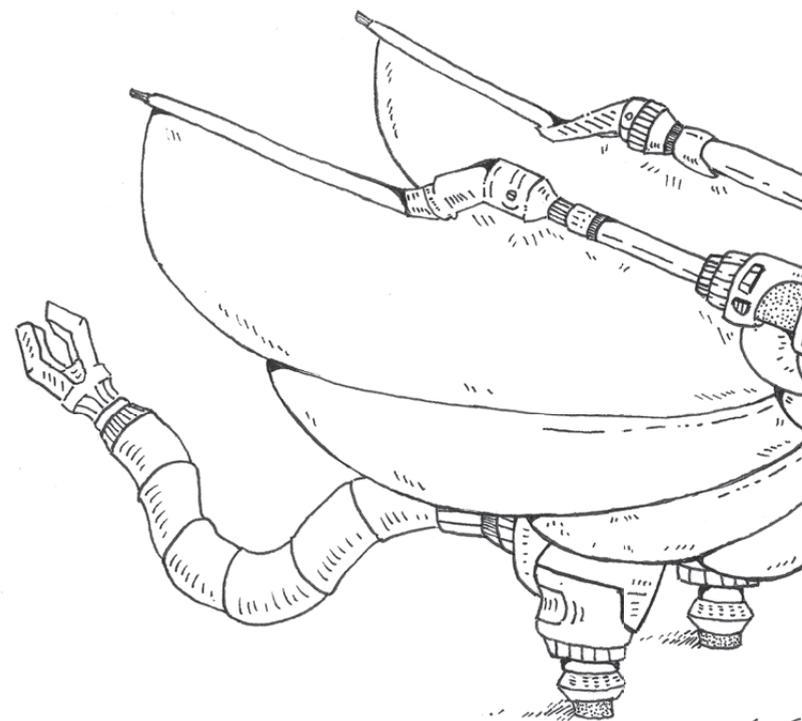
Allí encontré un banco hecho de un metal amarillo que no conseguí reconocer, desgastado en algunos lugares por una especie de óxido rosado y cubierto a medias por un musgo suave. Tenía apoyabrazos de fundición, labrados en forma de cabezas de grifo. En él me senté y contemplé el amplio paisaje de nuestro mundo bajo el ocaso de aquel largo día. Fue una de las vistas más dulces y agradables que haya tenido nunca. El sol ya se había hundido en el horizonte y el oeste era una llamarada de oro, cruzada por algunas barras horizontales de púrpura y carmesí. Abajo, por el valle del Támesis, el río se extendía como una banda de acero pulido. He hablado ya de los grandes palacios distribuidos entre la vegetación, algunos en ruinas y otros ocupados. Aquí y allá una figura blanca o plateada emergía del vasto jardín de la tierra, aquí y allá aparecía la aguda línea vertical de una cúpula o un obelisco. No había setos, ni señales de propiedad privada, ni evidencias de que hubiera agricultura; la tierra se había convertido en un enorme jardín.

Mientras contemplaba esto, comencé a dar forma a mi interpretación de todo cuanto había visto, y en la elaboración de aquella noche, di-

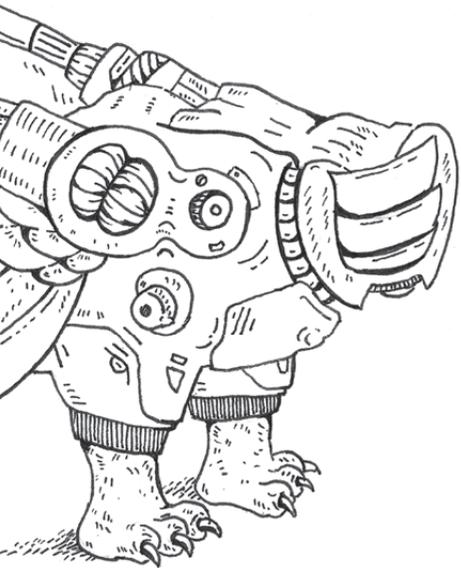
cha interpretación era más o menos la siguiente. (Más tarde descubriría que solo tenía una verdad a medias, o apenas un destello de una faceta de la verdad.)

Tuve la impresión de encontrarme ante la decadencia de la humanidad. Aquel ocaso rojizo me hizo pensar en el ocaso de la especie humana. Por primera vez, comencé a advertir las extrañas consecuencias del esfuerzo social en el que estamos ahora comprometidos. Y aún así, puestos a pensar, se trata de una consecuencia bastante lógica. La fuerza es producto de la necesidad, la seguridad fomenta la debilidad. El proyecto de mejorar las condiciones de vida —el verdadero proceso civilizatorio que hace la vida cada vez más segura— habría avanzado a paso constante hasta alcanzar su culminación. A cada triunfo de la humanidad sobre la naturaleza había seguido otro. Cosas que hoy no son más que sueños, habrían llegado a ser proyectos deliberadamente emprendidos y llevados adelante. ¡Y el resultado era aquello que yo tenía ante mis ojos!

Después de todo, la salubridad y la agricultura de hoy se encuentran todavía en una etapa rudimentaria. La ciencia de nuestra época no ha atacado más que un pequeño departamento del ámbito de las enfermedades humanas, pero aun así extiende sus operaciones de manera constante y persistente. Nuestra agricultura y nuestra horticultura destruyen la maleza aquí y allá y cultivan tal vez un número reducido de plantas saludables, dejando que la mayoría luche por equilibrarse como pueda. Mejoramos nuestras plantas y animales favoritos —y qué pocos son— de manera gradual por medio de la cruce selectiva; ahora un nuevo y mejor durazno, ahora una uva sin semilla, ahora una flor más dulce y más larga, ahora una raza más conveniente de ganado. Las mejoramos gradualmente porque nuestros ideales son vagos y tentativos y nuestro conocimiento, muy limitado; porque la Naturaleza, también, es tímida y lenta en nuestras torpes manos. Algún día todo esto estará mejor organizado, y será aún mejor. Esta



es la dirección de la corriente, a pesar de los remansos. El mundo entero habrá de ser inteligente, educado y cooperante; las cosas se moverán cada vez más y más rápido hacia el dominio de la naturaleza. Al final, de manera inteligente y cuidadosa, habremos de reajustar el equilibrio entre la vida animal y vegetal para adaptarlo a nuestras necesidades humanas.



[La esfinge]

Y creo que en ese transcurso del tiempo que recorrí con mi máquina los humanos ya habían logrado realizar este ajuste, y probablemente habían alcanzado un nuevo equilibrio definitivo. No había mosquitos en el aire, no había malezas ni hongos en la tierra, por todas partes se veían frutas y flores dulces y deliciosas, mariposas brillantes revoloteaban aquí y allá. Se había alcanzado el ideal de la medicina preventiva. No había más enfermedades. Durante toda mi estadía, no vi ninguna evidencia de que existieran enfermedades contagiosas. Y más adelante, les contaré que estos cambios habían logrado afectar profundamente incluso los procesos de putrefacción y vejez.

También se habían alcanzado grandes triunfos sociales. Vi que la humanidad disponía de espléndidas moradas, iba lujosamente vestida, pero de momento no había encontrado a nadie ocupado en ninguna faena. No había señales de conflicto, de tipo social ni económico. La tienda, el anuncio, el tráfico, todo ese comercio que constituye la fibra de nuestro mundo había desaparecido. Fue natural que en aquella noche dorada me sumergiera en la idea del paraíso social. Se habrían resuelto, supuse, las dificultades que plantea el aumento de la población, y esta había cesado de aumentar.

Pero ante semejante cambio en las condiciones de vida, sobrevienen adaptaciones inevitables. ¿Cuáles son, salvo que la ciencia biológica sea un cúmulo de errores, las causas de la inteligencia y la energía del hombre? Las adversidades y la libertad: esas condiciones bajo las cuales sobreviven las personas activas, fuertes y sutiles, y las débiles sucumben, condiciones que hacen valiosa la alianza cabal entre hombres capaces, la autocontención, la paciencia y la decisión. Y la institución de la familia, y las emociones que de ella surgen, los celos feroces, la ternura por los hijos, la abnegación de los padres, todo encuentra su justificación y fundamento en los inminentes peligros que acechan a los jóvenes. Pero *ahora*, ¿dónde están esos peligros inminentes? Hay un sentimiento en auge, y crecerá aun más, contra los celos conyuga-

les, contra la valentía materna, contra las pasiones de todo tipo; cosas innecesarias hoy, cosas que nos hacen sentir incómodos, supervivientes salvajes, inadaptados en una vida agradable y refinada.

Pensé en la liviandad física de las personas, su falta de inteligencia y aquellas ruinas grandes y abundantes, y esto fortaleció mi convicción de que habían alcanzado una conquista perfecta de la naturaleza. Porque después de la batalla viene la Calma. La humanidad había sido fuerte, enérgica e inteligente, y había usado su abundante vitalidad para alterar las condiciones en que vivía. Y ahora era el turno de la reacción de esas condiciones alteradas.

Bajo las nuevas circunstancias, que aseguraban total comodidad y seguridad, esa energía impaciente, que es nuestra fortaleza, se convirtió en debilidad. Incluso en nuestra época ciertas tendencias y deseos, que alguna vez fueron necesarios para nuestra supervivencia, resultan una constante fuente de error. El coraje físico y el amor por la batalla, por ejemplo, no son de gran ayuda —pueden incluso ser impedimentos— para el hombre civilizado. Y en un estado de equilibrio físico y seguridad, la fuerza, tanto intelectual como física, estaría fuera de lugar. Supuse que durante muchísimos años no habría habido ningún peligro de guerra o violencia aislada, ningún peligro de las fieras salvajes, ninguna enfermedad desgastante que requiriese una constitución fuerte, ninguna necesidad de trabajar. Aquellos a los que nosotros llamaríamos débiles en nuestro actual contexto están, sin embargo, mejor equipados para una vida semejante; de hecho, allí no son débiles. Y están mejor equipados porque los que nosotros consideramos fuertes se verían agobiados en tal situación por el exceso de una energía que no sabrían cómo canalizar. Sin duda la exquisita belleza de los edificios que veía era resultado de los últimos esfuerzos de la energía ahora inútil de la humanidad, antes de alcanzar una perfecta armonía con las condiciones en que vivía: el florecimiento de ese triunfo dio comienzo a la gran paz defi-

nitiva. Este ha sido siempre el destino de la energía en situaciones de seguridad: se desvía hacia el arte y el erotismo, y luego se convierte en languidez y decadencia.

Incluso el ímpetu artístico tarde o temprano habría de perecer. De hecho, ya casi había desaparecido en el Tiempo que visité. Adornarse con flores, bailar, cantar bajo la luz del sol: aquello era todo lo que quedaba del espíritu artístico, y nada más. Pero hasta eso habría de desvanecerse en una feliz inactividad. Nuestro filo se mantiene sobre la piedra del dolor y la necesidad y, según creía en ese momento, allí aquella odiosa piedra al fin se había roto.

Allí permanecía en la oscuridad cada vez mayor, mientras pensaba esta sencilla explicación. Había dominado el problema del mundo, había dominado el secreto de aquella gente deliciosa. Tal vez los obstáculos que habían diseñado para el aumento de la población habían tenido demasiado éxito, y su número en vez de mantenerse estable incluso había disminuido. Eso explicaría las ruinas abandonadas. Mi explicación era muy sencilla y bastante plausible... como suelen serlo la mayoría de las teorías equivocadas.



# V

Mientras meditaba allí acerca de este triunfo demasiado perfecto del hombre, de un desborde plateado del noroeste brotó la luna llena, amarilla e iluminada casi por completo. Allí abajo, en el valle, las personitas dejaron de moverse, sentí el revoloteo de un búho silencioso y el fresco de la noche me hizo tiritar. Decidí bajar la colina y encontrar lugar donde dormir.

Busqué el edificio que conocía. Mis ojos recorrieron la figura de la Esfinge Blanca, sobre su pedestal de bronce, cada vez más visible a medida que la luz de la ascendente luna la bañaba. Podía ver el abedul plateado contra el cual se recortaba. Allí estaba el macizo de azaleas, negro bajo la pálida claridad, y allí estaba también el césped. Volví a mirarlo. Una extraña duda liquidó mi complacencia. “No”, me dije con resolución, “ese no es el césped”.

Pero *era* el césped. El blanco rostro leproso de la esfinge apuntaba hacia él. ¿Pueden ustedes imaginar lo que sentí al tener plena convicción de ello? No, no pueden. ¡La Máquina del Tiempo había desaparecido!

De inmediato, como se recibe un latigazo en la cara, me hallé ante la posibilidad de perder mi propia época, de quedar a la deriva en este extraño nuevo mundo. El mero hecho de imaginarlo me producía una sensación física inmediata. Sentía que me sujetaban por la garganta y no me dejaban respirar. Luego, sucumbí al miedo y corrí con todas mis fuerzas ladera abajo. Tropecé y me lastimé la cara, pero no perdí el tiempo restañándome la sangre, sino que volví a ponerme de pie de un salto y seguí corriendo, mientras un rastro caliente me corría por la mejilla y el mentón. En la carrera me iba diciendo “la han movido un poco, seguro la apartaron del camino

y la pusieron bajo las azaleas”. Sin embargo, corría con todas mis fuerzas. Todo el tiempo, con esa certeza que suele venir de la mano del miedo, intuí que eso que decía para tranquilizarme era una tontería, instintivamente sabía que la máquina estaba ahora fuera de mi alcance. Me costaba respirar. Supongo que habré hecho toda la distancia desde la cumbre de la colina hasta el césped, tres kilómetros, en unos diez minutos. Y ya no soy un hombre joven. Mientras corría iba maldiciendo en voz alta mi estúpida confianza, lo que me agotaba aún más. Gritaba con todas mis fuerzas y nadie me contestaba. Ni una sola criatura parecía agitarse en aquel mundo iluminado por la luna.

Cuando llegué al césped, vi que mis peores temores eran realidad. No había ni rastros de la máquina. Me sentí helado, a punto de desfallecer, al ver el espacio vacío entre la oscura maraña de los arbustos. Di vueltas con furia, como si hubiesen podido esconderla en un rincón, y luego me detuve abruptamente, agarrándome la cabeza con las manos. Sobre mí se elevaba la esfinge, sobre su pedestal de bronce, blanca, brillante, leprosa, bajo la luz de la luna llena. Parecía sonreír burlona ante mi consternación.

Podría haberme consolado pensando que aquella gente había querido resguardar el mecanismo para hacerme un favor, de no haber estado seguro de su incapacidad física e intelectual. Esto era lo que más me preocupaba: la sensación de que debía haber allí un poder hasta entonces insospechado, cuya intervención había hecho desaparecer mi invento. Sin embargo, de algo estaba seguro: salvo que otra época hubiera producido un duplicado exacto de ella, la máquina no podría haberse movido en el tiempo. Las conexiones de las palancas —más tarde les mostraré el método— impiden que cualquier persona pueda manipularla si estas han sido quitadas. Es decir que la máquina se había movido y estaba oculta, pero solo en el espacio. Pero entonces, ¿dónde podía estar?



Debo haber tenido una especie de ataque de nervios, supongo. Recuerdo haber recorrido violentamente por dentro y por fuera los arbustos iluminados por la luna, también todo el alrededor de la esfinge, y haberme quedado tieso al ver a un animal blanco que, bajo aquella luz tenue, me resultó parecido a un ciervo. También recuerdo, después, haber golpeado los arbustos con mis puños desnudos hasta lastimarme con las ramas partidas y hacer sangrar mis nudillos. Más tarde, sollozando entre los desvaríos que me provocaba la angustia, me dirigí al gran edificio de piedra. El vestíbulo estaba oscuro, silencioso y vacío. El suelo desparejo me hizo tropezar y caí sobre una de aquellas mesas de malaquita, casi me quiebro una pierna. Encendí un fósforo y atravesé las cortinas polvorientas de las que ya les he hablado.

Allí encontré otra habitación cubierta de almohadones, en la que dormían unas veinte de aquellas personitas. No tengo ninguna duda de que mi segunda aparición debió parecerles muy extraña, por salir yo de manera repentina de la tranquila oscuridad haciendo ruidos inarticulados, y luego provocar el chasquido y la llama del fósforo. De seguro habían olvidado qué era un fósforo. “¿Dónde está mi Máquina del Tiempo?”, comencé a gritar como un niño enojado, afe rrándolos de los hombros y sacudiéndolos. Todo esto debe haberles resultado muy raro. Algunos se reían, pero en su mayoría parecían dolorosamente asustados. Recién cuando los vi a todos de pie a mi alrededor, se me ocurrió que estaba haciendo lo peor que podía hacer bajo aquellas circunstancias, al intentar revivir la sensación del miedo. Porque creía, en función de su comportamiento a la luz del día, que aquellos seres habían olvidado el miedo.

Bruscamente, dejé caer el fósforo y chocándome con una que otra de aquellas personitas en el camino, salí corriendo con torpeza, atravesé el gran comedor y de nuevo me vi bajo la luz de la luna. Oí gritos de terror y el ruido de sus pequeños pies corriendo y tropezando aquí

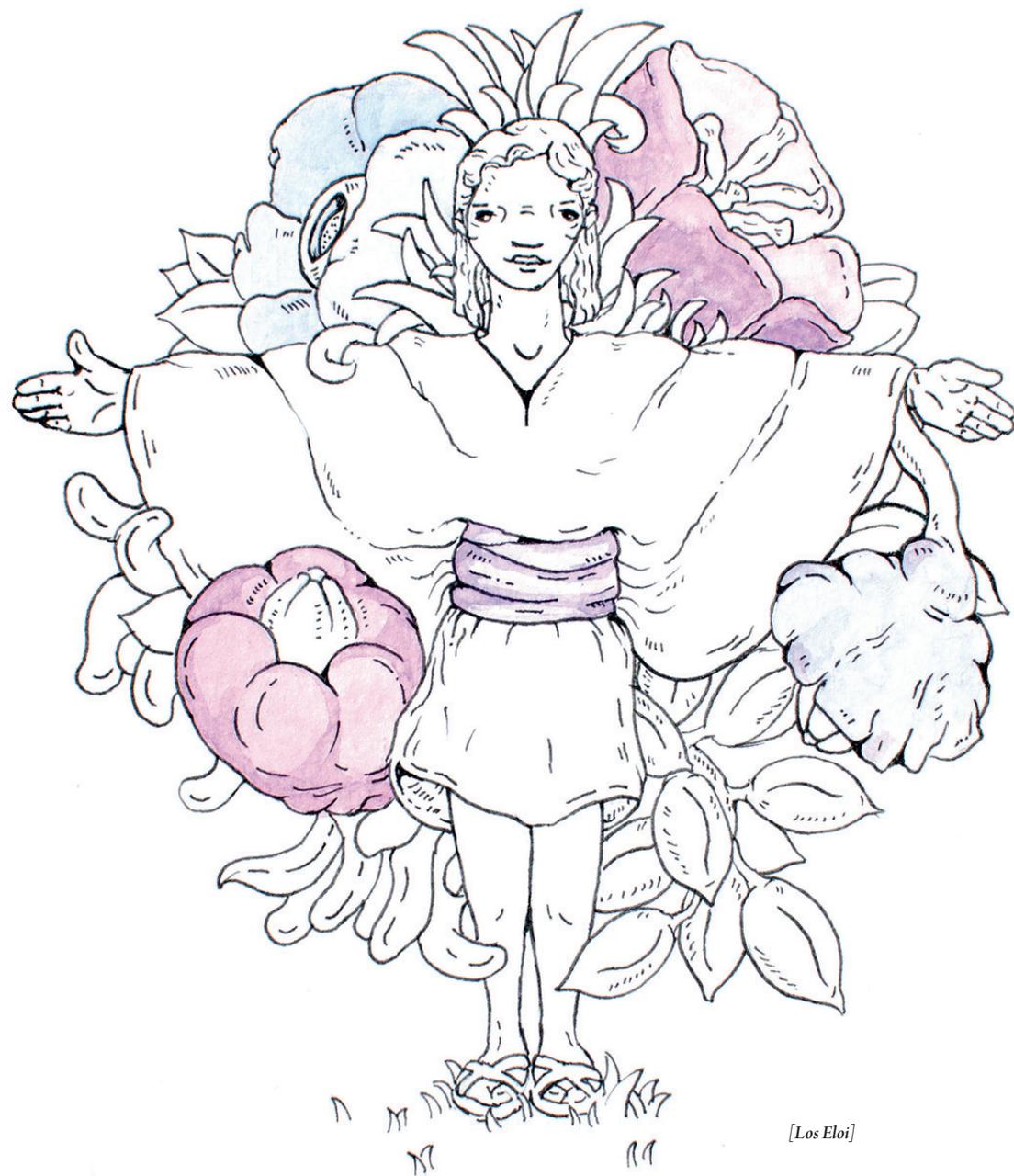
y allá. No recuerdo todo lo que hice durante el ascenso de la luna. Supongo que era la inesperada naturaleza de mi pérdida lo que más me enfurecía. Me sentí irremediamente apartado de mi propia especie, como un animal extraño en un mundo desconocido. Debo haber corrido de aquí para allá, gritando y despotricando contra Dios y contra el Destino. Recuerdo que sentí una horrible fatiga durante aquella larga noche desesperada, volví a revisar en tal o cual sitio imposible, anduve a tientas entre las ruinas iluminadas por la luna y en la oscuridad toqué extrañas criaturas, hasta que al final me tendí en el suelo cerca de la esfinge a llorar con absoluta desesperación. No tenía nada, salvo mi desgracia. Luego me dormí, y cuando desperté otra vez era ya de día, y una pareja de gorriones brincaba a mi alrededor sobre el pasto, al alcance de mi mano.

Me senté en el fresco de la mañana, intentando recordar cómo había llegado allí y por qué tenía una sensación tan intensa de desesperación y soledad. Poco a poco, las cosas se aclararon en mi mente. A la llana y razonable luz del día, podía hacer frente a aquellas circunstancias. Me di cuenta de la enorme idiotez que había hecho la noche anterior y pude razonar. “Supongamos lo peor”, me dije. “Supongamos que la máquina se ha perdido definitivamente, supongamos incluso que ha sido destruida. Me conviene tomármelo con calma y paciencia, aprender los modos de ser de esta gente, entender cómo se perdió la máquina y también cómo conseguir los materiales y las herramientas necesarias para intentar hacer otra. Esa sería mi única esperanza, una esperanza modesta, tal vez, pero mucho mejor que la desesperación”. Después de todo, aquel era un mundo bello y fascinante.

Pero lo más probable era que la máquina solo hubiese sido sustraída. Aun así, me convenía mantenerme calmo y paciente, encontrar dónde la habían escondido y recuperarla por la fuerza o por la astucia. Y con ello me puse de pie y miré a mi alrededor, preguntándome dónde podría bañarme. Me sentía cansado, entumecido y sucio del

viaje. La frescura de la mañana me hizo desear una frescura similar. Había agotado mis emociones. De hecho, mientras tomaba cartas en el asunto, comencé a preguntarme a qué podía deberse mi intensa excitación de la noche anterior. Examiné atentamente el césped. Perdí algo de tiempo en preguntas inútiles, que les transmití, lo mejor que pude, a las personitas que me cruzaba. Ninguna lograba entender mis gestos; algunas ni siquiera reaccionaban, otras pensaban que era una broma y reían. Me resultó la tarea más difícil del mundo mantener mis manos lejos de sus bonitas caras sonrientes. Era un impulso ridículo, pero todavía me costaba refrenar al demonio que el miedo y el enojo ciego habían engendrado en mí, dispuesto a aprovecharse de mi perplejidad. El césped me dio un mejor consejo. Encontré un surco marcado en el pasto, más o menos a mitad de camino entre el pedestal de la esfinge y las huellas que dejaron mis pies cuando, al llegar, debí luchar con la máquina volcada. Alrededor había otras señales de movimiento, con raras y pequeñas pisadas como aquellas que me podía imaginar dejaba un oso hormiguero. Esto me hizo prestar atención al pedestal. Era, como creo haberles dicho, de bronce. No era un bloque sólido, sino que estaba muy decorado con grandes paneles a los costados. Me acerqué y les di unos ligeros golpecitos. El pedestal era hueco. Al examinar los paneles con cuidado, descubrí que entre el marco y ellos quedaba una pequeña abertura. No había manijas ni cerraduras, pero posiblemente los paneles, si eran puertas, se abrieran desde adentro. Una cosa me resultó bastante clara. No era necesario hacer demasiado esfuerzo para entender que mi Máquina del Tiempo estaba dentro de ese pedestal. Cómo había llegado allí, era otro problema.

Vi entonces las cabezas de dos personas vestidas de anaranjado que venían hacia mí atravesando los arbustos, bajo unos manzanos en flor. Les sonreí y les hice señas de que se acercaran. Vinieron y entonces, señalando el pedestal de bronce, intenté darles a entender que



[Los Eloi]

quería abrirlo. Pero bastó que hiciera mi primer gesto en este sentido para que se comportaran de manera muy extraña. No sabría cómo transmitirles a ustedes la expresión de aquellas personitas. Supongamos que ustedes le hicieran a una mujer delicada un gesto impropio y grosero; como ella, así me miraban esas personitas. Se alejaron como si acabaran de recibir el insulto más terrible. La vez siguiente lo intenté con un jovencito de mirada muy amable, pero tuve exactamente el mismo resultado. Por algún motivo, sus modales me hicieron sentir vergüenza. Pero como saben, yo quería la Máquina del Tiempo y lo intenté con otra personita más. Cuando la vi alejarse, lo mismo que las anteriores, mi temperamento sacó lo peor de sí. En tres zancadas me le acerqué, la tomé por la parte suelta de su ropa alrededor del cuello y comencé a arrastrarla hacia la esfinge. Entonces vi que su cara se llenaba de horror y repugnancia, y de repente la dejé ir.

Pero no quería darme por vencido. Golpeé con mis puños los paneles de bronce. Me pareció oír algo adentro —para ser explícito, me pareció que alguien se reía— pero tenía que estar equivocado. Entonces, fui a buscar una pesada piedra al río y volví y martillé con ella los paneles, hasta que aplasté una espiral de la decoración y el verdín cayó en copos polvorientos. Aquellas delicadas personitas deben haberme oído martillando con violentas arremetidas a un kilómetro a la redonda, pero ninguna se acercó. Vi una multitud de ellas sobre las laderas, que me miraban furtivas. Al fin, agotado y muerto de calor, me senté a vigilar el lugar. Pero estaba demasiado inquieto para permanecer así mucho tiempo, soy demasiado occidental para tolerar una larga vigilia. Podría trabajar en un problema durante años, pero jamás esperar sin hacer nada durante veinticuatro horas.

Me levanté y comencé a caminar sin rumbo fijo entre los arbustos, otra vez hacia la colina. “Paciencia”, me dije, “para recuperar la máquina debo dejar a la esfinge en paz. Si tienen la intención de quitármela, de poco servirá que rompa los paneles de bronce, y si no es su intención,

me la devolverán tan pronto como se las pida. Sentarse entre todas esas cosas desconocidas ante un enigma como este resulta desesperante. Ese camino me llevará a la locura. Debo enfrentar este mundo. Debo aprender sus formas, observarlo con atención, abstenerme de hacer conjeturas demasiado apresuradas acerca de sus significados. Al fin, descubriré las pistas que me permitan resolver el enigma”. Entonces, de pronto, me di cuenta de lo cómico de la situación: pensé cuántos años había pasado estudiando y trabajando para viajar al futuro, y ahora estaba desesperado por escaparme de él. Yo mismo me había tendido la trampa más difícil y dolorosa en la que pueda caer un hombre. Y aunque fuera a mi propia costa, no pude evitarlo. Me reí a carcajadas.

Mientras atravesaba el gran palacio, me pareció que las personitas me evitaban. Acaso fueran ideas mías, o tal vez tuviera algo que ver con que hubiera estado golpeando las puertas de bronce. De uno u otro modo, estaba bastante seguro de que me rehuían. Tuve cuidado, no obstante, de no mostrar preocupación alguna y me abstuve de perseguirlos, y en el transcurso de uno o dos días las cosas volvieron a la normalidad. Hice todos los progresos que pude en su lengua, y además proseguí mis exploraciones aquí y allá. O me faltaba entender ciertas sutilezas o su lengua era excesivamente simple, me pareció que estaba compuesta casi exclusivamente de verbos y sustantivos concretos. Parecía haber muy pocos términos abstractos, casi ninguno, y poco uso del lenguaje figurativo. Por lo general, sus oraciones eran simples y de una o dos palabras, y como no lograba transmitirles ni entender otra cosa que las proposiciones más sencillas, decidí apartar en un rincón de mi memoria los pensamientos acerca de mi Máquina del Tiempo y el misterio de las puertas de bronce bajo la esfinge tanto como me fuera posible, hasta que mi conocimiento me condujera de nuevo a ellos por una vía natural. Sin embargo, como podrán ustedes entender, algo me retenía en un círculo de pocos kilómetros a la redonda, en torno a mi punto de llegada.

Hasta donde alcanzaba mi mirada, el mundo entero mostraba la misma riqueza exuberante que el valle del Támesis. Desde todas las colinas a las que subí, vi la misma abundancia de edificios espléndidos, muy variados en materiales y estilos, los mismos agrupamientos de arbustos siempre verdes, los mismos árboles cargados de flores y los mismos helechos. Aquí y allá, el agua brillaba como la plata y más allá la tierra se elevaba en ondulantes colinas azuladas, y así se perdían en la serenidad del cielo. Un rasgo peculiar que me llamó la atención en ese momento fue la presencia de ciertos pozos circulares; varios de ellos, me pareció, de gran profundidad. Uno se hallaba cerca del camino que subía la colina y que yo había tomado durante mi primera caminata. Al igual que los demás, estaba bordeado de bronce, curiosamente forjado, y protegido de la lluvia por una pequeña cúpula. Al sentarme al borde de aquellos pozos y escrutar su fondo oscuro, no veía en ellos ninguna señal de agua ni lograba encontrar un reflejo al encender un fósforo. Pero en todos oía el mismo ruido: un toc-toc-toc, como el golpe de un gran motor, y descubrí, por el fulgor de mis fósforos, que dentro del hueco de los pozos soplaba una constante corriente de aire hacia abajo. En cierta ocasión, lancé un pedazo de papel dentro de uno, y este en vez de flotar suavemente hacia abajo, fue aspirado a toda velocidad y se perdió de vista.

Al cabo de cierto tiempo, logré conectar estos pozos con las altas torres que se elevaban aquí y allá sobre las laderas; porque sobre ellas a menudo podía verse el mismo temblor del aire que puede verse en un día caluroso en una playa abrasada por el sol. Relacionando estas cosas, llegué a la fuerte conjetura de que existía un extenso sistema de ventilación subterránea, cuya verdadera utilidad me costaba imaginarme. En un principio, me sentí inclinado a asociarlo a los aparatos sanitarios de estas personas. Era una conclusión obvia, pero absolutamente errónea.

Y aquí debo admitir que aprendí muy poco de desagües, campanas, sistemas de transferencia y otros aparatos similares durante el tiempo que pasé en este futuro real. Las visiones de Utopías y tiempos venideros que he podido leer en los libros ofrecen muchos detalles acerca de los edificios, la organización social y demás. Pero mientras que esos detalles son bastante fáciles de obtener cuando ese mundo está contenido en la propia imaginación, son por completo inaccesibles para un viajero que se encuentra de verdad inmerso en esas realidades, como era mi caso. Traten de pensar qué retrato de Londres le haría a su tribu un negro recién salido del África Central. ¿Qué sabría de las compañías de ferrocarril, de los movimientos sociales, del teléfono y los cables del telégrafo, de la Compañía de Entregas a Domicilio, de los giros postales y otras cosas similares? Y eso que nosotros, al menos, accederíamos a explicarle con gusto todas estas cosas. E incluso de lo que él llegase a entender, ¿cuánto podría transmitirle o lograr que creyera a un amigo que no haya viajado con él? Ahora piensen la escasa distancia que separa al negro del hombre blanco de hoy y cuán extensa era la brecha que me separaba a mí de los hombres de esta Edad de Oro. Percibía que había muchas cosas que no lograba ver que contribuían a mi comodidad, pero salvo por la impresión general de una organización automática, me temo que no pueda transmitir a ustedes mucho más acerca de esta diferencia.

En materia de sepultura, por ejemplo, no veía signos de crematorios ni nada que se pareciese a una tumba. Pero se me ocurrió que posiblemente hubiera cementerios (o crematorios) en algún lugar alejado del radio de mis exploraciones. Esta, una vez más, fue una pregunta que me planteé, y mi curiosidad fue enteramente derrotada en este punto. La cuestión me intrigaba, y acabé por hacer una observación ulterior, que me desconcertó aun más: entre aquellas personitas no había ningún anciano ni enfermo.



Debo confesar que la satisfacción que me procuraron las primeras teorías que formulé acerca de una civilización automática y la decadencia de la humanidad no duró demasiado. Sin embargo, no se me ocurrían otras. Entiendan mis dificultades. Los distintos palacios que había explorado eran meros palacios de vivienda, grandes comedores y habitaciones de dormir. No pude hallar ninguna máquina ni utensilio de ningún tipo. Sin embargo, estas personas vestían géneros agradables, que sin duda necesitaban renovar de tiempo en tiempo, y sus sandalias, aunque carecían de adornos, daban muestras de un dominio bastante complejo del metal. Estas cosas era preciso que se fabricasen de alguna manera. Y las personitas no mostraban la más mínima señal de tener tendencia a crear cosas. No había tiendas, talleres ni señal alguna de importaciones. Se la pasaban todo el día jugando, bañándose en el río, haciendo el amor de una manera juguetona, comiendo fruta y durmiendo. No llegué a ver cuánto duraban las cosas.

Volvamos, entonces, a la Máquina del Tiempo: algo, no sabía qué, la había escondido bajo el pedestal hueco de la Esfinge Blanca. *¿Por qué?* Les juro por lo que más quieran que no lograba imaginármelo. Y después estaban aquellos pozos sin agua, esos pilares de aire... Entendí que me faltaba una pista. Entendí... *¿cómo explicarlo?* Supongamos que ustedes se encuentran una inscripción, con oraciones aquí y allá de un excelente inglés, e interpoladas con estas otras, hechas de palabras, de letras incluso, que les resultan absolutamente desconocidas. Bueno, al tercer día de mi visita, ese era el rostro que me ofrecía el mundo de Ochocientos Dos Mil Setecientos Uno.

Aquel día, también hice una amiga... o algo así. Ocurrió que mientras miraba a algunas de las personitas bañándose en una zona poco profunda del río, una de ellas tuvo un calambre y empezó a ser arrastrada por el agua. La corriente era bastante rápida, pero no demasiado fuerte, ni siquiera para un nadador moderado. Esto les dará una idea, por tanto, de la extraña deficiencia de esas criaturas, ya que ninguna

de ellas hizo el menor intento de rescatar a aquella que sollozaba débilmente mientras se ahogaba ante sus ojos. Al darme cuenta de ello, me apresuré a quitarme la ropa y, vadeando el agua por un punto más bajo, logré alcanzar a esa cosa menuda, aferrarla y dejarla a salvo en tierra. Bastaron unas fricciones en piernas y brazos para reanimarla, y tuve la satisfacción de verla completamente recuperada antes de retirarme. Tenía tan poca estima por aquellos seres que no esperé ningún tipo de gratitud de su parte. En ello, sin embargo, me equivocaba.

Esto ocurrió a la mañana. Por la tarde, me encontré con la mujercita —eso supuse que era— al regresar de una nueva exploración a mi base de operaciones. Me recibió con gritos de deleite y me ofreció una gran guirnalda de flores, que había hecho para mí y ninguna otra persona. Aquello avivó mi imaginación. Es muy posible que me sintiera desesperado. En cualquier caso, me esforcé por mostrar aprecio por el regalo. Pronto estuvimos sentados juntos bajo una glorieta, sosteniendo una conversación hecha sobre todo de sonrisas. La amabilidad de aquella criatura me afectaba como podría haberme afectado la de un niño. Nos dimos flores y ella me besó las manos. Hice lo mismo con las suyas. Luego intenté hablar, y descubrí que su nombre era Weena; a pesar de no saber qué significaba, me resultó bastante apropiado, de alguna manera. Ese fue el comienzo de una rara amistad que duró una semana y terminó... ya les diré cómo.

Ella era exactamente como una niña. Quería estar todo el tiempo conmigo. Intentaba seguirme a todas partes, y en el siguiente viaje que emprendí, sentí una opresión en el pecho, cuando al fin conseguí dejarla, exhausta, llamándome con voz quejumbrosa. Pero era preciso dominar los problemas del mundo. No había venido al futuro, me decía a mí mismo, para mantener un romance en miniatura. Sin embargo, su angustia era muy grande cuando la dejé, sus reproches al separarnos eran un poco desesperados y creo que a fin de cuentas su devoción me causó tanta preocupación como consuelo. Sin em-



[El edificio de piedra y la esfinge]



bargo, de una manera u otra, ella significaba un gran consuelo. Pensé que era un simple apego infantil el que la hacía aferrarse a mí. Hasta que no fue demasiado tarde, no entendí con claridad la pena que le infligía al dejarla. Y hasta que no fue demasiado tarde, tampoco entendí con claridad lo que significaba ella para mí. Porque, por el mero hecho de parecer que me quería, y mostrarme a su manera débil e inconstante que se preocupaba por mí, aquella pequeña muñequita le dio a mi retorno a la zona de la Esfinge Blanca casi el sentimiento de una vuelta al hogar; apenas llegaba a la colina, ya buscaba yo su diminuta figura de blanco y oro.

Fue con ella, también, que descubrí que el miedo no había desaparecido del mundo. Era bastante intrépida a la luz del día y mostraba una extraña confianza en mí; una vez, en un momento estúpido, le hice gestos amenazantes y estos solo la hicieron reír. Pero tenía miedo a la oscuridad, miedo a las sombras, miedo a las cosas negras. La oscuridad era lo único a lo que le tenía miedo. Era una emoción singularmente intensa, y esto me hizo reflexionar y observarla. Descubrí así, entre otras cosas, que estas personitas se reunían en las grandes casas al caer la luz y dormían en grupos. Que alguien entrara donde se hallaban cuando ya no había luz les causaba una gran aprehensión. Nunca encontré a nadie a la intemperie o durmiendo solo dentro de una casa, luego del atardecer. Sin embargo, era todavía tan bruto que no entendía la lección de ese miedo, y a pesar de los nervios de Weena, insistía en dormir apartado de estas multitudes.

Se preocupaba mucho, pero al final el extraño afecto que sentía por mí triunfó, y durante las cinco noches que duró nuestra relación, inclusive la última de todas, durmió con su cabeza recostada en mi brazo. Pero pierdo el hilo de mi historia al hablarles de ella. Debe haber sido la noche anterior a que la salvara de ahogarse que me desperté al amanecer. Había dormido muy mal, soñé que me ahogaba y que unas anémonas de mar me tocaban la cara con sus palpos

blandos. Me desperté de un salto y me pareció que un animal gris salía corriendo de la habitación. Intenté volver a dormirme, pero me sentía inquieto e incómodo. Era esa hora gris en que las cosas recién acaban de salir de las tinieblas, en la que todo es descolorido y nítido, pero aun así irreal. Me puse de pie, fui al gran vestíbulo y llegué a las losas de piedra del frente del palacio. Pensé en hacer de la necesidad virtud, y aprovechar que me había despertado temprano para ver la salida del sol.

Se ponía la luna, y su luz moribunda y la primera palidez del alba se mezclaban en una medialuz fantasmal. Los arbustos eran negros como la tinta, la tierra de un gris sombrío y el cielo, descolorido y triste. Sobre la colina creí ver fantasmas. En tres ocasiones distintas, al divisar la ladera, vi figuras blancas. Dos veces me pareció que una criatura solitaria, blanca, similar a un mono, pasaba corriendo a gran velocidad cuesta arriba, y otra, que una trailla de criaturas semejantes a estas arrastraba un cuerpo oscuro cerca de las ruinas. Se movían velozmente. No llegué a ver qué hacían. Se perdieron entre los arbustos. Deben entender que el alba todavía era incierta. Y yo tenía esa sensación helada, confusa, de la primera mañana, que de seguro ustedes conocerán. Dudaba de lo que veía.

Cuando el cielo del este se volvió brillante, llegó la luz del día y sus vívidos colores regresaron una vez más al mundo, escudriñé detenidamente el paisaje. Pero no vi ningún rastro de mis blancas figuras. Eran solo criaturas de la media luz. “Deben de haber sido fantasmas”, me dije, “me pregunto de cuándo serán”. Porque recordé una extraña teoría de Grant Allen, que me divierte mucho. Él sostiene que si cada generación muere y deja fantasmas, el mundo finalmente terminará superpoblado de ellos. Según esa teoría, para Ocho Cientos Mil deberían llegar a ser innumerables, y no había mayor maravilla que ver cuatro juntos. Pero la broma no me contentaba, y pasé toda la mañana pensando en estas figuras hasta que el recate de Weena las

desterró de mi cabeza. Las asocié de una manera vaga con el animal blanco que había visto en mi búsqueda desesperada de la Máquina del Tiempo. Pero Weena era un sustituto agradable. Y al mismo tiempo, pronto estas criaturas estarían destinadas a ocupar un lugar mayor y más implacable en mi mente.

Creo haberles dicho ya que el clima de esta Edad de Oro era mucho más cálido que el nuestro. No me explico por qué. Será que el sol era más caliente o la tierra estaba más cerca del sol. Por lo general, se supone que en el futuro el sol irá enfriándose progresivamente. Pero las personas, poco familiarizadas con especulaciones como las del joven Darwin, olvidan que los planetas habrán de volver uno a uno al cuerpo celeste que los engendró. A medida que estas catástrofes vayan ocurriendo, el sol arderá con renovada energía; y acaso alguno de los planetas más cercanos a él ya hubiese sufrido este destino. Cualquiera fuera la razón, lo cierto es que el sol era mucho más cálido que el que conocemos.

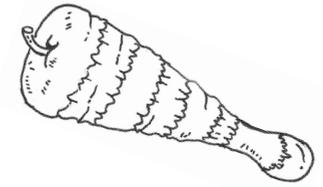
En fin, una mañana muy calurosa —la cuarta, creo—, mientras buscaba refugio del calor y el brillo del sol en una gran ruina cercana a la casa grande en la que comía y dormía, sucedió algo muy extraño: al trepar por estas pilas de mampostería, encontré una galería estrecha, cuyo final y respiradero laterales estaban obstruidos por grandes piedras caídas. En contraste con la luz del espacio exterior, al principio me pareció de una oscuridad impenetrable. Entré a tientas, pues el paso de la luz a la penumbra hizo que aparecieran manchas de color en mis ojos. De pronto, me detuve como hechizado. Un par de ojos, iluminados por el reflejo de la luz exterior, me miraban fijamente en las tinieblas.

Me sobrevino el viejo terror instintivo a las fieras salvajes. Apreté los puños y miré fijamente a esos ojos encendidos. Luego, pensé en la absoluta seguridad con que parecía vivir la humanidad. Y entonces

recordé su extraño terror a la oscuridad. Superando hasta cierto punto mi temor, di un paso hacia adelante y hablé. Debo admitir que mi voz era ronca e insegura. Extendí la mano y toqué algo blando. De inmediato, los ojos se apartaron de mí y sentí que algo salió corriendo. Me volví con el corazón en la boca y vi a una extraña figura, parecida a un mono, que llevaba la cabeza gacha de una manera peculiar y corría por el espacio que el sol iluminaba detrás de mí. Chocó contra un bloque de granito, se tambaleó y poco después se perdió en una sombra negra, detrás de otra pila de escombros.

La impresión que me había hecho de la criatura era, desde luego, imperfecta, pero sabía que era de un blanco desvaído, tenía extraños y grandes ojos de color gris rojizo, y también cabellos rubios que le caían de la cabeza por la espalda. Pero, como les digo, se movió demasiado rápido como para que llegara a verla con claridad. Ni siquiera hubiese sabido decir si corría en cuatro patas o si solo llevaba las extremidades superiores muy cerca del suelo. Tras una breve pausa, la seguí hasta el segundo montón de escombros. Al principio me costó encontrarla, pero luego de un rato en la más profunda oscuridad, llegué a una de esas aperturas redondas, como un pozo, de las que les he hablado, cerrada a medias por un pilar caído. Se me ocurrió entonces una idea. ¿Era posible que a aquella Cosa se la hubiera tragado el hueco? Encendí un fósforo y, al mirar abajo, vi agitarse una pequeña criatura blanca, de grandes ojos brillantes, que me miraba fijo mientras retrocedía. Me produjo un escalofrío. ¡Era como una araña humana! La vi descender por la pared, y por primera vez advertí la presencia de unos soportes y manijas de metal que formaban una especie de escalera que descendía por la cañería. Entonces el fósforo me quemó los dedos, se me cayó de la mano y se apagó al caer; para cuando encendí otro, el pequeño monstruo ya había desaparecido.

No sé cuánto tiempo me quedé allí sentado, mirando el fondo del pozo. Me llevó un rato hasta que logré persuadirme de que la cosa



que había visto era humana. Pero poco a poco la verdad descendió sobre mí: el Hombre ya no era una especie única, sino que se había diferenciado en dos animales distintos. Mis agraciadas criaturas del Mundo Superior no eran los únicos descendientes de nuestra generación, sino que aquella Cosa pálida, repugnante y nocturna, que había pasado como un relámpago por delante de mis ojos, también era un heredero de todas las edades.

Recordé entonces las columnas de aireación y mi teoría de una ventilación subterránea. Comencé a sospechar su verdadera relevancia. ¿Y qué venía a ser este lemur, me pregunté, en mi idea de una organización perfectamente equilibrada? ¿De qué manera se relacionaba con la indolente serenidad de las bellas criaturas superiores? ¿Y qué se ocultaba allí abajo, en el fondo de la tubería? Me senté en el borde del pozo diciéndome que, en cualquier caso, no había nada que temer, y que hasta allí debía descender para encontrar la solución a todas mis dificultades. ¡Y sin embargo estaba absolutamente aterrado de bajar! Mientras dudaba, dos de las bellas personas del Mundo Superior vinieron corriendo, con su amoroso estilo, de la luz del día a la sombra. El varón perseguía a la hembra, arrojándole flores mientras corría.

Parecieron consternadas de verme con el brazo sobre la columna caída, escrutando el fondo del pozo. Al parecer, estaba mal visto prestar atención a aquellas aberturas; pues cuando se las señalé, e intenté formular una pregunta al respecto en su lengua, se mostraron aún más claramente consternadas y me dieron la espalda. Como sabía que les interesaban mis fósforos, encendí algunos para divertirlos. Intenté de nuevo preguntarles acerca del pozo, y otra vez fracasé. Así que terminé por irme, con la intención de buscar a Weena y ver qué podía sonsacarle. Pero mi mente estaba ya revolucionada: mis anfitriones y las impresiones que me había hecho de ellos se precipitaban hacia una nueva interpretación. Ahora tenía una pista de la importancia de aquellos pozos, de las torres de ventilación, del misterio

de los fantasmas, por no hablar del sentido de las puertas de bronce y el destino de la Máquina del Tiempo. Y muy vagamente comencé a intuir la solución al enigma económico que tan desconcertante me había parecido.

Esta era mi nueva idea. Claramente, esta segunda especie del Hombre era subterránea. Tres circunstancias en particular me hacían pensar que su rara aparición en la superficie era resultado de un continuo hábito subterráneo. En primer lugar, el aspecto lívido, común a la mayoría de los animales que pasan la mayor parte del tiempo en la oscuridad, como por ejemplo el pescado blanco de las grutas del Kentucky. Luego, aquellos grandes ojos, dotados de la capacidad de reflejar la luz, que son rasgos comunes en criaturas nocturnas; por caso, el búho y el gato. Y por último, aquella clara confusión a la luz del sol, aquella apresurada, torpe y titubeante huida hacia las sombras, y aquella rara postura de la cabeza, todo esto respaldaba la teoría de una retina extremadamente sensible.

Bajo mis pies, entonces, la tierra debía estar atravesada por túneles, y estos túneles eran el hábitat de la nueva raza. La presencia de los ductos de ventilación y los pozos en las cuestas de las colinas —en todas partes, a decir verdad, salvo a lo largo del valle del río— revelaba cuán universales eran sus ramificaciones. ¿No era natural, por tanto, suponer que era en este Mundo Inferior artificial donde se realizaba todo el trabajo necesario para la comodidad de la raza que vivía a la luz del sol? La conjetura era tan plausible que no tardé en aceptarla, e incluso deduje de ella *cómo* se había producido la diferenciación de la especie humana. Me atrevo a creer que ustedes también prevén los postulados de mi teoría; pero, en cuanto a mí, no tardé en descubrir que estaba muy alejada de la verdad.

Al principio, partiendo de los problemas que nos plantea nuestra propia época, me pareció claro como el día que la profundización

gradual de las actuales diferencias históricas y sociales entre el Capitalista y el Trabajador eran la clave para entender esta situación. Sin duda podrá parecerles grotesco —y en exceso increíble—, pero aún hoy existen circunstancias que apuntan en esta dirección. Hay una tendencia a utilizar el espacio subterráneo para los propósitos menos decorativos de la civilización: tenemos el ferrocarril metropolitano de Londres, por ejemplo, los nuevos tranvías eléctricos, los túneles subterráneos, talleres y restaurantes bajo tierra, que son cada vez más y se multiplican. Creí que esta tendencia había progresado hasta que la industria había perdido poco a poco su derecho a existir al aire libre. Es decir, pensaba que se habían trasladado cada vez más fábricas de mayor tamaño bajo tierra, y que estas fueron funcionando allí una parte cada vez mayor de su tiempo hasta que al final... ¿O acaso en nuestros días los obreros de los barrios más pobres no viven en condiciones tan artificiales que, prácticamente, los mantienen separados de la superficie natural de la tierra?

Además, la tendencia de los más ricos a recluirse —debida, sin duda, al creciente refinamiento de su educación, y a la profundización del abismo que los separa de la brutal violencia de los pobres— contribuye ya al cerramiento, en favor de sus intereses, de considerables porciones de la superficie de la tierra. En los alrededores de Londres, por ejemplo, casi la mitad de los lugares más hermosos están cercados. Y este mismo abismo, cada vez mayor —que se debe a los largos tiempos y altos costos que demanda la educación superior y a las crecientes facilidades y tentaciones que se ofrecen en función de sus refinados hábitos a los ricos— harán que el intercambio entre ambas clases, el mejoramiento por vía de los matrimonios cruzados que de momento retardan la escisión de nuestra especie en función de las líneas de la estratificación social, sean cada vez menos frecuentes. Por consiguiente, al final de este proceso solo tendremos a los Propietarios, que buscarán el placer, la comodidad y la belleza sobre la tierra, y bajo ella a los Desposeídos, los



[Los fuegos]

Obreros, que poco a poco irán adaptándose a las condiciones de su trabajo. Una vez allí, sin duda se vieron obligados a pagar una renta, nada económica, por la ventilación de sus cavernas, y en caso de que se negasen a hacerlo, podían pasar hambre o incluso ser asfixiados a causa de su incumplimiento. Los que entre ellos nacieran con una constitución rebelde o insatisfecha, morirían; y al final, una vez que se llegase a un equilibrio definitivo, los sobrevivientes se adaptarían a las condiciones de vida subterráneas y estarían tan satisfechos a su manera como las personas del Mundo Superior con lo suyo. Según me parecía, la belleza refinada y la palidez marchita se seguían de ello con bastante naturalidad.

El gran triunfo de la Humanidad con el que yo había soñado cobraba ahora una forma distinta. Nunca había existido el triunfo de la educación moral y la cooperación general que yo había imaginado. Por el contrario, una verdadera aristocracia, armada con una ciencia perfecta, había llevado a su conclusión lógica el sistema industrial de hoy. Este triunfo no había sido solo un triunfo sobre la naturaleza, sino también sobre el resto de los hombres. Esta, debo advertirles, era mi teoría en ese momento. No contaba con ayuda de nadie que me guiara, a la manera de lo que ocurre en los libros sobre utopías. Mi explicación acaso estuviera totalmente equivocada. Todavía creo que es la más plausible. Pero incluso en esta suposición, el equilibrio civilizatorio al que finalmente se llegó debió haber alcanzado mucho tiempo antes su momento más álgido, y se encontraba ahora en franca decadencia. La seguridad demasiado perfecta de los habitantes del Mundo Superior los había llevado, en un paulatino movimiento de degeneración, a una disminución general de su estatura, su fuerza y su inteligencia. Esto podía verlo yo con bastante claridad. Lo que había ocurrido con los habitantes del Mundo Inferior, ni siquiera lo sospechaba; pero, por lo que había visto de los Morlocks —este, dicho sea de paso, era el nombre con que se llamaba a aquellas criaturas— podía imaginar que la modificación del tipo humano había sido en ellos mucho más profunda que entre los “Eloi”, la bella raza que ya conocía.

Esto me planteó dudas complejas. ¿Por qué los Morlocks habían tomado mi Máquina del Tiempo? Porque estaba seguro de que eran ellos los que se la habían llevado. ¿Y por qué, si los Eloi eran los amos, no podían devolvérmela? ¿Por qué le tenían un miedo tan terrible a la oscuridad? Decidí, como ya les he dicho, preguntarle a Weena acerca de este Mundo Inferior, pero una vez más sus respuestas resultaron decepcionantes. Al principio, no entendía mis preguntas y después se negó a contestarlas. Temblaba como si se tratara de un tema insostenible. Y cuando la presioné, de manera tal vez un poco ruda, se largó a llorar. Esas fueron las únicas lágrimas, excepto las mías, que vi jamás en la Edad de Oro. Cuando las vi, dejé de inmediato de molestarla con los Morlocks, y lo único que me importó fue borrar de sus ojos aquellos signos de la herencia humana. Y muy pronto estaba Weena sonriendo y aplaudiendo con sus manos, mientras yo encendía solemnemente un fósforo.



## VI

Acaso les parezca extraño, pero dejé pasar dos o tres días antes de disponerme a indagar aquella nueva pista de una manera adecuada. Aquellos cuerpos pálidos me provocaban una singular repulsión. Tenían ese color blanquecino que tienen los gusanos y los ejemplares que vemos preservados en alcohol en las vitrinas del museo zoológico. Y eran asquerosamente fríos al tacto. Probablemente, mi aversión se debiera en parte a la simpática influencia de los Eloi, cuyo asco por los Morlocks comenzaba a entender.

A la noche siguiente me costó dormir. Es probable que mi salud estuviera un poco deteriorada. Me sentía abrumado por la duda y la perplejidad. Una o dos veces sentí un intenso temor sin que pudiera atribuirle ningún motivo concreto. Sin hacer ruido, me dirigí hasta el gran salón en el que las personitas dormían iluminadas por la luz de la luna —aquella noche Weena estaba entre ellas— y su presencia me tranquilizó. En ese momento, se me ocurrió pensar que en cuestión de pocos días la luna entraría en su último cuarto y las noches serían más oscuras; cuando eso ocurriera, las apariciones de estas desagradables criaturas subterráneas, estos lemures blanquecinos, estos nuevos gusanos que habían reemplazado a los de antes, serían más abundantes. Y durante esos dos días sentí la inquietud que azota a quien evita un deber ineludible. Estaba seguro de que solo podría recuperar la Máquina del Tiempo internándome en los misterios del mundo subterráneo. Sin embargo, aún no me sentía listo para enfrentarme a aquel enigma. Si al menos hubiese tenido un compañero, todo hubiese sido distinto. Pero estaba tan horriblemente solo, que nomás pensar en la idea de descender por las tinieblas del pozo me hacía temblar. No sé si comprenderán ustedes el estado en que me hallaba, pero sentía que no había nadie que me cubriese la espalda.

Tal vez haya sido esta inquietud, esta inseguridad, la que me hiciera avanzar cada vez más y más lejos en mis expediciones. Camino al sudoeste, cerca de la zona escarpada que hoy lleva el nombre de Coombe Wood, en Croydon, divisé a la distancia una gran estructura verde, muy distinta de cualquier otra que hubiera visto hasta el momento. Era de mayor tamaño que el más grande de los palacios en ruinas que ya conocía, y su fachada tenía un aspecto oriental: mostraba el brillo, y también esa tonalidad verde pálida, ese verde-azulado, que caracteriza a cierto tipo de porcelana china. Esta diferencia de aspecto sugería una diferencia de uso, y tuve la intención de explorarla. Pero se estaba haciendo tarde, y había llegado hasta allí luego de un largo y extenuante circuito, por lo que decidí posponer la aventura para el otro día, y de momento regresé a la bienvenida y las caricias de la pequeña Weena. A la mañana siguiente, entendí con bastante claridad que mi curiosidad por el Palacio de Porcelana Verde era un autoengaño, que me permitía evitar, un día más, la experiencia a la que tanto miedo tenía. Decidí emprender el descenso sin mayor dilación, y en las primeras horas de la mañana me dirigí hacia un pozo cercano a las ruinas de granito y aluminio.

La pequeña Weena corría a mi alrededor. Fue bailando junto a mí todo el camino, pero cuando vio que me inclinaba sobre el pozo y miraba hacia abajo, pareció muy desconcertada. “Adiós, pequeña Weena”, le dije, y le di un beso; después, dejándola en el suelo, comencé a buscar dentro del pozo los ganchos para descender. Lo hice a las apuradas, debo confesar, porque temía que se desvaneciera mi valor. Al principio, ella me miró con sorpresa. Luego lanzó un grito desesperado y, corriendo hacia mí, intentó retenerme con sus pequeñas manos. Creo que su oposición me incitó aún más a seguir adelante. La sacudí, de manera algo brusca acaso, y poco después ya estaba en la garganta del pozo. Vi su rostro agonizante sobre el brocal y le sonreí para tranquilizarla. Luego tuve que mirar hacia abajo, y prestar atención a los inestables ganchos de los que me sujetaba.

Unos doscientos metros debí bajar por aquella tubería. El descenso se efectuaba gracias a barrotos metálicos que salían de los costados del pozo, y como estos estaban adaptados a las necesidades de unos seres mucho más pequeños que yo, pronto me sentí acalambrado y exhausto. Y no solo agotado. Mi peso venció uno de aquellos débiles barrotos y casi me hundo en esa oscuridad sin fondo. Por un momento, quedé colgado de una sola mano, y luego de esta experiencia ya no me animé a descansar. A pesar del fuerte dolor que sentía en los brazos y en la espalda, continué el descenso por el pozo con el movimiento más rápido posible. Al mirar hacia arriba, podía ver la apertura, un pequeño disco azul dentro del cual brillaba una estrella: la pequeña cabeza de Weena se recortaba como un círculo negro. A medida que bajaba, el ruido de la máquina resultaba cada vez más fuerte y apabullante. Todo, salvo el pequeño disco arriba, era profundamente oscuro, y cuando volví a mirar hacia el brocal, Weena había desaparecido.

Me sentía penosamente incómodo. Por un momento llegué a pensar en subir y dejar al Mundo Inferior en paz. Pero incluso mientras le daba vueltas a esta idea en la cabeza, continuaba mi descenso. Al fin, con gran alivio, a duras penas logré ver, hacia la derecha, una estrecha abertura en la pared. Me introduje en ella y descubrí que se trataba de la entrada a un estrecho túnel horizontal, en el que podía tenderme a descansar. No era demasiado pronto para hacerlo. Me dolían los brazos, tenía la espalda agarrotada y todavía temblaba del miedo que había tenido a caerme. Por si fuera poco, la imperturbable oscuridad producía un efecto desagradable en mis ojos. La atmósfera estaba saturada por los golpes y zumbidos que provocaba la máquina responsable de hacer circular el aire por las tuberías.

No sé cuánto tiempo habré permanecido allí tendido. Me despertó el suave roce de una mano sobre mi cara. Incorporándome de un salto en la oscuridad, tomé mis fósforos, encendí uno a toda prisa y vi

allí a tres jorobadas criaturas blancas, similares a las que había visto sobre el suelo en ruinas, que rápidamente se alejaban de la luz. Por vivir así, en lo que a mí me resultaba una oscuridad impenetrable, sus ojos eran anormalmente grandes y sensibles, como las pupilas de los peces abisales, y al igual que estas reflejaban la luz. No tengo ninguna duda de que ellos sí podían verme en la total oscuridad, y al parecer no me tenían miedo. Pero bastaba que encendiera un fósforo para verlos para que huyeran precipitadamente, perdiéndose en aquellos sombríos canales y túneles, desde los cuales sus ojos me miraban de un modo muy extraño.

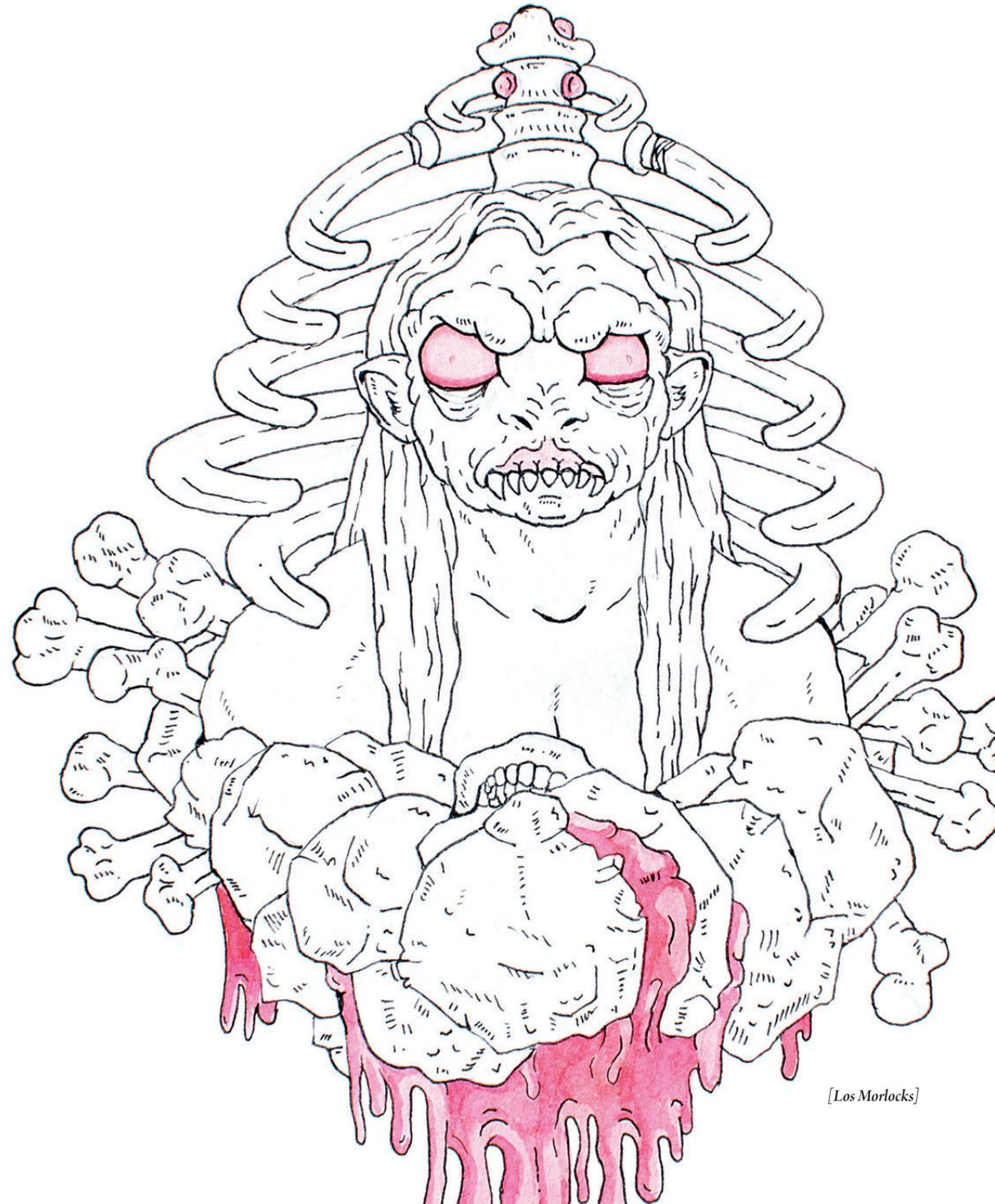
Intenté llamarlos, pero al parecer su lenguaje era distinto del de las personas del Mundo Superior, por lo que quedaba librado a mis propios y solitarios esfuerzos, y seguía en mi cabeza la idea de huir y dejar los túneles sin explorar. Pero me dije “ya estás en esto” y a medida que caminaba a tientas, el ruido de las máquinas se hacía cada vez más fuerte. De pronto, ya no me sentí tan rodeado por las paredes, y llegué a un espacio grande y abierto. Al encender otro fósforo, descubrí que había entrado en una amplia caverna abovedada, que se internaba en la profundidad de las tinieblas, más allá de donde llegaba mi luz. Sólo alcanzaba a divisar lo que se puede ver con la llama de un fósforo.

Entenderán que el recuerdo que guardo de aquel lugar sea vago. Había grandes estructuras, parecidas a enormes máquinas, que salían de la oscuridad y proyectaban duras sombras negras, en las que los débiles y espectrales Morlocks se refugiaban de mi luz. La atmósfera, dicho sea de paso, era sofocante y opresiva, podía sentirse en el aire un leve hálito de sangre fresca. Más allá, hacia el centro de la caverna, logré divisar una pequeña mesa de metal en la que estaba servido lo que parecía ser una comida. Los Morlocks eran claramente carnívoros. Recuerdo que en aquel momento me pregunté qué animal de tamaño suficiente como para suministrarles

aquel cuarto rojo habría sobrevivido. Era todo muy confuso: el olor fuerte, las grandes formas que no sabía qué eran, las obscenas criaturas ocultas entre las sombras, esperando a que volviera la oscuridad para acercarse de nuevo a mí. Entonces el fósforo se quemó por completo, chamuscándome los dedos, y cayó de mi mano, como un punto rojo retorciéndose en la oscuridad.

Más tarde he pensado lo mal equipado que estaba para una experiencia como esta. Cuando comencé a trabajar en la Máquina del Tiempo, lo hice con la absurda convicción de que los hombres del Futuro estarían mucho más adelantados que nosotros en todos sus artefactos. Por ende, había llegado sin armas, sin medicina, sin nada para fumar —¡por momentos extrañaba atrocemente el tabaco!—, e incluso sin fósforos suficientes. ¡Si tan solo se me hubiese ocurrido llevar una cámara Kodak! Podría haber usado el flash para tomar en un segundo un vistazo del Mundo Inferior y luego examinarlo a mis anchas. Pero de momento contaba tan solo con las armas y las capacidades que la naturaleza me había dado: mis manos, mis pies y mis dientes. Eso era todo. Y los cuatro fósforos que me quedaban.

Tenía miedo de abrirme paso en la oscuridad entre todas estas máquinas, y recién en el último segundo de luz me había dado cuenta de que me quedaban tan pocos fósforos. Hasta allí, nunca se me había cruzado por la cabeza que hubiera ninguna necesidad de cuidarlos, y había desperdiciado casi la mitad de la caja sorprendiendo a los habitantes del Mundo Superior, para los cuales el fuego era una novedad. Ahora, como les digo, solo me quedaban cuatro, y mientras me internaba en lo oscuro, sentí una mano sobre la mía, unos dedos sin fuerzas me rozaron la cara y mi nariz se llenó de un olor particularmente desagradable. Me pareció oír, a mi alrededor, la respiración de una multitud de aquellos espantosos seres. Sentí que intentaban quitarme la caja de fósforos de la mano, y que otras manos detrás de mí me tiraban de la ropa. La sensación de que estas criaturas invisi-



[Los Morlocks]

bles para mí me estaban examinando me resultó indescriptiblemente desagradable. De golpe, cobró intensidad en mí en medio de las tinieblas la noción de que no sabía nada de sus maneras de pensar y obrar. Les grité tan fuerte como pude. Se apartaron, y luego sentí que se acercaban otra vez. Ahora me tocaban con menos disimulo, de manera más decidida, comunicándose entre ellos con extraños susurros. Me sacudí violentamente y grité otra vez, de un modo más bien discordante. Esta vez no se asustaron tanto e hicieron extraños ruidos de risa mientras volvían a acercarse a mí. Debo confesar que estaba terriblemente asustado. Me decidí a encender otro fósforo y escapar bajo el amparo de su resplandor. Lo hice, y prolongando un poco la duración de la llama con un pedazo de papel que llevaba en el bolsillo, emprendí la retirada hacia el estrecho túnel. Pero apenas entré en él, se apagó la luz, y en la oscuridad pude oír el susurro de los Morlocks como el del viento entre las hojas, y un golpeteo como el de la lluvia, mientras me perseguían.

De inmediato, me aferraron varias manos, y era claro que intentaban arrastrarme hacia ellas. Encendí otro fósforo y lo agité ante sus asombrados rostros. Apenas podrían ustedes imaginarse su aspecto nauseabundo e inhumano, esos rostros pálidos, sin mentón, de grandes ojos de un gris rosáceo sin párpados, que se sobresaltaban en su ceguera y en su asombro. Pero no me quedé mirándolos, se los juro: volví a huir, y cuando mi segundo fósforo se apagó, encendí el tercero. Casi se había quemado por completo cuando alcancé la apertura que conducía al centro del pozo. Me tendí en el borde, aturdido por el ruido que provenía del gran motor de abajo. Busqué a tientas los ganchos en los costados, y mientras lo hacía, sentí que me agarraban los pies desde abajo y me arrastraban violentamente. Encendí el último fósforo... y se apagó. Pero ya había logrado encontrar las barras para subir y, pateando violentamente, me libré de las garras de los Morlocks y ascendí rápidamente por el pozo, mientras ellos se quedaban abajo atisbando y parpadeando mientras me veían subir,

todos salvo un pequeño miserable que me siguió parte del camino y por poco se queda con una de mis botas como trofeo.

La subida me pareció interminable. En los últimos seis o nueve metros, sentí una terrible náusea. Me costó mucho mantenerme aferrado a los ganchos. Al final, debí luchar con todas mis fuerzas para no desvanecerme. Varias veces cabeceé y tuve la sensación de que me caía. Sin embargo, de alguna manera logré llegar a la boca del pozo, y tambaleándome escapé de las ruinas hacia la cegadora luz del sol. Caí de boca al suelo. Hasta la tierra olía dulce y limpia. Recuerdo a Weena, besándome las manos y las orejas, y recuerdo las voces de otros Eloi. Después perdí la consciencia por un buen rato.

## VII

Ahora, la verdad, mi situación me parecía peor que antes. Hasta ese momento, salvo la noche de angustia que había pasado por la pérdida de la Máquina del Tiempo, había conseguido mantener la esperanza de que finalmente lograría escapar, pero mis nuevos descubrimientos hacían que esta seguridad tambaleara. Hasta ese momento, había pensado que mis únicos impedimentos eran la simplicidad infantil de aquellas personitas y algunas fuerzas desconocidas que sólo debía entender para superarlas; pero la repugnante naturaleza de los Morlocks suponía algo totalmente nuevo, un elemento maligno e inhumano. Por instinto, los aborrecía. Hasta ese momento, había sentido acaso lo que siente un hombre que se cae a un pozo: mi única preocupación era el pozo y cómo salir de él. Pero ahora me sentía como un animal salvaje que ha caído en una trampa, y que sabe que su enemigo está pronto a caer sobre él.

El enemigo al que tanto miedo tenía tal vez les sorprenda. Era la oscuridad de la luna nueva. Weena me había inculcado este miedo con algunos de sus comentarios, en un primer momento incomprensibles, acerca de las Noches Oscuras. No era tan difícil entender qué suponía la llegada de las Noches Oscuras. La luna estaba ahora en cuarto menguante: noche a noche había un intervalo de oscuridad cada vez más largo. Y también entendía en cierta medida el miedo que las personitas del Mundo Superior le tenían a la oscuridad. Me pregunté vagamente qué perversas maldades podrían hacer los Morlocks cuando había luna nueva. Estaba bastante seguro de que mi segunda hipótesis era equivocada. Tal vez en algún momento de la historia la gente del Mundo Superior habría sido la aristocracia favorecida, y los Morlocks, sus sirvientes mecánicos; pero aquello se

había terminado hacía mucho tiempo. Las dos especies resultantes de la evolución del hombre se precipitaban hacia una relación completamente nueva, o tal vez ya hubieran llegado a ella. Los Eloi, al igual que los reyes carolingios, habían degenerado en una inutilidad meramente bella. Si aún poseían la tierra, ello era solo por tolerancia, en la medida en que a los Morlocks, subterráneos durante incontables generaciones, les había llegado a resultar intolerable la luz del sol. Y los Morlocks confeccionaban las vestiduras de los Eloi, supuse, y mantenían sus necesidades habituales por mera supervivencia de un viejo hábito de servidumbre. Lo hacían como levanta sus cascos un caballo detenido, o como el hombre disfruta de matar animales por deporte: porque esas necesidades, antiguas y ya olvidadas, han dejado esa impronta en su organismo. Como fuera, el viejo orden ya había sido revertido, al menos en parte. La Némesis de aquellas delicadas personitas se cernía sobre ellas a ritmo acelerado. Hacía varias épocas, miles de generaciones atrás, el hombre había privado a su prójimo de la comodidad y la luz del sol. Y ahora su prójimo regresaba... cambiado. Los Eloi habían vuelto a aprender una vieja lección. Estaban redescubriendo el Miedo. Y de pronto recordé la carne que había visto en el Mundo Inferior. La idea llegó a mi mente de un modo extraño, no como algo traído por la propia corriente de mis reflexiones, sino casi como si llegara de una pregunta exterior. Intenté recordar su forma. Tenía la vaga impresión de que se trataba de algo que yo conocía, pero en ese momento no supe decir qué era.

No obstante, por más desvalidas que estuvieran aquellas personitas ante su misterioso Miedo, yo tenía una constitución distinta. Venía de nuestra época, de esta raza humana suprema y madura, que no se paraliza ante el Miedo y a la que el misterio ya no le resulta aterrador. Como poco, conseguiría defenderme. Sin mayor dilación, decidí proveerme de armas y un refugio seguro donde dormir. Haciendo base en ese refugio, podría enfrentar a este extraño mundo con parte de la

confianza que había perdido al darme cuenta del tipo de criaturas al que me veía expuesto noche a noche. Sentí que nunca podría volver a dormir hasta que no tuviera una cama a resguardo de ellos. Temblé con horror de solo pensar que ya podrían haberme examinado.

Durante toda la tarde recorrí el valle del Támesis, pero no encontré ningún lugar que me pareciera verdaderamente seguro. Todos los edificios y árboles parecían fácilmente accesibles para trepadores tan hábiles como los Morlocks, a juzgar por sus pozos. Recordé entonces los altos pináculos del Palacio de Porcelana Verde y el bruñido fulgor de sus paredes; y aquella tarde, cargando a Weena sobre mis hombros como si fuera una niña, subí las colinas hacia el sudoeste. Calculé que la distancia debía ser de unos once o doce kilómetros, pero resultó ser casi de veintiocho. Había visto por primera vez aquel lugar durante una de esas tardes húmedas, en que las distancias parecen engañosamente más cortas. Además, había perdido el taco de una de mis botas, y un clavo comenzaba a atravesar la suela —era un viejo par de calzado cómodo que solo usaba dentro de casa—, por lo que rengueaba. Hacía rato ya se había puesto el sol cuando divisé el palacio, recortándose en negro sobre el amarillo pálido del cielo.

Weena se había mostrado enormemente contenta cuando comencé a llevarla, pero al cabo de un rato quiso que la dejara bajar, y corría a mi lado, soltándose de vez en cuando de mis manos para correr a cortar flores que guardaba en mis bolsillos. Siempre le habían llamado la atención mis bolsillos, y al final llegó a la conclusión de que eran una clase de extraño jarrón, ideal para la decoración floral. Al menos los utilizaba para eso. ¡Y esto me recuerda! Recién, al quitarme el saco, encontré...

*El Viajero del Tiempo hizo una pausa, se llevó la mano al bolsillo y silenciosamente depositó sobre la mesa dos flores marchitas, muy parecidas a dos grandes malvas blancas. Luego prosiguió su relato.*

A medida que se adueñaba del mundo la quietud de la noche y nos internábamos más allá de la colina, en dirección a Wimbledon, Weena se cansó y quiso regresar a la casa de piedra gris. Pero le señalé los lejanos pináculos del Palacio de Porcelana Verde, y me esforcé por hacerle entender que hacia allí nos dirigíamos, en búsqueda de un lugar donde refugiarnos de su Miedo. ¿Vieron esa gran inmovilidad que cae sobre las cosas antes de que anochezca? Hasta la brisa que mece los árboles se detiene. Para mí, esta quietud tiene siempre un aire de expectativa. El cielo estaba claro, lejano y vacío, salvo por unas pocas franjas horizontales al fondo, hacia el poniente. Aquella noche, esa expectativa se llenó del color de mis miedos. En la calma oscura mis sentidos parecieron agudizarse sobrenaturalmente. Me imaginé que hasta podía sentir el vacío de la tierra bajo mis pies: de hecho, era como si a través de ella pudiera ver a los Morlocks en su hormiguero, yendo de un lado a otro, esperando la oscuridad. Supuse que habrían recibido mi invasión de sus madrigueras como una declaración de guerra. ¿Y por qué se habían llevado mi Máquina del Tiempo?

Así que avanzamos en la calma, y el crepúsculo se profundizó y se hizo noche. Se desvaneció el claro azul que se veía a lo lejos, y las estrellas comenzaron a mostrarse una a una. El suelo se tornó sombrío y los árboles, negros. Se intensificaron el miedo y el cansancio de Weena. La tomé en mis brazos, le hablé y la acaricié. Luego, al aumentar la oscuridad, me rodeó el cuello con sus brazos y, cerrando los ojos, apretujó su cara contra mi hombro. Así descendimos una larga pendiente hacia un valle, y en la oscuridad casi me meto en un pequeño río. Lo vadeé y ascendí por el lado opuesto, pasé varias casas de dormir y una estatua, un Fauno, o una criatura similar, a la que le faltaba la cabeza. También había acacias. Hasta allí no había visto ninguna señal de los Morlocks, pero la noche recién comenzaba, no habían llegado aún las horas más oscuras, anteriores a la luna vieja.

Desde la cumbre de la siguiente colina, vi un bosque espeso que se extendía ante mí, vasto y oscuro. Me hizo vacilar. Ni a derecha ni a izquierda conseguía divisar dónde terminaba. Cansado como estaba —me dolía mucho el pie, en particular—, me detuve, bajé despacio a Weena de mi hombro y me senté en el pasto. Ya no se veía el Palacio de Porcelana Verde, no estaba seguro de la dirección a seguir. Escudriñé la espesura del bosque buscando algún escondite. Bajo aquella densa maraña de ramas, no se podrían ver las estrellas. Y aun si no hubiera al acecho ningún otro peligro —un peligro respecto del cual no quería dar rienda suelta a mi imaginación—, habría muchas raíces y tocones con los que podríamos tropezarnos. Estaba muy cansado, también, tras la excitación del día, por lo que decidí no enfrentar aquellos peligros y pasar la noche al aire libre, en la colina.

Me alegró advertir que Weena se había quedado profundamente dormida. La tapé cuidadosamente con mi saco y me senté a su lado, a esperar la salida de la luna. La ladera estaba tranquila y desierta, pero de la negrura del bosque venía de vez en cuando una agitación de cosas vivas. Las estrellas brillaban sobre mí, era una noche muy clara. Su titilar me hizo sentir cierta amable seguridad. Sin embargo, ya no había en el cielo ninguna de las constelaciones conocidas: ese lento movimiento, imperceptible en cientos de vidas humanas, las había reorganizado en agrupamientos que no me resultaban familiares. Sin embargo, la Vía Láctea mostraba aún los mismos jirones de polvo de estrellas de antaño. Hacia el sur (me pareció) había una estrella roja muy brillante, nueva para mí; era incluso más espléndida que nuestra verde Sirius. Y entre todos estos puntos de luz refulgentes, brillaba un planeta, benévolo y constante, como el rostro de un viejo amigo.

A la vista de aquellas estrellas, mis preocupaciones y todas las cuestiones de la vida en la tierra resultaban pequeñas. Pensé en su insondable distancia, y en la lenta e inevitable deriva de su avance desde el pasado desconocido hacia el futuro desconocido. Pensé en el gran

ciclo procesional que describe el polo de la tierra. Solo unas cuarenta veces, en el transcurso de todos los años que había atravesado con mi máquina, debió de haber ocurrido aquella revolución silenciosa. Y habían bastado aquellas pocas revoluciones para barrer de la faz de la tierra toda la actividad, todas las tradiciones, las organizaciones complejas, las naciones, las lenguas, las literaturas, las aspiraciones, incluso la memoria del Hombre tal como lo conocía. En su lugar, solo quedaban estas frágiles criaturas, que ya habían olvidado a sus antepasados, y aquellas Cosas blancas que me aterraban. Luego pensé en el Gran Miedo que separaba a las dos especies y, por primera vez, con un estremecimiento, comprendí con claridad de dónde provenía la carne que había visto sobre aquella pequeña mesa en el túnel. ¡Pero era una idea tan horrible! Dirigí la mirada hacia la pequeña Weena, que dormía a mi lado, con su rostro blanco y radiante bajo las estrellas, y me apresuré a desecharla de plano.

Durante aquella larga noche, traté de no pensar en los Morlocks, y entretuve el tiempo haciendo de cuenta que podía encontrar, en la nueva confusión del cielo, signos de las viejas constelaciones. El firmamento seguía muy claro, salvo por alguna que otra nube brumosa. Estoy seguro de que por momentos debo haberme quedado dormido. Luego, a medida que fue pasando la noche, se difundió por el cielo una débil claridad, al este, como el reflejo de un fuego descolorido, y al fin salió la luna vieja, delgada, puntiaguda y blanca. Ningún Morlock se nos había acercado. De hecho, no había visto a ninguno en la colina esa noche. Y con la confianza que daba el nuevo día, estuve a punto de creer que todos mis miedos habían sido irracionales. Me incorporé y vi que el pie calzado en la bota sin taco estaba hinchado en el tobillo y me dolía mucho abajo del talón; de modo que me volví a sentar, me quité las botas y las dejé allí.

Desperté a Weena y nos adentramos en el bosque, que ya no se mostraba negro y sombrío, sino verde y agradable. Encontramos

algo de fruta para desayunar. No tardamos en encontrar otras de aquellas delicadas personitas, riendo y bailando bajo la luz del sol como si no existiera en la naturaleza nada parecido a la noche. Y entonces pensé una vez más en la carne que había visto. No me quedaba ya ninguna duda de lo que era, y desde el fondo de mi corazón, sentí pena por aquel último y débil riachuelo de la correntada de la humanidad. Claramente, en algún momento del Hace Mucho Tiempo de la decadencia humana, los Morlocks habían padecido escasez de comida. Posiblemente hubiesen subsistido alimentándose de ratas e inmundicias similares. Incluso en nuestros días el hombre es mucho menos selectivo y restrictivo de lo que fuera en algún momento respecto de lo que come, y mucho menos que cualquier mono. En él, el prejuicio contra la carne humana no es un instinto hondamente arraigado. Y así, aquellos inhumanos hijos de los hombres... Intenté observar la cuestión con un espíritu científico. Después de todo, eran menos humanos y más remotos que nuestros ancestros caníbales de hace tres o cuatro mil años. Y la inteligencia, que habría hecho de este estado de cosas un tormento, se había ido. ¿Por qué debía preocuparme? Estos Eloi no eran más que ganado cebado, que los Morlocks, como las hormigas, habían preservado para alimentarse de ellos, probablemente se encargasen incluso de su reproducción. ¡Y allí estaba Weena bailando a mi lado!

En un intento por protegerme del horror que se apoderaba de mí, pensé que todo aquello había sido el riguroso castigo que la humanidad había recibido por su egoísmo. El hombre se había contentado con vivir cómoda y placenteramente a expensas del trabajo de su prójimo, había convertido a la Necesidad en lema y excusa, y con el paso del tiempo la Necesidad se había vuelto contra él. Incluso inten-

té esbozar un desprecio a la Carlyle<sup>1</sup> por esta miserable aristocracia en decadencia. Pero me resultó imposible. Por grande que fuera su degradación intelectual, los Eloi conservaban demasiada forma humana como para no causarme simpatía, lo que me llevaba a compartir su degradación y su Miedo.

En aquel momento tenía ideas vagas respecto del curso de acción que debía seguir. Lo primero era encontrar algún sitio seguro que me sirviera de refugio, y fabricarme cualquier arma de metal o piedra que pudiera idear. Esta era una necesidad inmediata. En segundo lugar, anhelaba procurarme algún medio de hacer fuego, para contar así con el arma de una antorcha, ya que nada, lo sabía, sería más eficaz contra los Morlocks. Luego tendría que diseñar algún artilugio para abrir las puertas de bronce bajo la Esfinge Blanca. Pensé en alguna especie de ariete. Estaba persuadido de que si lograba atravesar esas puertas y llevar conmigo una llama, conseguiría dar con la Máquina del Tiempo y escapar. No podía imaginar que los Morlocks tuvieran la fuerza suficiente como para llevársela lejos. Había decidido también traer a Weena a nuestra época. Y dándole vuelta a estos planes en mi cabeza, continué mi camino hacia el edificio que mi fantasía había escogido para que habitáramos.

---

<sup>1</sup> Tras las revoluciones de 1848, el escritor, filósofo y educador escocés Thomas Carlyle publica una serie de panfletos en los que critica, entre otras cosas, la aristocracia hereditaria de la época. Estas ideas fueron retomadas por Marx y Engels. [N.del T.]

## VIII

Al llegar a él cerca del mediodía, descubrimos que el Palacio de Porcelana Verde estaba abandonado y se caía a pedazos. En sus ventanas solo quedaban algunos vestigios de vidrio, y extensas capas del revestimiento verde se habían desprendido de la oxidada estructura metálica. Estaba en lo alto de una pendiente muy verde, y al mirar hacia el noreste antes de entrar en él, me sorprendió ver un gran estuario, o incluso una ensenada, donde supuse que en otra época debían estar Wandsworth y Battersea. Pensé entonces —aunque nunca seguí la pista de esta idea— qué podría haberle ocurrido, o podría estar ocurriéndole en ese momento, a los seres que vivían en el mar.

Al verlo de cerca, el material del que estaba hecho el Palacio resultó ser en efecto porcelana, y a lo largo de la fachada pude ver una inscripción en unos caracteres desconocidos. Pensé, con bastante ingenuidad, que Weena podría ayudarme a interpretarlos, pero no tardé en descubrir que en su cabeza no existía ni siquiera la mera idea de escritura. Siempre me había parecido, pensé, más humana de lo que era, tal vez fuera su afecto el que me resultaba tan humano.

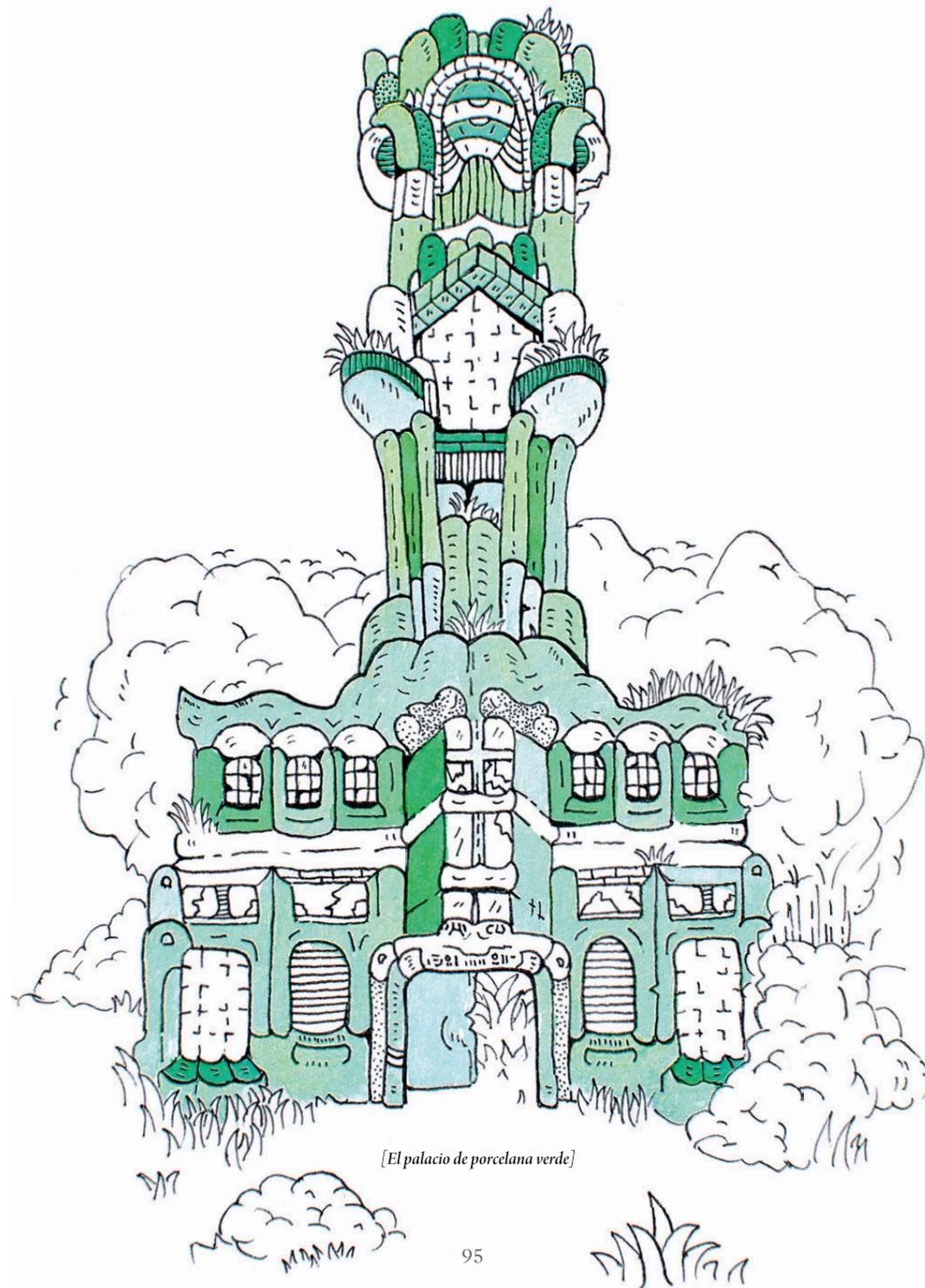
Al traspasar las pesadas hojas de la puerta —abiertas y rotas—, no nos encontramos con el vestíbulo característico en todas las demás construcciones, sino con una larga galería iluminada por varias ventanas laterales. A primera vista, me recordó a un museo. El piso de mosaicos estaba cubierto de polvo, y el mismo velo gris cubría una notable colección de objetos diversos. Entonces vi, extraño y demacrado, en el centro del vestíbulo, lo que sin duda era la parte inferior de un gran esqueleto. Por los pies oblicuos reconocí que debía tratarse de una criatura extinta, de la especie del megaterio.

El cráneo y los huesos superiores estaban a un costado, sobre la capa de polvo, deteriorados en un lugar donde el agua de lluvia había conseguido colarse por una gotera del techo. Más allá, en la galería, se encontraba el enorme esqueleto de un brontosaurio. Todo ello confirmaba mi hipótesis de que aquello había sido un museo. A un costado, encontré lo que parecían ser estantes inclinados, y al quitar la gruesa capa de polvo, descubrí las viejas vitrinas de vidrio de nuestra época. Pero, a juzgar por el estado de preservación de algunos de sus contenidos, aquellas debían de haber estado herméticamente selladas.

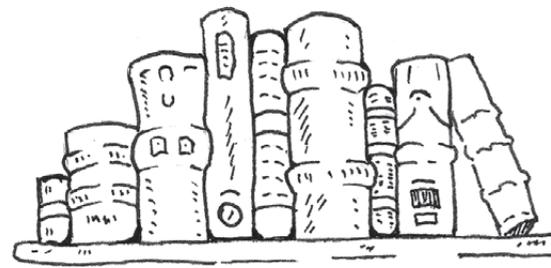
Claramente, estábamos en las ruinas de algo similar al Museo de South Kensington de hoy. Esta, al parecer, era la Sección de Paleontología, y en otra época debió albergar una espléndida colección de fósiles, pero el inevitable proceso de decadencia que durante un tiempo se había mantenido a raya, y que debido a la extinción de las bacterias y hongos había perdido el noventa y nueve por ciento de su fuerza, en algún momento, con lentitud extrema pero también con extrema seguridad, había reanudado su tarea sobre todos aquellos tesoros. Aquí y allá advertí rastros de las personitas en las formas en que los raros fósiles habían sido rotos en pedazos o atados con cuerdas a cañas. Algunas de las vitrinas habían sido removidas (por los Morlocks, supuse). Era un lugar muy silencioso. La gruesa capa de polvo amortiguaba nuestras pisadas. Weena, que había estado haciendo rodar un erizo de mar por la pendiente de una vitrina de vidrio, mientras yo contemplaba a mi alrededor se acercó, me tomó de la mano con toda tranquilidad y se quedó junto a mí.

Estaba tan sorprendido de hallar este antiguo monumento de una era intelectual, que al principio no me detuve a pensar en las posibilidades que ofrecía. Incluso la preocupación por la Máquina del Tiempo retrocedió un poco en mi mente.

A juzgar por el tamaño del edificio, en este Palacio de Porcelana Verde debía haber mucho más que una Galería de Paleontología. Probablemente hubiera galerías históricas e incluso una biblioteca. Para mí, al menos en aquellas circunstancias, esto hubiese sido mucho más interesante que el espectáculo de la antigua geología en decadencia. Al recorrer un poco, encontré otra galería que corría transversal a esta. Parecía dedicada a los minerales, y al ver un bloque de azufre comencé a pensar en pólvora. Pero por ningún lado pude hallar salitre; de hecho, ningún tipo de nitrato. Sin duda, se habría disuelto muchísimos años atrás. Sin embargo el azufre persistía en mi mente, e hizo surgir una serie de asociaciones. En cuanto al resto de los contenidos de aquella galería, aunque en su conjunto fuera la mejor preservada de todas las que vi, tenía poco interés. No soy un especialista en mineralogía. Me dirigí entonces hacia un pasillo muy destruido que corría paralelo a la primera galería. Al parecer, esta sección había estado dedicada a la historia natural, pero hacía ya mucho tiempo que cualquier cosa que hubiera estado allí resultaba irreconocible. Había unos pocos vestigios encogidos y ennegrecidos de lo que alguna vez habían sido animales embalsamados, momias desecadas en frascos vacíos, alguna vez llenos de alcohol, un polvo marrón de plantas que ya no estaban... eso era todo. Lo lamenté, porque me hubiese gustado reconstruir las pacientes readaptaciones por las cuales se había alcanzado la conquista de la naturaleza animada. Después llegamos a una galería de proporciones sencillamente colosales, pero muy mal iluminada, cuyo piso caía en plano inclinado con un ligero ángulo desde el punto en que ingresamos a ella. Algunos globos blancos colgaban con regularidad del techo —muchos de ellos resquebrajados o rotos—, lo que sugería que aquel lugar originalmente había contado con luz artificial. Aquí estaba más en mi elemento, pues a ambos lados se hallaban las enormes masas de unas gigantescas máquinas, muy oxidadas y muchas de ellas totalmente rotas, pero algunas todavía bastante completas. Ustedes saben que tengo cierta debilidad



[El palacio de porcelana verde]



por los mecanismos y estaba dispuesto a detenerme un poco en ellas, sobre todo porque tenían para mí el interés de los rompecabezas y solo lograba hacerme una muy vaga idea de su utilidad. Pensé que si lograba resolver los rompecabezas podría hallarme en posesión de poderes que me sirvieran contra los Morlocks.

De pronto, Weena se acercó mucho a mí. Tan de pronto que me sobresaltó. De no haber sido por ella, creo que no hubiese advertido en absoluto que el piso de la galería estaba inclinado<sup>2</sup>. El extremo al que había llegado se hallaba por completo encima del suelo, y estaba iluminado por unas pocas ventanas que parecían hendiduras. A medida que se recorría en toda su extensión, el piso se elevaba hacia aquellas ventanas, hasta que al final había allí un foso, como el “área” de una casa de Londres delante de cada una, y solo una estrecha línea de luz de sol en lo alto. Avancé despacio, preguntándome perplejo para qué servirían aquellas máquinas, y estaba tan concentrado en ellas que no advertí que poco a poco iba disminuyendo la luz, hasta que me lo hizo notar la creciente inquietud de Weena. Vacilé y entonces, al mirar a mi alrededor, vi que el polvo era menos abundante y su superficie menos lisa. Más lejos, hacia la oscuridad, se veían las marcas de varias pisadas pequeñas y estrechas. Esto revivió mi sensación de que los Morlocks estaban allí. Sentí que aquel examen académico de la maquinaria era una pérdida de tiempo. Recordé que la tarde se hallaba ya muy avanzada y aún no me había hecho de un arma, de un refugio, ni de medios para hacer fuego. Y entonces allí abajo, en la remota oscuridad de la galería, oí el peculiar ruido de pisadas y los mismos sonidos extraños que ya había oído en el fondo del pozo.

Primero tomé la mano de Weena. Pero luego, iluminado por una idea repentina, la dejé y caminé hacia una máquina de la cual

<sup>2</sup> Es posible, desde luego, que el piso no tuviese ninguna inclinación, sino que el museo hubiese sido construido sobre la ladera de la colina [N. del E.].

sobresalía una palanca bastante parecida a las de las garitas de señales de las estaciones de tren. Subí a la plataforma, aferré la palanca y la torcí con todas mis fuerzas hacia un costado. De repente, Weena, sola en la nave central, comenzó a sollozar. Yo había calculado correctamente la solidez de la palanca, porque al cabo de mis esfuerzos se rompió, y al volver a Weena llevaba yo una maza en la mano que era más que suficiente para romper el cráneo de cualquier Morlock que pudiera encontrarme. Y tenía muchas ganas de matar a uno o varios Morlocks. Podrá parecerles muy inhumano de mi parte el deseo de matar a los propios descendientes. Pero de alguna forma, me resultaba imposible percibir algo de humanidad en aquellos seres. Solo mis pocas ganas de dejar a Weena, y la convicción de que la Máquina del Tiempo habría de sufrir si comenzaba a saciar mi sed de matanza, evitaron que avanzara hacia el final de la galería y asesinase a las bestias que acababa de oír.

Así que con una maza en la mano y Weena en la otra, salí de aquella galería hacia otra más larga, que a primera vista me recordó una capilla militar, engalanada por banderas destruidas. Había unos trapos marrones y chamuscados apilados a los costados, de pronto entendí que se trataba de los últimos vestigios de libros. Hacía mucho que se habían caído a pedazos, y había desaparecido de ellos cualquier apariencia de ser producto de la imprenta. Pero aquí y allá había cubiertas acartonadas y cierres metálicos que permitían hacerse una idea. De haber sido un hombre de letras, acaso hubiese podido moralizar acerca de la futilidad de toda ambición. Pero por tratarse de mí, lo que me impresionó con mayor intensidad fue el enorme derroche de trabajo humano del que daba cuenta aquella sombría mezcla de papel podrido. Debo confesar que en ese momento pensé brevemente en las *Philosophical Transactions* y en mis propios diecisiete trabajos sobre óptica física.



Luego, subiendo una amplia escalinata, llegamos a lo que alguna vez debió haber sido una galería de química técnica. Y albergué no pocas esperanzas de hacer allí algunos descubrimientos útiles. La galería estaba bien preservada, salvo un rincón muy apartado, en el que el techo se había derrumbado. Revisé ansiosamente todas las cajas que pude encontrar intactas. Y al final, en una de las que estaban selladas al vacío, encontré una caja de fósforos. Me apresuré a probarlos, con gran impaciencia. Estaban en perfectas condiciones, ni siquiera húmedos. Me volví hacia Weena. Le grité “¡baila!” en su propia lengua, porque ahora contábamos con una verdadera arma contra esas horribles criaturas a las que tanto temíamos. Y así, en aquel museo abandonado, sobre la densa y suave alfombra de polvo, ejecuté con gran solemnidad para deleite de Weena una especie de contradanza, silbando unos compases de *The Land of the Leal*, tan alegremente como pude. En parte fue un modesto cancán, en parte un zapateo, en parte una danza de falda (en la medida en que mi saco lo permitía) y en parte algo por completo original. Porque, como saben, soy por naturaleza creativo.

Todavía ahora creo que el hecho de que aquella caja de fósforos haya escapado del desgaste del tiempo durante años inmemoriales fue algo por demás extraño, y para mí la cosa más afortunada del mundo. Encontré, además, una sustancia mucho más improbable: alcanfor. Estaba en un frasco que, por casualidad, supongo, había quedado herméticamente cerrado. Primero pensé que debía ser parafina y rompí el vidrio. Pero el olor fue inconfundible. En medio de la decadencia universal, aquella sustancia volátil había conseguido sobrevivir, acaso durante muchos miles de siglos. Me recordó a una pintura en sepia que alguna vez había visto ejecutar con la tinta de una belemnita que debía haber perecido y convertirse en fósil hace millones de años. Estuve a punto de tirarlo, pero recordé que el alcanfor es inflamable y arde con una buena y brillante llama —fue, de hecho, una vela

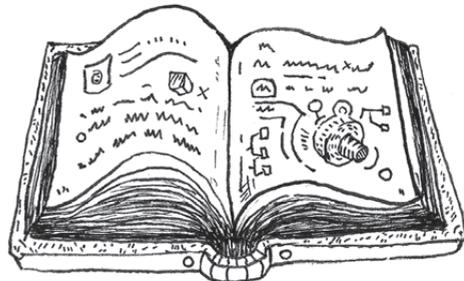
excelente— y me lo guardé en el bolsillo. Sin embargo, no encontré explosivos ni ningún otro medio que me permitiera romper las puertas de bronce. Hasta ese momento, la barra de hierro era lo más útil que había encontrado. Sin embargo, salí de aquella galería exultante.

No podría contarles todo lo que sucedió aquella larga noche. Necesitaría demasiada memoria para dar cuenta de todas mis exploraciones por el palacio en su correcto orden. Recuerdo, por ejemplo, que había una gran galería con vitrinas de armas oxidadas, y dudé si seguir con la barreta o tomar un hacha de mano o una espada. Sin embargo, no podía cargar dos armas, y mi barra de hierro parecía una mejor opción contra las puertas de bronce. Había varios fusiles, pistolas y rifles. En su mayoría eran solo masas de óxido, pero muchos estaban hechos de un metal novedoso y se veían aún bastante sólidos. Pero todo lo que alguna vez pudieron ser balas o pólvora hace rato se habían convertido en polvo. Advertí que una esquina de la galería estaba chamuscada y muy dañada, tal vez por una explosión de aquellos elementos. En otro lugar había una gran colección de ídolos: de la Polinesia, de México, de Grecia, fenicios, de todos los países imaginables sobre la tierra. Y aquí, rindiendo a un impulso irresistible, escribí mi nombre sobre la nariz de un monstruo de piedra de procedencia sudamericana que me llamó particularmente la atención.

A medida que comenzó a caer la noche, mi interés fue disminuyendo. Recorrí una galería tras otra, polvorientas, silenciosas, a menudo en ruinas, en algunas de ellas los objetos exhibidos ya no eran más que pilas de óxido y carbón, en algunos casos reciente. De pronto me encontré ante la maqueta de una mina de estaño, y luego por un total y completo accidente descubrí, en una caja herméticamente cerrada, dos cartuchos de dinamita. Grité “Eureka” y rompí el vidrio con alegría. Entonces apareció la duda. Vacilé. Elegí una pequeña galería lateral e hice la prueba. Nunca sentí tal decepción como la que experimenté al cabo de esperar durante cinco, diez, quince minutos una

explosión que jamás llegó. Desde luego, los cartuchos eran de utilidad, como tendría que haber supuesto por su presencia en la exhibición. En realidad creo que, de no haberlo sido, hubiese corrido con ellos sin poder contenerme y hubiera hecho volar por los aires la esfinge, las puertas de bronce y (como habría de descubrir más tarde) cualquier posibilidad de volver a encontrar la Máquina del Tiempo.

Fue después, creo, que llegamos a un pequeño patio abierto dentro del palacio. Estaba cubierto de pasto y tenía tres árboles frutales. De modo que aprovechamos a descansar y refrescarnos. Al aproximarse la puesta del sol, comencé a considerar nuestra situación. La noche se cernía sobre nosotros y no había encontrado aún un escondite inaccesible. Pero eso me preocupaba muy poco ahora. Tenía en mi posesión algo que era, tal vez, la mejor de las defensas contra los Morlocks, ¡tenía fósforos! Además tenía alcanfor en el bolsillo, por si llegábamos a necesitar una llamarada. Pensé que lo mejor que podíamos hacer era pasar la noche a cielo abierto, protegidos por una fogata. Por la mañana tendría que ocuparme de recuperar la Máquina del Tiempo. Para ello, de momento, solo contaba con mi maza de hierro. Pero ahora, que sabía un poco más, tenía una impresión muy distinta de aquellas puertas de bronce. Hasta este momento no había querido forzarlas, en buena medida por respeto al misterio que podrían esconder del otro lado. Nunca me parecieron demasiado fuertes, y confiaba en que mi barra de hierro no habría de ser del todo inadecuada para la faena.



## IX

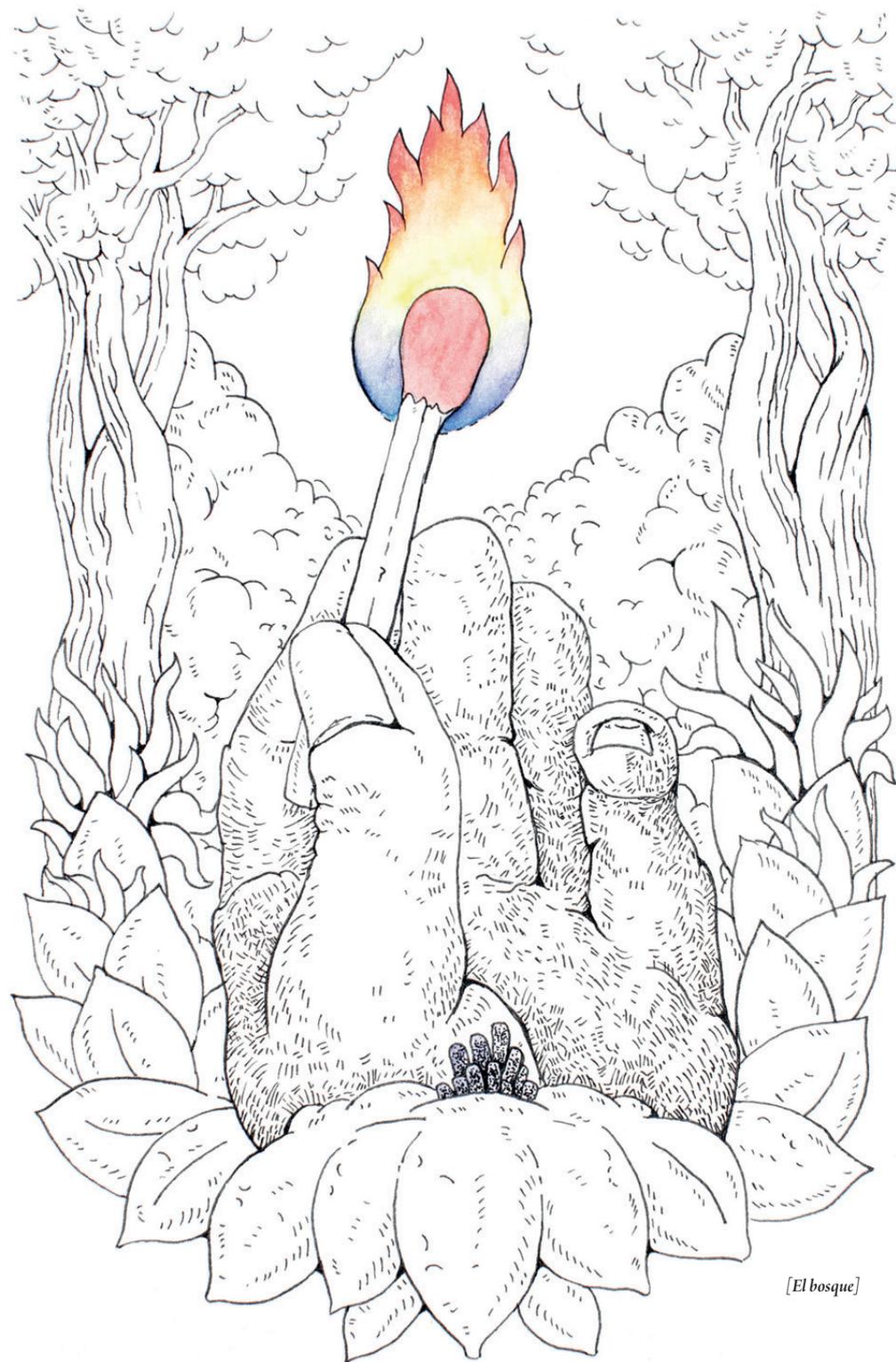
Salimos del palacio cuando el sol se hallaba todavía en parte sobre el horizonte. Estaba decidido a alcanzar la Esfinge Blanca a la mañana siguiente, y me proponía atravesar antes del anochecer el bosque que me había detenido el día anterior. Mi plan era avanzar lo más lejos que pudiera esa noche y luego hacer una fogata para dormir al amparo de su luz. Para ello, a medida que avanzábamos iba juntando todas las ramas y el pasto seco que encontraba, y llegó un momento en que mis brazos estaban llenos de estos despojos. Por ir cargado, nuestro progreso fue más lento de lo que esperaba, y además Weena estaba cansada. Por mi parte, comencé a sentirme somnoliento; de modo que se hizo completamente de noche antes de que llegáramos al bosque. Temerosa de la oscuridad que teníamos por delante, Weena quiso detenerse luego de pasar la cuesta de los matorrales; pero una peculiar sensación de que nos aguardaba una calamidad, que de hecho tendría que haberme servido de advertencia, me impulsó a avanzar. No había dormido por una noche y dos días, y estaba un poco afiebrado e irritable. Sentí que el sueño venía sobre mí, y con él los Morlocks.

Mientras dudábamos, vi entre las negras matas que ya habíamos pasado, tres figuras agazapadas que se confundían con la oscuridad. Allí, rodeados de matorrales y pastos largos, no me sentía a salvo de su insidioso ataque. El bosque, calculé, debía tener menos de un kilómetro de largo. Si lográbamos atravesarlo y llegar al otro lado, hallaríamos un lugar de descanso completamente seguro; pensé que con mis fósforos y el alcanfor conseguiría mantener iluminado el camino a través de los árboles. Sin embargo, era evidente que si llevaba los fósforos en alto en una mano, me vería obligado a abandonar la idea

de la fogata; con bastante renuencia, la dejé en el suelo. Se me ocurrió entonces que tal vez podría sorprender a aquellos seres que nos seguían prendiéndoles fuego a aquellas ramas. Poco después habría de descubrir la locura atroz que esto había sido, pero en ese momento me pareció una manera ingeniosa de cubrir nuestra retirada.

No sé si alguna vez han pensado ustedes en lo caprichoso que puede ser el fuego en ausencia del hombre y en un clima templado. El calor del sol rara vez basta para producir una llama, ni siquiera cuando es concentrado por efecto de las gotas de rocío, como ocurre en ocasiones en las zonas tropicales. El rayo puede hacer que algo explote y se ennegrezca, pero pocas veces es capaz de provocar un incendio. La materia verde en descomposición puede llegar a arder a causa del calor que produce la fermentación, pero es muy raro que esto produzca una llama. Recordemos, además, que en aquella época de decadencia, se había perdido el arte de hacer fuego. Las lenguas rojas que comenzaron a lamer mi pira de leña le resultaron a Weena una cosa completamente nueva y desconocida.

Quiso correr hacia ellas y usarlas para jugar. Creo que se habría lanzado al fuego si yo no hubiese estado allí para detenerla. Pero la levanté del suelo y, pese a sus forcejeos, me interné decidido en el bosque. Durante algún momento, el resplandor de la fogata nos iluminó el camino. Pero de pronto, al mirar atrás, a través de la maraña de ramas y tallos pude ver que el fuego se había propagado de mi pila de ramas hacia algunos arbustos adyacentes, y que una línea curva de fuego comenzaba a devorar el pasto de la colina. Me reí de lo que ocurría y proseguí mi camino entre los oscuros árboles que se alzaban ante mí. Estaba muy oscuro, y Weena se aferraba a mí con desesperación, pero como mis ojos se habían acostumbrado a la oscuridad, la poca luz que había me resultaba todavía suficiente para no tropezarme con las ramas. Sobre nosotros todo era negro, salvo en aquellos lugares en los que un lejano



resquicio de cielo azul conseguía abrirse paso entre el follaje. No encendí un fósforo porque no tenía ninguna mano libre. Con el brazo izquierdo sostenía a mi pequeña amiga, y en la mano derecha llevaba la barra de hierro.

Durante un rato no oí más que el crujido de las ramitas bajo mis pies, el delicado susurro de la brisa sobre nosotros, mi propia respiración y el latir de mis vasos sanguíneos en mis orejas. Pero en un momento comencé a percibir pisadas a mi alrededor. Apreté el paso, sombrío. Las pisadas fueron cada vez más claras, y entonces oí los mismos sonidos y voces extrañas que había oído en el Mundo Inferior. Debía haber allí varios Morlocks, y me estaban rodeando. De hecho, pocos pasos después sentí un tirón en el saco, y luego otro en el brazo. Weena se estremeció violentamente, y luego se quedó totalmente quieta.

Era hora de encender un fósforo. Pero para sacar uno de mi bolsillo, debía dejarla en el suelo. Lo hice y, mientras buscaba, entre mis rodillas se desató una lucha en la oscuridad, perfectamente silenciosa de parte de ella y con los mismos peculiares sonidos de arrullo por parte de los Morlocks. Unas manitos suaves comenzaron a trepar por mi saco y mi espalda, también, me llegaron a tocar el cuello. Entonces froté y encendí el fósforo. Lo sostuve llameante y pude ver las blancas espaldas de los Morlocks que huían entre los árboles. Saqué un trozo de alcanfor de mi bolsillo, dispuesto a encenderlo tan pronto como el fósforo comenzara a desvanecerse. Entonces eché un vistazo a Weena. Yacía en tierra, agarrada a mis pies y completamente inmóvil, con la cara en el suelo. Con un terror repentino, me incliné hacia ella. Parecía que le costaba respirar. Encendí el trozo de alcanfor y lo puse sobre el suelo, y mientras chisporroteaba y destellaba, alejando a los Morlocks y las sombras, me arrodillé sobre ella y la levanté del suelo. A mi espalda, el bosque parecía conmocionado, se oía el murmullo de una gran multitud.

Ella parecía desmayada. La deposité con cuidado sobre mi hombro y me incorporé para seguir el camino, pero entonces me di cuenta de algo terrible. En la confusión de buscar los fósforos y después cargar a Weena, había dado varias vueltas sobre mí mismo, y ya no tenía la más pálida idea de qué dirección debíamos seguir. Tan perdido estaba, que incluso podía ser que estuviéramos regresando al Palacio de Porcelana Verde. Un sudor helado me corrió por todo el cuerpo. Tenía que pensar en algo, rápido. Decidí construir una fogata y acampar allí. Dejé a Weena, todavía inmóvil, sobre un tronco cubierto de musgo, y a toda velocidad, antes de que se apagara el alcanfor, comencé a amontonar hojas y ramas. Aquí y allá, entre las tinieblas que me rodeaban, los ojos de los Morlocks brillaban como rubíes.

El alcanfor dudó y se apagó. Encendí un fósforo, y al hacerlo, huyeron a toda prisa dos pequeños seres que habían ido acercándose a Weena. Uno de ellos quedó tan cegado por la luz que corrió directamente hacia mí, y pude sentir el ruido de sus huesos cuando descargué mi puño sobre él. Lanzó un grito de espanto, se tambaleó unos segundos y cayó. Encendí otro trozo de alcanfor y continué acumulando leña para la fogata. De pronto, advertí que el follaje de los árboles estaba bastante seco, de hecho recordé que desde mi llegada con la Máquina del Tiempo, hacía ya más o menos una semana, no había caído ninguna lluvia. Así, en vez de buscar los restos caídos entre los árboles, empecé a extender los brazos y partir ramas. Pronto contaba ya con un humeante fuego hecho de leña verde y ramas secas, lo que me permitió ahorrar alcanfor. Me volví a Weena, que estaba tendida junto a la maza de hierro. Hice todo lo que pude para revivirla, pero ella seguía sin reaccionar, como si estuviese muerta. Ni siquiera pude comprobar si aún respiraba o no.

El humo del fuego me envolvía, y en algún momento debió embotarme. Todavía flotaban en el aire los vapores del alcanfor. No sería necesario reabastecer la fogata por una hora. Me sentía muy agotado





después de tanto esfuerzo y me senté. El bosque estaba lleno de un murmullo sordo que aún no conseguía entender. Me pareció que había cerrado los ojos un segundo y los abrí. Pero todo estaba oscuro, y sentí sobre mí las manos de los Morlocks. Liberándome de sus dedos que me asían me llevé rápidamente la mano al bolsillo para buscar la caja de fósforos y... ¡ya no estaba! Entonces me agarraron y cayeron otra vez sobre mí. Rápidamente entendí todo. Me había quedado dormido y la fogata se había apagado; la amargura de la muerte se apoderó de mi alma. El bosque parecía lleno de olor a leña quemada. Me atraparon del cuello, del pelo, de los brazos y me arrastraron. Fue indescriptiblemente horrible sentir a todas aquellas criaturas blandas apiladas sobre mí en medio de la oscuridad. Era como estar en una monstruosa tela de araña. Me di por vencido y me entregué. Sentí que unos pequeños diente-cillos se clavaban en mi cuello. Rodé por el suelo, y al hacerlo mi mano encontró la barra de hierro. Esto me dio fuerzas. Luché, sacudiéndome de encima a las ratas humanas, y empuñando mi arma con fuerzas, la blandí en dirección hacia donde pensé que estaban sus rostros. Pude sentir cómo la carne y los huesos cedían blandos ante mis golpes, y por un momento fui libre.

Me invadió la extraña euforia que tantas veces acompaña a una pelea encarnizada. Sabía que Weena y yo estábamos perdidos, pero decidí que los Morlocks tendrían que pagar caro por su carne. Me incorporé con la espalda apoyada contra un árbol y blandí la barra de hierro, una y otra vez, delante de mí. Por todas partes oía su agitación y sus gritos. Pasó un minuto. Sus voces parecían cada vez más agudas y sus movimientos más veloces. Sin embargo, ninguno se acercaba a mí. Me quedé escudriñando la oscuridad. Y de repente tuve una esperanza. ¿Y si los Morlocks se habían asustado? Pisándole los talones a esta idea, sucedió algo extraño. Las tinieblas comenzaron a iluminarse. Poco a poco, empecé a ver a los Morlocks que me rodeaban —había tres caídos a mis pies— y entonces reconocí, con incrédula sorpre-

sa, que los demás salían corriendo, en una apurada estampida, para perderse en el bosque. Y sus espaldas ya no parecían blancas, sino rojas. Me quedé boquiabierto, y luego vi una pequeña chispa roja que pasó revoloteando y se perdió en un hueco de cielo estrellado entre las ramas. Entonces entendí el olor a madera quemada, el murmullo sordo que crecía ahora hasta convertirse en un potente rugido, el resplandor rojizo y la huida de los Morlocks.

Despegué la espalda del árbol y al mirar atrás vi, a través de los negros pilares de los árboles cercanos, las llamas del bosque incendiado. Era mi primera fogata, que venía hacia mí. Busqué a Weena, pero no estaba. El siseo y los crujidos, el golpe seco y explosivo con el que cada árbol fresco se prendía fuego, dejaban poco tiempo para reflexionar. Apretando fuertemente la barra de hierro, avancé en la misma dirección que los Morlocks. Fue una carrera cerrada. Una de las llamas se adelantó tan rápidamente hacia mi derecha que a medida que corría me sobrepasó y me obligó a girar a la izquierda. Pero al final logré salir a un espacio abierto, y cuando lo hice, un Morlock se precipitó torpe hacia mí, pasó de largo y fue derecho al fuego.

Estaba a punto de ver la cosa más extraña y horrible, creo, de todas las que me fue dado ver en aquel futuro. Debido al reflejo del fuego, todo el lugar brillaba como si fuera de día. En el centro del bosque había un montículo o túmulo, coronado por un espino abrasado. Detrás de él había otro brazo del bosque incendiado, con lenguas amarillas que se retorcían, encerrando por completo aquel espacio con una cerca de fuego. Sobre esta colina había unos treinta o cuarenta Morlocks, cegados por la luz y el calor, que corrían sin sentido de un lado a otro, chocándose entre ellos en su desconcierto. Al principio no me di cuenta de que no podían ver, y cuando se acercaron los golpeé furiosamente con la barra de hierro, en un frenesí de miedo, matando a uno de ellos e incapacitando a varios más. Pero cuando ya había visto los gestos de otro, que caminaba a

tientas bajo el espino iluminado por el cielo rojo, y oí sus lamentos, estuve seguro de que se hallaban completa y absolutamente perdidos en aquel fulgor, y dejé de golpearlos.

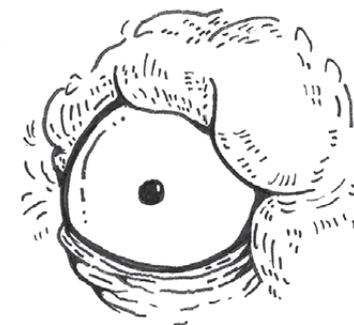
Sin embargo, de vez en cuando uno de ellos se chocaba conmigo, y esto me causaba un estremecimiento que me hacía evitarlo lo más rápidamente posible. En algún momento las llamas se calmaron por algún u otro motivo, y temí que aquellas inmundas criaturas consiguieran verme. Pensé incluso en comenzar la pelea y matar algunos de ellos antes de que ocurriera, pero el fuego volvió a avivarse y contuve mi mano. Caminé por la colina entre ellos, evitándolos, en búsqueda de algún rastro de Weena. Pero ella había desaparecido.

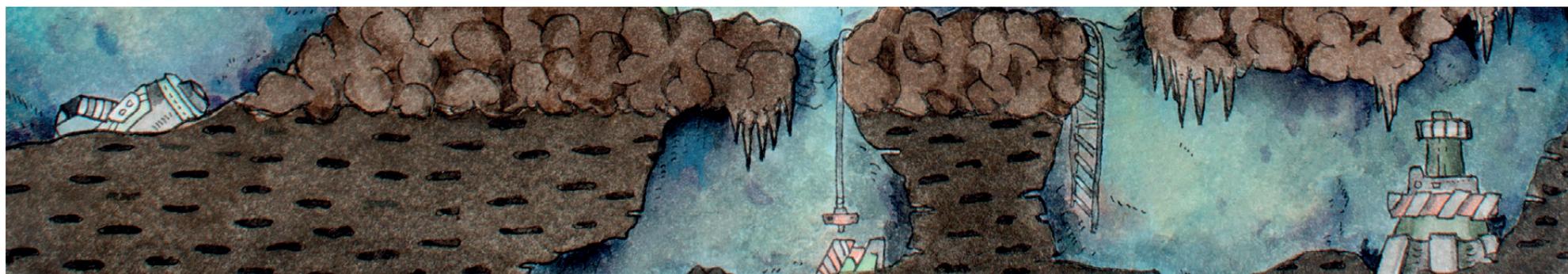
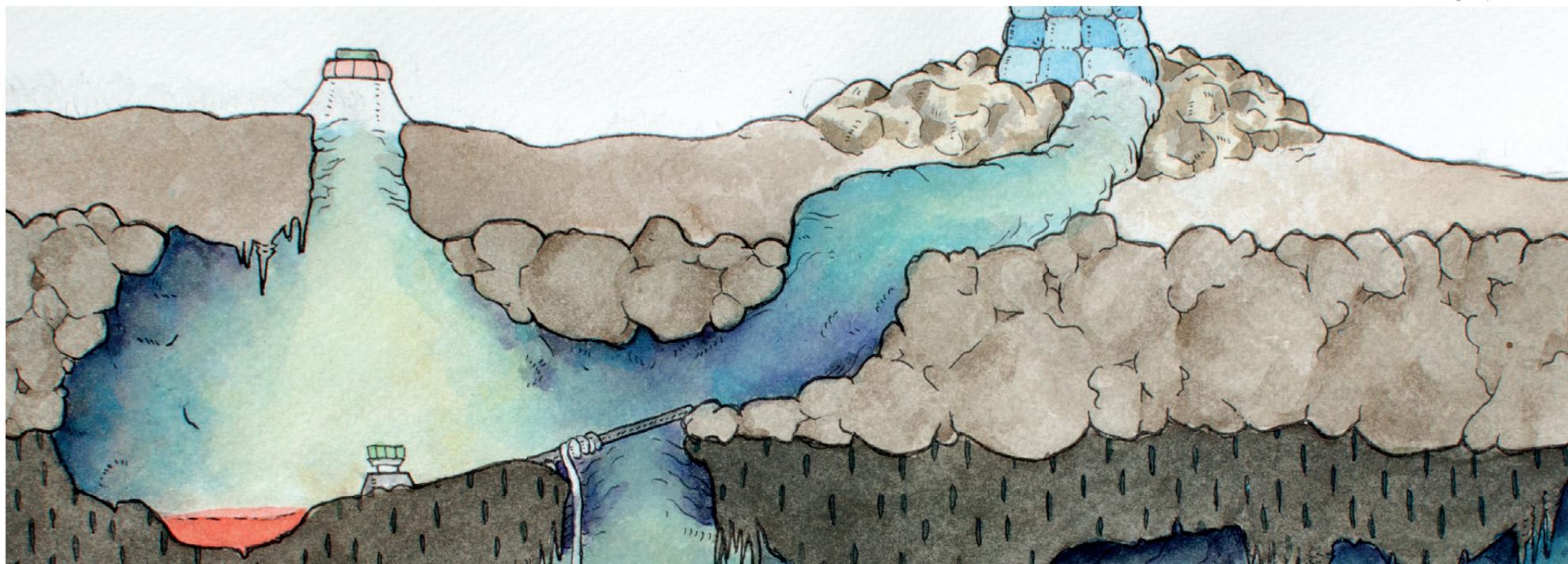
Al final, me senté en la cumbre y contemplé esta extraña e increíble compañía de criaturas ciegas que avanzaban a tientas, de aquí para allá, y se hacían ruidos extraños unos a otros, a medida que el resplandor del fuego las envolvía. Las densas volutas de humo ascendían hacia el cielo, y a través de los pocos resquicios de aquel toldo rojo, lejanas como si perteneciesen a otro universo, brillaban pequeñas las estrellas. Dos o tres Morlocks vinieron tropezándose hasta mí, y los aparté a puñetazos, temblando al hacerlo.

Durante la mayor parte de la noche estuve convencido de que aquello debía ser una pesadilla. Me abofeteaba y gritaba con el apasionado deseo de despertar. Golpeé el suelo con las manos, me paré y volví a sentarme y deambulé de aquí para allá, y luego volví a sentarme. Entonces llegué a frotarme los ojos e incluso le pedí a Dios que me despertara. Tres veces vi a los Morlocks bajar la cabeza en una especie de agonía y correr hacia las llamas. Pero al fin, por encima del rojo cada vez menos intenso del fuego, por encima de las masas flotantes de humo negro y la apariencia blanca y negra de los troncos de los árboles, y el número cada vez menor de estas pequeñas criaturas, llegó la luz del día.

Volví a buscar rastros de Weena, pero no había ninguno. Era claro que habían dejado su pobre cuerpecito en el bosque. No puedo describir cuánto me alivió pensar que había logrado escapar del horrible destino al que parecía destinada. Mientras pensaba en ello, sentí el impulso de comenzar una masacre de aquellas indefensas abominaciones que me rodeaban, pero me contuve. La colina, como he dicho, era una especie de isla en medio del bosque. Desde el punto más alto podía divisar ahora, a través del humo, el Palacio de Porcelana Verde, y esto me permitió recuperar el rumbo hacia la Esfinge Blanca. Y así, dejando atrás lo que quedaba de aquellas almas condenadas que todavía corrían de aquí para allá gimiendo, a medida que el día se hacía claro, envolví mis pies en pasto y rengueando atravesé las cenizas humeantes y los troncos negros que todavía ardían por dentro, hacia el escondite de la Máquina del Tiempo. Caminaba lento, porque estaba casi exhausto, y débil, y sentía la más intensa de las desdichas por la horrible muerte de la pequeña Weena. Me parecía una calamidad insoportable. Ahora, en este viejo salón familiar, se parece más al lamento de un sueño que a una verdadera pérdida. Pero aquella mañana me había vuelto a quedar absolutamente solo, terriblemente solo. Comencé a pensar en esta, mi casa, en este fuego, en algunos de ustedes, y con estos pensamientos me invadió una dolorosa nostalgia.

Pero mientras caminaba sobre aquellas cenizas humeantes bajo el cielo de la mañana, descubrí algo. En el bolsillo de mi pantalón quedaban aún algunos fósforos sueltos. Debían de haberse caído de la caja antes de que me la quitaran.





# X

Alrededor de las ocho o nueve de la mañana llegué al banco de metal amarillo desde el cual había contemplado el mundo la noche en que arribé al futuro. Recordé las apresuradas conclusiones que había sacado esa noche y no pude evitar reírme amargamente de lo confiado que había sido. Ahora veía el mismo paisaje bello, el mismo follaje abundante, los mismos palacios espléndidos y las mismas imponentes ruinas, el mismo río de plata que corría entre aquellas fértiles orillas. Los alegres vestidos de las bellas personitas se movían aquí y allá entre los árboles. Algunas de ellas se estaban bañando en el mismo lugar en el que había salvado a Weena, y esto me asestó una repentina puñalada de dolor. Y como manchas sobre el paisaje, se elevaban las cúpulas que cubrían las tuberías que conducían al Mundo Inferior. Entendí ahora todo lo que ocultaba la belleza de las personas del Mundo Superior. El día les resultaba tan agradable como le resulta al ganado que pace en el campo. Tampoco eran conscientes, como el ganado, de la existencia de ningún enemigo y no pasaban ninguna necesidad. Y terminaban igual.

Me afligió pensar lo breve que había sido el sueño del intelecto humano. Había cometido suicidio. Se había dedicado a alcanzar el bienestar y la comodidad, a construir una sociedad equilibrada que tuviese la seguridad y la estabilidad como lema, y había concretado sus esperanzas... para terminar en esto. Alguna vez, la vida y la propiedad habían alcanzado una seguridad casi absoluta. Los ricos habrían logrado garantizarse su riqueza y su comodidad; los abnegados trabajadores, la vida y el trabajo. Sin dudas, en aquel mundo perfecto no habría existido ningún problema de desempleo, no habría quedado ninguna cuestión por resolver. Y a esto siguió una gran quietud.

Es una ley de la naturaleza muchas veces olvidada que la versatilidad intelectual es una recompensa que se nos concede a fuerza de cambio, peligro y problemas. Un animal en perfecta armonía con su entorno es un mecanismo perfecto. La naturaleza no apela a la inteligencia hasta que el hábito y el instinto resultan insuficientes. Donde no hay cambios ni necesidad de cambio, no hay inteligencia. Solo participan de la inteligencia aquellos animales que se ven obligados a enfrentar una gran variedad de peligros y necesidades.

De esta forma, a mi juicio, el hombre del Mundo Superior había evolucionado a la deriva hacia una hermosa debilidad, mientras que el del Mundo Inferior lo había hecho hacia la mera industria mecánica. Pero incluso a este estado de perfección le había faltado algo para alcanzar la perfección mecánica: una permanencia absoluta. Al parecer, en algún momento, la alimentación de los seres del Mundo Inferior se había visto interrumpida, por uno u otro motivo. La Madre Necesidad, que habían conseguido mantener a raya durante varios miles de años, hizo así su regreso desde abajo. Probablemente, al estar en contacto con las máquinas (que sin importar cuán perfectas sean siempre necesitan un poco de pensamiento para operarlas, más allá del hábito), el Mundo Inferior, si bien había perdido muchos o casi todos los demás rasgos de humanidad, retuvo más iniciativa que el Mundo Superior. Y cuando los hombres del Mundo Inferior se quedaron sin ninguna otra carne, regresaron a lo que hasta entonces un antiguo hábito les había prohibido. Así interpreté el mundo por última vez en el año Ochocientos Dos Mil Setecientos Uno. Tal vez sea la explicación más errónea a la que pueda llegar el ingenio humano, pero fue lo que llegué a entender, y así se los transmito.

Después de las fatigas, la euforia y los terrores de aquellos días, y a pesar de mi dolor, este banco, la tranquila vista y la tibia luz del sol me resultaron bastante agradables. Estaba muy cansado y tenía sueño, y pronto mis teorías se convirtieron en bostezos. Comprendiendo lo

que quería darme a entender con esto, acepté mi propia sugerencia y, acostándome en el pasto, tomé una larga y refrescante siesta.

Me desperté poco antes de que se pusiera el sol. Me sentía a salvo del peligro de que los Morlocks me sorprendieran dormido y, tras des-perezarme, bajé por la colina hacia la Esfinge Blanca. En una mano llevaba la barra de hierro y con la otra jugaba con los fósforos que quedaban en mi bolsillo.

Entonces, ocurrió algo inesperado. Al acercarme al pedestal de la es-finge, descubrí que las puertas de bronce estaban abiertas. Habían bajado, enterrándose en el suelo, por unas ranuras.

Me quedé de pie en la entrada, dudando si me convenía entrar o no.

Dentro del recinto había un pequeño espacio, y en un sitial elevado en una esquina estaba la Máquina del Tiempo. En el bolsillo llevaba las pequeñas palancas. Después de todos mis elaborados preparativos para entrar por la fuerza a la Esfinge Blanca, me encontraba con una mansa rendición. Dejé caer la barra de hierro, lamentando casi no haber tenido oportunidad de usarla.

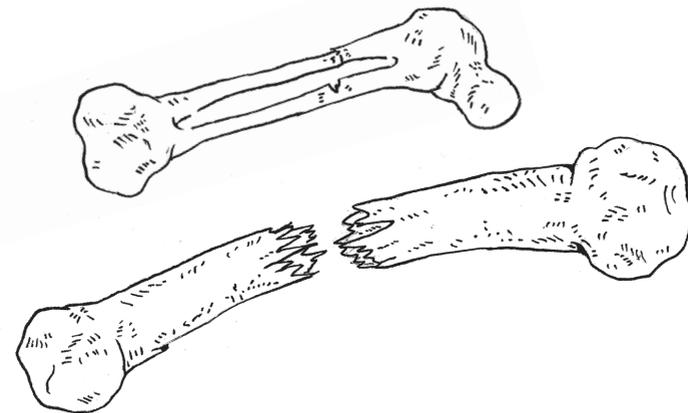
Mientras me disponía a entrar, se me cruzó de pronto una idea por la cabeza. Por primera vez, entendí las operaciones mentales de los Morlocks. Conteniendo las ganas de reír, crucé el marco de bronce y me subí a la Máquina del Tiempo. Me sorprendí al descubrir que había sido cuidadosamente limpiada y engrasada. Más tarde he llegado a sospechar que los Morlocks probablemente la hayan desmontado, al menos en parte, en un vano intento por entender para qué servía.

Y entonces, mientras la examinaba de frente y disfrutaba del mero contacto con el aparato, sucedió exactamente lo que yo esperaba. Los paneles de bronce volvieron a subir y cerraron la entrada con un ruido metálico. Estaba atrapado en la oscuridad. Eso pensaban los Morlocks. Yo no pude evitar reírme entre dientes.

Ya podía oír sus risas mientras avanzaban hacia mí. Con gran calma, me dispuse a encender un fósforo. Luego, solo tenía que colocar las palancas en su lugar y desvanecerme ante ellos como un fantasma. Pero había pasado por alto un pequeño detalle. Aquellos fósforos eran de ese tipo odioso que solo se enciende en contacto con la caja.

Como podrán imaginarse, perdí la calma. Las bestiezuelas estaban ya muy cerca de mí. Una de ellas me tocó. En la oscuridad, sacudí las pa-lancas a uno y otro lado, protegiéndome, y comencé a subir al asiento de la máquina. Una mano se posó sobre mí y luego otra. Estaba obli-gado a defender las palancas de sus ávidos dedos sin dejar de buscar los pernos en que encajaban. De hecho, por poco casi me quitan una de ellas. Cuando la sentí resbalar de mi mano, no tuve más remedio que dar golpes de cabeza en la oscuridad —pude oír el ruido del crá-neo de un Morlock— para recuperarla. Esta última escaramuza fue mucho más íntima que la pelea en el bosque, creo.

Al final, conseguí poner la palanca en su sitio y la empujé. Las mani-tos que me asían se desprendieron de mí. La oscuridad se disipó ante mis ojos. Volví a encontrarme envuelto en el mismo tumulto y la luz grisácea que ya he descrito.



## XI

Les hablé ya del malestar y la confusión que produce el viaje en el tiempo. Y esta vez, para colmo, no estaba bien sentado en el asiento, sino de costado y de manera inestable. Durante un tiempo indefinido, me aferré a la máquina, que oscilaba y vibraba, sin preocuparme en absoluto por mi posición, y cuando me dispuse a mirar de nuevo los cuadrantes me sorprendió descubrir a dónde había llegado. Uno de ellos señala los días, otros los miles de días, otros los millones de días y otro los mil millones. Ahora bien, como no revertí la dirección de las palancas, en vez de volver en el tiempo estaba yendo aún más adelante, y cuando presté atención a los cuadrantes vi que la aguja de los millares se precipitaba —tan rápido como el segundero de un reloj— hacia el futuro.

A medida que avanzaba, ocurría algo muy particular con la apariencia de las cosas. Aquel gris vibrante que me rodeaba fue volviéndose más oscuro; luego —aunque todavía viajaba a una velocidad prodigiosa—, regresó la sucesión intermitente del día y la noche, que por lo general indicaba una marcha cada vez más lenta, y se hizo cada vez más marcada. Al principio, esto me desconcertó. La alternancia del día y la noche se hizo cada vez más y más lenta, y también lo hizo el pasaje del sol por el cielo, hasta que pareció extenderse a lo largo de siglos. Al final, un crepúsculo constante envolvió la tierra, un crepúsculo solo interrumpido aquí y allá por el destello de un cometa sobre el cielo oscuro. La banda de luz que antes indicaba la presencia del sol desapareció, pues el sol ya no se ponía; sencillamente se elevaba y se ponía en el oeste, y se hacía cada vez más ancho y más rojo. Cualquier rastro de la luna se había desvanecido. Las revoluciones de las estrellas, cada vez más y más lentas, se habían convertido en puntos de

luz ascendentes. Al final, poco antes de que me detuviera, el sol, rojo y muy grande, se quedó inmóvil en el horizonte, como una amplia cúpula que brillaba con un resplandor empañado, y de vez en cuando sufría una extinción momentánea. Una vez volvió a brillar con gran intensidad, pero rápidamente recuperó su resplandor rojo y lúgubre. Entendí por esa desaceleración de la salida y la puesta del sol que ya no existirían mareas. La tierra había quedado en reposo y una de sus caras daba al sol, así como en nuestra época la luna muestra a la tierra solo una de sus caras. Con mucho cuidado, pues recordaba mi anterior caída, empecé a detener el movimiento. Las agujas giraron cada vez más lento hasta que la de los miles de días pareció quedar inmóvil y la de los días ya no era tan solo una niebla sobre el cuadrante. Más despacio, aún, hasta que se hicieron visibles los vagos contornos de una playa desolada.

Me detuve lentamente y, sin dejar mi asiento en la Máquina del Tiempo, contemplé a mi alrededor. El cielo ya no era azul. Hacia el noreste era de un negro profundo, y en aquella oscuridad brillaban intensa y continuamente las pálidas estrellas. Sobre mi cabeza, el firmamento era de un rojizo oscuro sin estrellas, y al sudeste se hacía cada vez más claro, hasta llegar a un escarlata furioso en el que, cortado por el horizonte, se asentaba la enorme cáscara del sol, roja e inmóvil. Las rocas a mi alrededor eran de un áspero color rojizo, y el único rastro de vida que pude advertir al principio fue el de la vegetación intensamente verde que cubría toda la superficie de la zona sudeste. Era ese verde intenso que tienen el musgo de los bosques o el líquen de las cuevas: plantas que, como estas, crecen en un crepúsculo perpetuo.

La máquina se había detenido sobre la pendiente de una playa. El mar se extendía hacia el sudeste, dibujando un horizonte nítido y brillante contra el lánguido cielo. Como no soplabla la más mínima brisa, no había olas ni rompientes. Solo una ligera y aceitosa ondulación se elevaba y caía como una respiración delicada, y me mostraba

que el eterno mar aún estaba vivo y en movimiento. A lo largo de la orilla donde alguna vez rompía el agua había ahora una densa incrustación de sal, rosada, bajo aquel cielo escabroso. Tuve una sensación de opresión en mi cabeza y advertí que estaba respirando muy fuerte. La sensación me recordó mi única experiencia de alpinismo, y por ello supuse que el aire estaría allí más enrarecido de lo que está ahora.

Muy lejos, en lo alto de la pendiente, oí un áspero grito y vi una criatura parecida a una gigantesca mariposa blanca que revoloteaba por el cielo y, moviéndose en círculos, desapareció detrás de unas lomas bajas que estaban más adelante. El sonido de su voz era tan lúgubre que me estremecí y me asenté con firmeza en la máquina. Volviendo a contemplar a mi alrededor, advertí que, bastantante cerca, aquello que había considerado una masa de roca rojiza se movía lentamente hacia mí. Advertí que se trataba en realidad de una criatura monstruosa, parecida a un cangrejo. ¿Pueden ustedes imaginar un cangrejo tan grande como aquella mesa, moviendo lentamente sus numerosas patas, bamboleándose, sacudiendo sus enormes pinzas, sus largas antenas, como látigos de cochero, sus ondulantes tentáculos, con sus ojos acechando sobre ustedes a cada lado de su frente metálica? Tenía el lomo ondulado y adornado por protuberancias desiguales, recubierto aquí y allá por incrustaciones verdosas. Mientras se movía, pude divisar los numerosos palpos de su compleja boca agitarse y tantear la tierra.

Mientras tenía la vista fija en esta siniestra aparición que se arrastraba hacia mí, sentí en la mejilla un ligero cosquilleo, como si una mosca se posara en ella. Intenté espantarla con mi mano, pero poco después regresó y casi de inmediato vino una más a mi oreja. Logré agarrarla, y resultó ser algo como un hilo. Se soltó veloz de mi mano. Con temeroso recelo, me di vuelta y entendí que lo que había logrado atrapar era la antena de otro monstruoso cangrejo que estaba detrás de mí. Sus ojos malignos ondulaban en sus pedúnculos, su boca se movía

con voracidad y sus recias y torpes pinzas, cubiertas de limo de algas, estaban a punto de caer sobre mí. Eché la mano a la palanca y puse un mes de distancia entre mí y estos monstruos. Pero seguía en la misma playa, y los volví a ver apenas me detuve. Docenas de ellos parecían arrastrarse aquí y allá, bajo la luz sombría, entre las capas superpuestas de un intenso verde.

No puedo describir la sensación de abominable desolación que pesaba sobre el mundo. El rojo cielo del este, la oscuridad del norte, aquel salado Mar Muerto, la playa de piedras en que se arrastraban aquellos monstruos lentos e inmundos, el venenoso verde de aquellas plantas parecidas al líquen, el aire enrarecido que lastimaba los pulmones; todo contribuía a un efecto desolador. Avancé unos cien años más, y allí seguían el mismo sol rojo —un poco más grande, un poco más apagado—, el mismo mar muerto, el mismo aire helado y la misma multitud de crustáceos terrestres que se arrastraban entre las verdes hierbas y las rojas rocas. Y en el cielo del oeste, vi una pálida línea curva, que parecía una luna grande y nueva.

Y así viajé, deteniéndome de vez en cuando, en grandes saltos de mil años o más, atraído por el misterio del destino de la tierra, contemplando con fascinación cómo el sol iba haciéndose cada vez más grande y más opaco en el cielo del oeste, y la vida se esfumaba de la tierra. Al final, a más de treinta millones de años de nuestro tiempo, la enorme cúpula roja del sol llegó a cubrir casi una décima parte de los cielos. Me detuve una vez más. La rastrera multitud de cangrejos había desaparecido, y la playa roja parecía inerte, salvo por algunos musgos y líquenes verdes. Estaba moteada de blanco. Me asaltó un frío penetrante. Unos raros copos blancos caían aquí y allá trazando círculos en el aire. Hacia el noreste, el resplandor de la nieve se extendía bajo la luz de estrellas del cielo azabache, y pude ver la cresta ondulante de unas lomas teñida de un blanco rosado. El borde del mar terminaba en flecos de hielo, y había grandes icebergs flotando

a la deriva, pero la gran extensión de aquel océano salado, teñido de sangre bajo el crepúsculo eterno, aún no se había congelado.

Miré a mi alrededor en búsqueda de algún rastro de vida animal. Cierta aprehensión me mantenía aún en el asiento de la máquina. Pero no vi nada que se moviera, ni en la tierra ni en el cielo ni en el mar. Solo el verde ciego de las rocas atestiguaba que la vida no se había extinguido. Un banco de arena había aparecido en el mar, y el agua se había alejado de la costa. Creí ver que un objeto negro se sacudía sobre este banco, pero al mirarlo se quedó inmóvil, y me pareció que la vista me había jugado una mala pasada, y que aquello no era más que una roca. Las estrellas brillaban intensamente en el cielo y me pareció que parpadeaban muy poco.

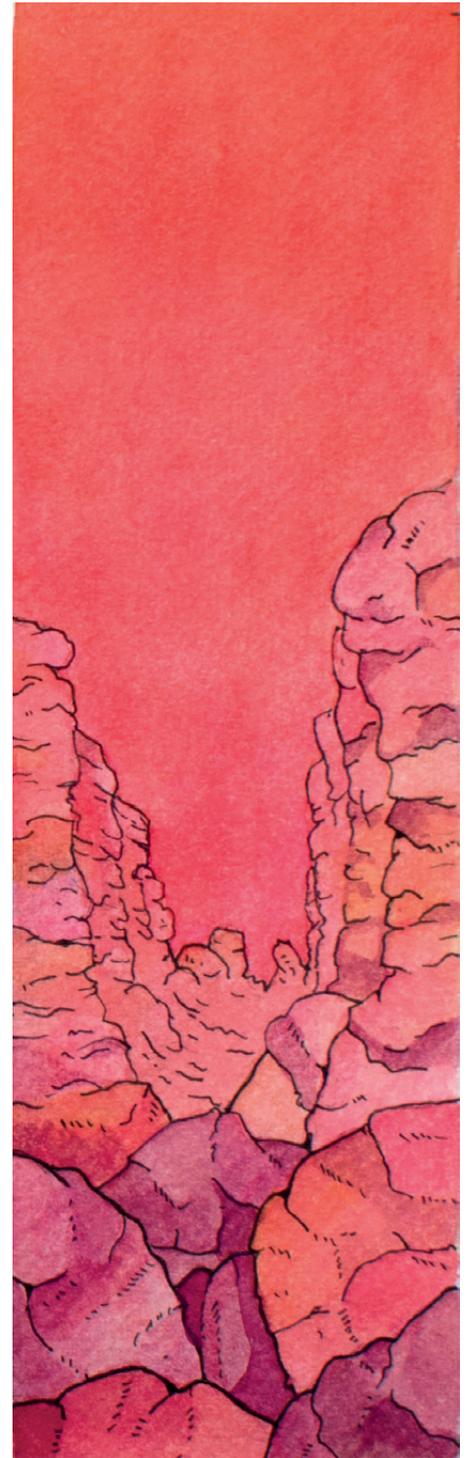
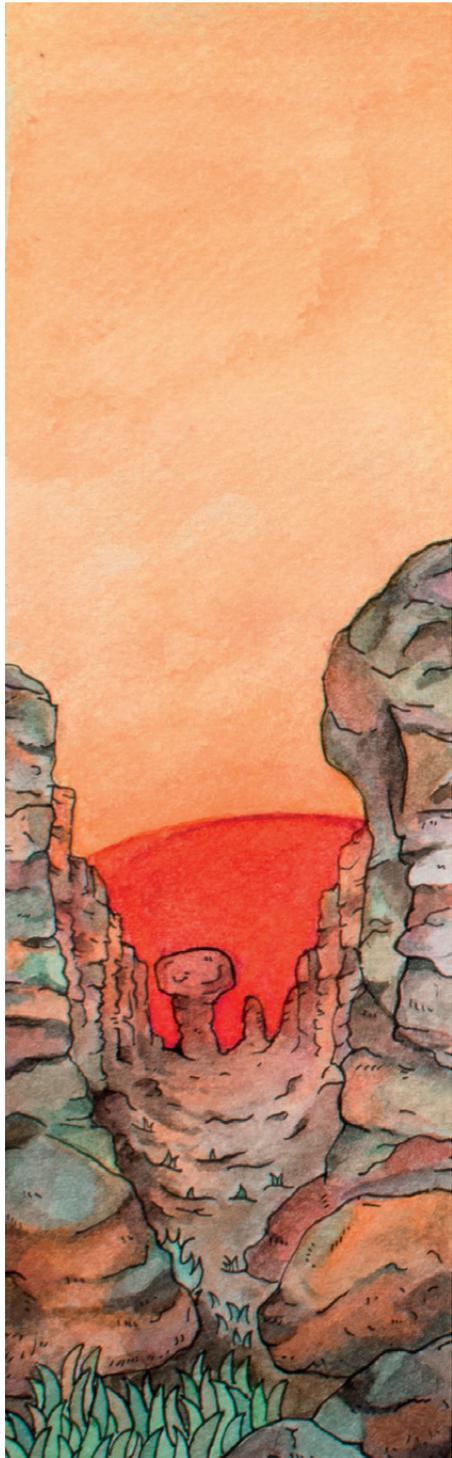
De repente, advertí que el contorno oeste del sol había cambiado; que una concavidad, una bahía, había aparecido en su curva. Vi cómo se ensanchaba. Durante un minuto, tal vez, contemplé horrorizado esta oscuridad que se adueñaba del día, y luego entendí que se trataba del comienzo de un eclipse. La luna o el planeta Mercurio estaban pasando por delante del disco del sol. Naturalmente, en un primer momento pensé que debía tratarse de la luna, pero hay muchos motivos que me inclinan a creer que lo que en realidad vi fue el tránsito de un planeta interior que pasó muy cerca de la tierra.

La oscuridad se hizo cada vez mayor a paso constante; un viento frío comenzó a soplar con ráfagas heladas desde el este, y fue mayor el número de los copos blancos en el aire. Fuera de estos sonidos inertes, el mundo estaba en silencio. ¿Silencio? Sería difícil describir aquella quietud. Todos los sonidos del hombre, el balido de las ovejas, el trino de los pájaros, el rumor de los insectos, esa agitación que constituye el trasfondo de nuestras vidas... todo ello se había apagado. Mientras la oscuridad se hacía densa, los copos cayeron cada vez más abundantes, bailando frente a mis ojos, y el frío del aire se hizo

más intenso. Al fin, una por una, las blancas cumbres de las montañas lejanas fueron desapareciendo en la oscuridad. La brisa se convirtió en un viento quejumbroso. Vi la negra sombra central del eclipse difundirse hacia mí. Poco después, solo eran visibles las pálidas estrellas. Todo lo demás estaba en la más completa oscuridad. El cielo era absolutamente negro.

Sentí terror de esta gran oscuridad. El frío, que me calaba los huesos, y el dolor que sentía al respirar, fueron más fuertes que yo. Temblé y sentí una náusea mortal. Luego, como un arco rojo y caliente, en el cielo reapareció el borde del sol. Descendí de la máquina para recuperarme. Me sentía aturdido e incapaz de enfrentar el viaje de vuelta. Y mientras permanecía así, descompuesto y confundido, volví a ver aquella cosa que se movía sobre el banco de arena —ahora no había ninguna posibilidad de error, era una cosa que se movía— contra el agua roja del mar. Era una cosa redonda, del tamaño de una pelota de fútbol, quizá, o tal vez más grande, y por abajo le salían tentáculos; contra el agua confusa y rojiza parecía negra, y se movía a saltos irregulares de aquí para allá. Luego sentí que me desvanecía. Pero un temor terrible a quedar tendido allí, indefenso, en aquel crepúsculo lejano y horrible, me mantuvo en pie y me permitió volver a subirme al asiento.





## XII

Y así, regresé. Durante un buen rato debo haber permanecido insensible sobre la máquina. Reapareció la parpadeante sucesión de días y de noches, el dorado sol volvió a brillar, el cielo fue azul. Respiré con mayor libertad. Los fluctuantes contornos de la tierra menguaron y crecieron. Las agujas giraban en sus cuadrantes hacia atrás. Al final, volví a ver las tenues sombras de las casas, las evidencias de la decadente humanidad. Estas, también, cambiaron y pasaron, y otras ocuparon su lugar. De pronto, cuando el dial del millón llegó a cero, disminuí la velocidad. Empecé a reconocer nuestra modesta y familiar arquitectura, la aguja de los miles de días volvió al punto de partida, el día y la noche comenzaron a superponerse cada vez con mayor lentitud. Luego las viejas paredes del laboratorio se erigieron sobre mí. Muy despacio, ya, desaceleré el mecanismo.

Vi algo que me pareció extraño. Creo que ya les he dicho que cuando partí, antes de que mi velocidad fuera muy alta, la señora Watchett había entrado al cuarto y había pasado por él como un cohete. Al regresar, volví a pasar por ese mismo momento en que la buena señora atravesaba el laboratorio. Pero ahora, su propio movimiento parecía ser la exacta inversión de los anteriores. Se abrió la puerta del extremo inferior, y ella se deslizó tranquilamente por el laboratorio, de espaldas, y desapareció detrás de la puerta por la que antes había entrado. Justo antes me pareció ver durante un segundo a Hillyer, pero pasó como un relámpago.

Después, detuve la máquina y vi a mi alrededor otra vez el viejo y conocido laboratorio, mis herramientas, mis aparatos, tal como los había dejado. Me bajé de la cosa muy agitado y me senté en mi



banco. Estuve varios minutos temblando. Luego me calmé un poco. A mi alrededor veía de nuevo mi viejo taller, exactamente como siempre había sido. Podría haberme quedado dormido allí y todo hubiese sido un sueño.

Pero no estaba exactamente igual. La máquina había partido del rincón sudeste del laboratorio. Y yo había regresado del lado noroeste, contra la pared en que ustedes la vieron. Esto les indica la distancia exacta que había entre el césped al que llegué en el futuro y el pedestal de la Esfinge Blanca, dentro del cual los Morlocks habían guardado la máquina.

Durante un rato mi cerebro se detuvo. De pronto, me incorporé y vine hacia aquí por el pasillo, rengueando porque todavía me dolía el talón y me sentía desagradablemente sucio. Vi la *Pall Mall Gazette* sobre la mesa que está al costado de la puerta. Descubrí que la fecha era en efecto la de hoy y, al mirar el reloj, advertí que ya eran casi las ocho. Oí sus voces y el ruido de platos. Dudé, me sentía muy débil y enfermo. Luego me llegó el olor de la buena carne y abrí la puerta. El resto ya lo saben. Me bañé, comí y ahora les estoy contando la historia.

—Ya sé —dijo, tras hacer una pausa— que todo esto les parecerá absolutamente increíble. Para mí, lo increíble es encontrarme esta noche aquí, en esta sala conocida, contemplar sus amigables rostros y contarles estas extrañas aventuras.

Miró al Médico.

—No, no espero que usted me crea. Tómelo como una mentira o una profecía. Piense que me quedé dormido en el taller. Considere que he estado especulando con los destinos de nuestra raza hasta que elaboré esta ficción. Considere mi afirmación de su autenticidad como un simple recurso artístico para aumentar su interés. Pero así, pensando que se trata de una historia, dígame, ¿qué le parece?

Él tomó su pipa y comenzó, como de costumbre, a golpearla sobre las barras de la rejilla de la chimenea. Se produjo un minuto de silencio. Luego las sillas comenzaron a crujir y los zapatos se arrellanaron en la alfombra. Aparté la mirada del rostro del Viajero del Tiempo y contemplé a su público. Estaban en la oscuridad, y pequeñas manchas de color flotaban delante de ellos. El Médico parecía absorto en la contemplación de nuestro anfitrión. El Editor miraba fijamente el final de su cigarro, el sexto que encendía. El Periodista sacó un reloj de su bolsillo. Los otros, si mal no recuerdo, estaban inmóviles.

El Editor se puso de pie con un suspiro.

—Es una pena que no sea usted escritor de novelas —dijo, apoyando su mano en el hombro del Viajero del Tiempo.

—¿No me cree?

—Bueno...

—Ya me parecía.

El Viajero del Tiempo se volvió a nosotros.

—¿Dónde están los fósforos? —dijo. Encendió uno y habló sobre su pipa, mientras echaba bocanadas de humo—. Para ser honesto... a mí también me cuesta creerlo... y sin embargo...

Sus ojos cayeron con una muda interrogación sobre las flores blancas marchitas que había dejado sobre la mesa. Luego dio vuelta la mano con la que asía la pipa, y vi que se examinaba unas cicatrices a medio curar, sobre los nudillos.

El Médico se puso de pie, caminó hasta la lámpara y examinó las flores.

—El gineceo es raro —dijo.

El Psicólogo se inclinó para verlas mejor, y tomó en su mano uno de los especímenes.

—¡Que me cuelguen, es la una menos cuarto! —dijo el periodista—. ¿Cómo regresaré a casa?

—Hay muchos taxis en la estación —respondió el Psicólogo.

—Es curioso —dijo el Médico—, pero la verdad es que no conozco el orden natural de estas flores. ¿Puedo llevármelas?

El Viajero del Tiempo dudó. Y luego dijo, de pronto:

—De ningún modo.

—¿Dónde las consiguió en realidad? —le preguntó el Médico.

El Viajero del Tiempo se llevó la mano a la cabeza. Habló como quien intenta aferrarse a una idea que se le escapa.

—Weena me las puso en el bolsillo, cuando viajé en el tiempo.

Dicho esto, miró desconcertado a su alrededor.

—Diablos, es como si me estuviera olvidando de todo. Este cuarto y ustedes y la atmósfera de lo cotidiano es demasiado para mi memoria. ¿Construí una Máquina del Tiempo o una maqueta de la máquina del tiempo? ¿O es tan solo un sueño? Dicen que la vida es un sueño, un sueño precioso y pobre a veces, pero no puedo soportar otro que no encaje. Es una locura. ¿Y de dónde vino este sueño? Debo contemplar la máquina. Si de hecho existe una máquina.

Tomó la lámpara de prisa y se la llevó, trazando un destello rojo, al atravesar la puerta hacia el pasillo. Lo seguimos. Allí, bajo la temblorosa luz de la lámpara, estaba la máquina: voluminosa, fea y torcida, una cosa hecha de bronce, ébano, marfil y cuarzo traslúcido y reluciente. Sólida al tacto —lo sé porque extendí la mano y toqué las barras—, con algunas manchas y marcas sobre el marfil, y briznas de pasto y musgo en su parte inferior, y un carril torcido.



El Viajero del Tiempo dejó la lámpara en el banco y pasó su mano por el carril dañado.

—Ya está todo bien —dijo—. Todo lo que les he contado es cierto. Lamento haberlos traído hasta aquí con este frío.

Levantó la lámpara y en un absoluto silencio regresó al salón fumador.

Bajó al hall con nosotros y ayudó a que el Editor se pusiera el saco. El Médico lo miró los ojos. Con cierta vacilación, le dijo que estaba trabajando demasiado, a lo que él respondió con una carcajada. Lo recuerdo de pie, con la puerta abierta, despidiéndose de nosotros.

Compartí un taxi con el Editor. Estaba convencido de que el cuento era una “patraña”. Por mi parte, no era capaz de sacar algo en limpio. La historia era fantástica e increíble; su relato, creíble y sobrio. Pasé despierto gran parte de la noche pensando en él. Decidí que al día siguiente iría de nuevo a visitar al Viajero del Tiempo. Me dijeron que estaba en el laboratorio, y como estaba en buenos términos con los sirvientes de la casa, me permitieron pasar. El laboratorio, sin embargo, estaba vacío. Contemplé fijamente por un minuto la Máquina del Tiempo, extendí la mano y toqué la palanca. Al hacerlo, aquella masa voluminosa y contundente se balanceó como una rama sacudida en el viento. Su inestabilidad hizo que me sobresaltara, y me trajo un extraño recuerdo de los días de mi infancia en los que tenía prohibido tocar las cosas. Volví por el pasillo. Encontré al Viajero del Tiempo en el salón fumador. Venía de las habitaciones. Tenía una pequeña cámara bajo un brazo y una mochila en el otro. Rió al verme, y en vez de la mano, como tenía las dos ocupadas, me extendió el codo para que lo estrechara.

—Estoy terriblemente ocupado —me dijo— con esa cosa.

—Pero, ¿no es una broma? —contesté—. ¿De verdad viaja usted a través del tiempo?

—Sí, de verdad y en serio.

Al decir esto, me clavó la mirada con honestidad. Luego dudó. Paseó la mirada por el salón.

—Necesito solo media hora —dijo—. Ya sé a qué ha venido, y me parece sumamente amable de su parte. Allí tiene unas revistas. Si se queda a almorzar, le demostraré que viajo en el tiempo sin duda alguna, con muestras y todo. ¿Me perdona si ahora lo dejo solo?

Consentí, sin comprender del todo el sentido de lo que decía, y él sacudió la cabeza y se fue por el pasillo. Oí cerrarse la puerta del laboratorio, me senté en una silla y tomé el diario. ¿Qué pensaba hacer antes del almuerzo? Un anuncio en el periódico me recordó, de pronto, que había quedado en encontrarme con Richardson, el editor, a las dos. Miré mi reloj y vi que todavía podía llegar. Me incorporé y corrí por el pasillo para decírselo al Viajero del Tiempo.

Al girar el picaporte, oí una exhalación, que se interrumpió raramente al final, un click y un golpe. Cuando abrí la puerta, una corriente de aire se arremolinó a mi alrededor, y desde el interior del lugar se oyó un sonido a vidrio roto cuando se cae al suelo. El Viajero del Tiempo no estaba. Durante un momento, me pareció ver una figura fantasmal, indefinida, envuelta en un torbellino negro y cobrizo, una forma tan transparente que podía ver a través de ella la mesa y todas las hojas llenas de dibujos, pero ese fantasma se desvaneció cuando me refregué los ojos. La Máquina del Tiempo se había ido. Salvo por un rastro de polvo en movimiento, aquel rincón del laboratorio estaba vacío. Al parecer, se había roto un vidrio de la claraboya.

Sentí un asombro irracional. Sabía que algo extraño había ocurrido, y de momento no pude distinguir qué era esa cosa extraña. Mientras permanecía allí, atónito, se abrió la puerta que daba al jardín y apareció un criado.

Nos miramos. Luego comenzaron a ocurrírseme algunas ideas.

—¿El Señor... ha salido por allí? —le pregunté.

—No, caballero. Nadie ha salido. Esperaba encontrarlo aquí, en el laboratorio.

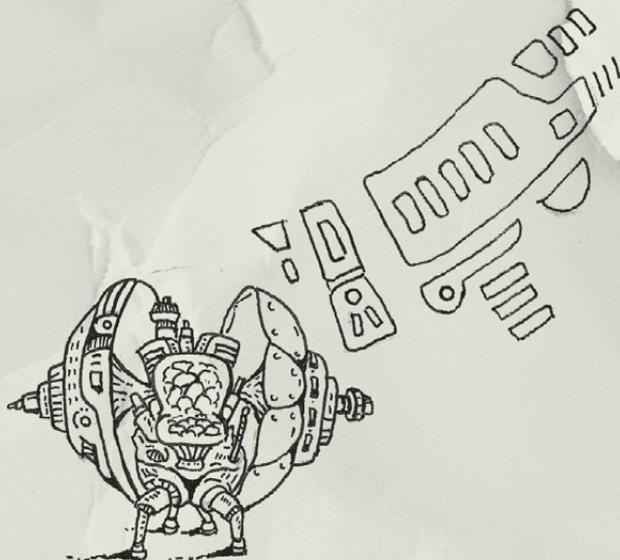
Con ello, entendí. A riesgo de decepcionar a Richardson, me quedé allí, a la espera del Viajero del Tiempo, esperando una segunda y acaso más extraña historia, y las muestras y las fotografías que habría de traer consigo. Pero empiezo a temer que esta espera habrá de llevarme la vida. El Viajero del Tiempo se desvaneció tres años atrás. Y como ya es de público conocimiento, jamás regresó.



[El viajero del tiempo]

## Epílogo

Solo nos queda hacernos preguntas. ¿Regresará alguna vez? Es posible que haya viajado hacia el pasado, y que haya caído en manos de unos salvajes peludos, bebedores de sangre, de la Era de Piedra Sin Pulir, en los abismos del Mar Cretáceo, o entre los grotescos saurios, las enormes bestias reptilianas de la era jurásica. Incluso ahora —si se me permite usar esta expresión— podría andar vagando sobre un arrecife de coral oolítico, frecuentado por los plesiosaurios, o en las cercanías de los solitarios lagos salinos de la Edad Triásica. ¿O habrá ido hacia el futuro, a una de las eras más cercanas, en la que los hombres todavía son hombres pero ya han logrado solucionar los enigmas y los agotadores problemas de nuestra época? Hacia la edad adulta de la raza; ya que, por mi parte, no puedo creer que estos días de débil experimentación, teorías fragmentarias y discordia mutua sean de hecho la época cúlmine del hombre. Digo, por mi parte. Él, lo sé —por las cuestiones que tuvimos ocasión de discutir antes de que construyera la Máquina del Tiempo— no pensaba en términos demasiado felices del Progreso de la Humanidad, y veía en el creciente acopio de la civilización un necio amontonamiento que indefectiblemente terminaría cayéndose y aplastando a sus creadores. De ser así, no nos queda más que vivir haciendo de cuenta que no lo es. Pero para mí el futuro es todavía oscuro y desconocido; es una gran ignorancia, iluminada en algunos pocos lugares casuales por el recuerdo de su historia. Y tengo para mí, que me consuelan, dos extrañas flores blancas —ya marchitas, amarronadas, achatadas y quebradizas— que atestiguan que incluso cuando la inteligencia y la fuerza hayan desaparecido, la gratitud y la ternura aún habrán de vivir en el corazón de los hombres.



$$H_{\text{con}}(F_1, F_2) \approx H_{\text{con}}(F_2, F_3) \int (x|h) \leq (x) + (2f(x), h) + \frac{1}{2} T_{\text{MH}} + \langle \delta e^2 \rangle = \frac{1}{\text{tr}} E^2 +$$